

BASADA EN LA PELÍCULA DE UNIVERSAL PICTURES



BLANCANIEVES Y LA LEYENDA DEL CAZADOR™



UNA NOVELA



Lectulandia

Blancanieves es la única persona en el mundo aún más bella que la malvada reina Ravenna, deseosa de acabar con ella. Pero lo que la reina no imagina es que la joven que amenaza su reinado ha sido entrenada en las artes de la guerra por el cazador que tenía la misión de asesinarla.

Y es aquí donde la historia que conocíamos de Blancanieves tiene otro final... Una nueva, sobrecogedora y sorprendente versión del cuento clásico.

Lectulandia

Lily Blake

Blancanieves y la leyenda del cazador

ePUB v1.0

LuisPer 04.11.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Snow White and the Huntsman*

Lily Blake, 2012.

Basada en el guión de Evan Daugherty, Hossein Amini, John Lee Hancock, 2012.

Traducción: Montserrat Nieto

ePub base v2.1



¿En quién te vas a convertir cuando te enfrentes con el fin? El fin de un reino, el fin de la bondad. ¿Saldrás corriendo? ¿Te esconderás? ¿O con ferviente orgullo le darás cara al mal?

*Rebélate ante las cenizas. Levántate al oír la
llamada. Afronta el cielo invernal. El grito de guerra
propaga. Que resuene por los montes, desde la
ermita hasta el bosque, pues la muerte abre su boca
y tú eres manzana roja.*

¿En quién te vas a convertir cuando te enfrentes con el fin? Cuando caigan las tinieblas y los buitres te cerquen, ¿Huirás tú de la contienda o combatirás, valiente? ¿Es de cristal tu corazón o de pura y Blanca Nieve?

Erase una vez...



Era el invierno más frío que el reino había soportado jamás. La escarcha cubría las lápidas del cementerio y en el jardín del castillo los rosales crecían casi desnudos, con las hojas marchitas y de color pardo. El rey Magnus se encontraba en los límites del bosque junto al duque Hammond, a la espera del ejército enemigo. El rey podía ver cómo su aliento se condensaba en continuas nubes que se expandían lentamente frente a su rostro, para luego desvanecerse en el gélido aire de la mañana. Notaba las manos entumecidas, pero no sentía el peso de la armadura sobre la espalda, ni la presión en el cuello de la cota de malla, cuyo frío metal le irritaba la piel. No le preocupaban los enemigos situados al otro lado del campo de batalla, y tampoco tenía miedo.

En su interior, ya estaba muerto.

Pero tras él se encontraba su ejército. Un caballo relinchó entre la niebla. *Ha pasado casi un año*, pensó. *Ella murió hace casi un año*. Aquel día el rey había sostenido entre sus manos la cabeza de la reina, mientras la vida abandonaba su mirada. ¿Qué haría a partir de entonces?, se preguntó. ¿Cómo podría vivir sin ella? Se sentó en sus aposentos con su hija pequeña aferrada a las rodillas, pero la pena era una carga demasiado pesada. Le resultaba imposible escuchar lo que ella decía. «Sí, Blancanieves —dijo el rey con actitud ausente, mientras la niña le acribillaba a preguntas—. Está bien, cariño, lo sé».

Contempló al ejército enemigo en el extremo opuesto del campo de batalla. Eran guerreros de sombras, un clan oscuro reunido por una inexplicable fuerza mágica. Surgían entre la bruma matinal como siluetas fantasmagóricas —anónimas y sin rostro—, ataviados con armaduras de color negro mate. En ocasiones, resultaba difícil distinguir dónde finalizaba el bosque y empezaban ellos.

El duque Hammond se volvió hacia el rey con el ceño fruncido y gesto de preocupación.

—¿De dónde demonios ha salido ese ejército? —preguntó.

El rey Magnus apretó la mandíbula y sacudió la cabeza, tratando de deshacerse del letargo en el que había permanecido durante meses. Tenía un reino que proteger, en ese momento y siempre.

—¡De un infierno al que no tardarán en regresar! —bramó y alzó la espada para

ordenar a sus tropas que atacaran.

Se lanzaron al galope hacia el ejército enemigo, con las espadas apuntando a las gargantas de aquellos guerreros. Estos no tardaron en estar encima de ellos. Las armaduras de ambos bandos eran similares, pero tras las que vestían los enemigos de Magnus se escondían negras sombras que ondeaban y formaban volutas como el humo. Un guerrero sin rostro se abalanzó sobre el rey, con la espada desenvainada. El monarca volteó su arma y la figura se hizo añicos como el cristal, despidiendo miles de fragmentos negros en todas direcciones. Magnus alzó la vista, sorprendido. A su alrededor, sus hombres atacaban a las sombras y, uno tras otro, los guerreros se deshacían entre la bruma de la mañana. Los brillantes fragmentos caían al suelo y desaparecían sobre la tierra dura y cubierta de escarcha. En unos minutos, el campo de batalla quedó vacío. Los soldados del rey mantuvieron sus posiciones, sin lograr escuchar nada más que el sonido de su respiración. Parecía como si el ejército enemigo nunca hubiera existido.

El rey y el duque Hammond intercambiaron una mirada confusa. A través de la niebla, el rey distinguió una pequeña estructura de madera entre los árboles. Se dirigió hacia ella y, cuando se encontraba a solo unos metros de distancia, descubrió que se trataba de un carro de prisioneros. Desmontó del caballo, miró en su interior y vio a una mujer acurrucada en un rincón. Se podía distinguir que tenía el pelo rubio a pesar de que un velo ocultara su rostro.

Había sido capturada por aquel ejército —¿quién sabe qué le habrían hecho?—. Se contaba que las fuerzas oscuras habían asesinado y mutilado a cientos de prisioneros, incluidos niños. Sin vacilar, el rey descargó su espada sobre el candado y lo hizo pedazos.

—Sois libre. No debéis albergar ningún temor hacia mí —dijo Magnus, tendiendo su mano para que la joven la tomara—. ¿Cuál es vuestro nombre, mi señora?

La mujer se volvió lentamente, hacia la luz, y su pequeño cuerpo quedó visible. Descansó su delicada mano sobre la del rey y se alzó el velo. El rey Magnus clavó la mirada en aquel hermoso rostro con forma de corazón. Tenía los labios carnosos, los ojos azules y los párpados gruesos, y dos delgadas trenzas doradas evitaban que el cabello le cayera sobre sus marcados pómulos. No tendría más de veinte años.

—Me llamo Ravenna, mi señor —respondió ella con suavidad.

El rey permaneció en silencio. Todo en ella —la nariz, los dedos, los labios— era hermoso y delicado. De repente, sintió la calidez de su mano y percibió el fresco aroma a pino que los envolvía. Recordó con claridad el día en que había conocido a su esposa, hasta ese momento la única mujer que había provocado en él aquella sensación. Fue en verano, y la luz del sol se colaba entre las hojas de los manzanos.

En aquel instante, la pena desapareció por fin. Allí, frente a Ravenna y con el corazón desbocado en el pecho, se sintió de nuevo vivo.

El rey regresó al castillo acompañado de la hermosa joven. Las estaciones pasaron y la alegría inicial no hizo más que crecer. El rey Magnus pidió a Ravenna que se casara con él, ya que cada día se sentía un poco más enamorado de aquella muchacha a la que el ejército enemigo había arrancado de su hogar para hacerla prisionera. El rey parecía un adolescente en su presencia. No podía evitar ruborizarse mientras ella le contaba cómo había sido su vida antes de conocerle, cómo había pasado sus días en los límites del reino junto a su hermano Finn y su difunta madre.

La hija del rey, Blancanieves, se sentaba junto a ellos durante las comidas y contemplaba a Ravenna con la barbilla apoyada en las manos. Era una niña de tan solo siete años. Juntos, formaban una familia. Lo que el rey siempre había deseado.

En ocasiones, el rey observaba cómo Ravenna sonreía a Blancanieves o la tomaba de la mano para pasear con ella por el patio del castillo. Parecía muy feliz con ellos...

El día de su boda, Ravenna esperaba en la parte trasera de la catedral. A través de las puertas de madera, podía escuchar a la multitud moviéndose en los asientos. Llevaba las mejillas empolvadas, los labios pintados de color rojo intenso y el vestido tan fuertemente acordonado a la espalda que apenas podía respirar. Se miró en el espejo de la pared y su reflejo le devolvió una ligera mueca de desprecio. Esa noche, después de la ceremonia, dejaría de fingir. Por fin, conseguiría lo que quería.

—Estás muy hermosa... —susurró una vocecita.

Se volvió y encontró a Blancanieves en la puerta, contemplándola. La niña cogió el extremo del largo vestido blanco de Ravenna y lo levantó para que no rozara el suelo de piedra. Con un leve movimiento de muñeca, Ravenna indicó a la hija del rey que se acercara.

—Eres muy amable, pequeña —susurró—. Especialmente cuando se afirma que tu rostro es el más bello del reino.

Acarició a la niña. Su piel era suave como la porcelana y tenía unos enormes ojos castaños y un suave tono sonrosado en las mejillas. Cuando Blancanieves pasaba junto a criadas o soldados, todos quedaban cautivados y realizaban una genuflexión.

La pequeña alzó los ojos, llenos de inocencia, de ingenuidad. Ravenna devolvió una sonrisa a aquel diminuto rostro sabiendo que la farsa no tardaría en acabar; entonces, vengaría las injusticias cometidas contra ella y contra su pueblo.

—Sé que es difícil, pequeña. Cuando tenía tu edad, yo también perdí a mi madre —añadió mientras oía cómo la orquesta se preparaba en la parte frontal de la enorme catedral. Muy pronto avanzaría por la nave central. Todo estaba desarrollándose como había planeado.

Mientras esperaba a que la música comenzara, sus pensamientos regresaron al día en que los hombres del rey habían irrumpido en su aldea. Ella era muy pequeña. Ravenna y su hermano Finn vivían en un carromato con su madre. Siempre habían estado juntos, como un pequeño clan nómada, hasta el día en que apareció el ejército

del rey.

Su madre colocó un espejo frente a su rostro.

«Esto es lo único que puede salvarte», le dijo, tomó la mano de su hija, la puso sobre un recipiente con un líquido blanco y empezó a susurrar hechizos. Con un cuchillo afilado, abrió un corte en la muñeca de Ravenna y dejó que la sangre goteara en el cuenco. El color rojo resultaba más vivo en contraste con el blanco. Ravenna bebió aquella poción rápidamente, hasta la última gota. En ocasiones, cuando cerraba los ojos, notaba todavía el fuerte sabor metálico de aquel líquido en la lengua. «Bebe —le había dicho su madre—. Esta poción te otorgará la capacidad de robar la juventud y la belleza. Ese será tu mayor poder y tu única protección».

Los hombres del rey recorrieron todos los carromatos para sacar a los gitanos y asesinarlos. Finn gritaba; quería protegerla —eso era lo que recordaba Ravenna en aquel momento—. Su madre colocó una mano sobre la frente de Finn y otra sobre la suya y murmuró más hechizos, más palabras, para otorgarles un poder que los conectaba entre sí. Siempre se tendrían el uno al otro y permanecerían unidos hasta la muerte. Al instante, estaban corriendo tan deprisa que Ravenna apenas podía respirar.

Ellos escaparon, pero su madre se quedó atrás. Ravenna notó cómo se le erizaba el cabello en la nuca al recordar a aquel soldado que seccionó con la espada la garganta de su madre. Mientras la niña huía a lomos de un caballo, ella le había gritado sus últimas palabras: «Recuerda esta advertencia: el hechizo nace de la sangre de la más bella, y solo la sangre de la más bella puede romperlo». A continuación, cayó de rodillas, sangrando sobre la hierba por el profundo corte. En unos minutos yacía muerta.

—¿Ravenna? —una vocecita llamó su atención—. ¿Ravenna? Ha llegado el momento.

Ravenna abrió los ojos. Blancanieves se encontraba detrás de ella, extendiendo la cola de su vestido. Las puertas de madera estaban abiertas y mil ojos la contemplaban, esperando a que avanzara por el pasillo. Se irguió y sus ojos azules se ensombrecieron al divisar al rey *La niña tiene razón. Ha llegado el momento.*

Esa noche, mientras los últimos invitados de la boda bebían y comían en el patio del castillo, Ravenna condujo al rey hasta su dormitorio. Se recostó junto a él con su blanco vestido de novia y su largo y ondulado pelo suelto sobre los hombros, contemplando cómo terminaba el vino. El rey deslizó los dedos por la dorada cabellera de Ravenna, hasta posarlos sobre su estrecha corona de oro salpicada de rubíes y esmeraldas. Los actos festivos del día le habían debilitado, se movía con lentitud a consecuencia de la bebida. Era un objetivo fácil...

Ravenna arrastró la mano bajo la almohada y sacó la daga de plata que había escondido allí unas horas antes. La alzó por encima de su cabeza, fijando los ojos en el pecho del rey, allí donde las costillas protegían el corazón, y con un rápido

movimiento le apuñaló. Después contempló cómo su cuerpo se estremecía ante el repentino golpe.

—Primero os he arrebatado la vida, mi señor —susurró cuando el cuerpo del rey se quedó inmóvil—, y luego, os arrebataré el trono.

Abandonó la estancia y descendió hacia el vestíbulo, dejando al rey sobre las sábanas ensangrentadas. Bajó con rapidez las escaleras y se dirigió al rastrillo. Su hermano Finn estaba esperando al otro lado de la celosía de hierro. Iba acompañado de su ejército, los soldados de sombras, apenas visibles a la luz de la luna. Ravenna alzó la puerta metálica y los soldados entraron. En unos minutos, habían tomado cada rincón del castillo.

Mientras los soldados iniciaban la contienda, Ravenna regresó a su estancia. Podía escuchar los gritos en la parte baja del castillo y el ruido metálico de las espadas cuando los hombres entraban en combate. Uno de los soldados de su hermano llevó a la habitación un enorme espejo. Parecía un escudo redondo de bronce muy pulido. Una vez sola, mientras fuera de la estancia el aire se llenaba de chillidos y alaridos, Ravenna miró hacia la superficie brillante del espejo. Era mucho mayor que el que su madre había colocado frente a ella tantos años atrás, y también poseía una magia más poderosa.

—Espejito, espejito mágico, ¿quién es la más bella de todas las mujeres? —preguntó, inclinándose hacia él.

La superficie del espejo se rizó. Un líquido se derramó por el suelo, en torno a los pies de Ravenna, y tomó la forma de una estatua de bronce casi tan alta como ella. La figura parecía envuelta en una gruesa tela, pero reflejaba la estancia que la rodeaba. La cara de aquel hombre salido del espejo mostró el rostro de Ravenna.

—Vos, mi reina —respondió—. Además, otro reino ha caído a vuestros pies. ¿Es que vuestro poder y vuestra belleza no tienen límites?

Al escuchar las palabras del espejo, Ravenna supo que la magia que le había regalado su madre era infinita. Ante su presencia, los reinos caían, los hombres perecían, e incluso los objetos cotidianos adquirirían una vida mágica, revelando secretos que nadie más podía conocer. Alzó las manos mientras sentía la batalla en la punta de los dedos y recordaba todo lo que el rey había arrebatado a su familia. Por fin estaba muerto y el reino le pertenecía a ella. Nadie podría hacerle daño, nunca más.

Cuando los enfrentamientos acabaron y el patio quedó en silencio, Ravenna descendió de nuevo las escaleras. Los guerreros de sombras se encontraban reunidos en el patio de piedra. La sangre salpicaba mesas y sillas. Había bandejas rotas por el suelo y los restos del banquete aparecían esparcidos por todas partes. Ravenna no se sobresaltó al contemplar los cuerpos, algunos de mujeres, desplomados sobre los asientos.

Los invitados a la boda y los nobles supervivientes se encontraban alineados contra la pared, retenidos por el ejército de Finn.

—¿Qué hacemos con estos? —preguntó un general.

Las mujeres juntaron las manos, pidiendo clemencia, y algunos nobles incluso rompieron a llorar. Mantenían a sus hijos cerca, intentando, en vano, protegerlos.

Ravenna cerró los ojos y recordó a su madre y cómo las mujeres de su aldea habían sido brutalmente masacradas. Eso era lo que pretendía que sucediera. Había sido culpa del rey, no suya. Se suponía que debía ser así.

—Matadlos —respondió con voz inexpresiva. Se ajustó la túnica al cuerpo y se estremeció al notar el frío de la noche. Luego se volvió, dispuesta a marcharse.

Pero con el rabillo del ojo vio que Finn agarraba a Blancanieves. Tenía el cuchillo pegado al cuello de la niña. Le sorprendió algo en el rostro de aquella pequeña que solo unas horas antes le había sujetado el vestido de novia. Tenía los labios temblorosos y los ojos inundados de lágrimas.

—¡Finn, no! —gritó sin poder evitar que aquellas palabras salieran de su garganta. Su hermano la miró entrecerrando los ojos, como si no estuviera seguro de reconocerla. Ravenna se irguió, en un intento de no mostrar debilidad ante él. Finn había luchado con gran valentía en su nombre, sin cuestionar jamás sus órdenes—. Enciérrala —dijo—. Nunca se sabe cuándo puede ser de utilidad la sangre real.

Sus ojos se encontraron con los de Blancanieves y ambas se miraron, mientras el caos se desataba a su alrededor. Las mujeres fueron arrastradas al exterior para ser ajusticiadas, mientras los nobles trataban de zafarse de los soldados. Un niño llamaba a gritos a su madre, con el rostro enrojecido y surcado de lágrimas. Pero en ese instante, Ravenna solo veía a Blancanieves, y Blancanieves solo la veía a ella. La mujer llevó una mano a su pecho y se preguntó qué era lo que sentía por aquella niña, la heredera del rey al que había derrocado. De algún modo, estaban unidas por una extraña y poderosa fuerza.

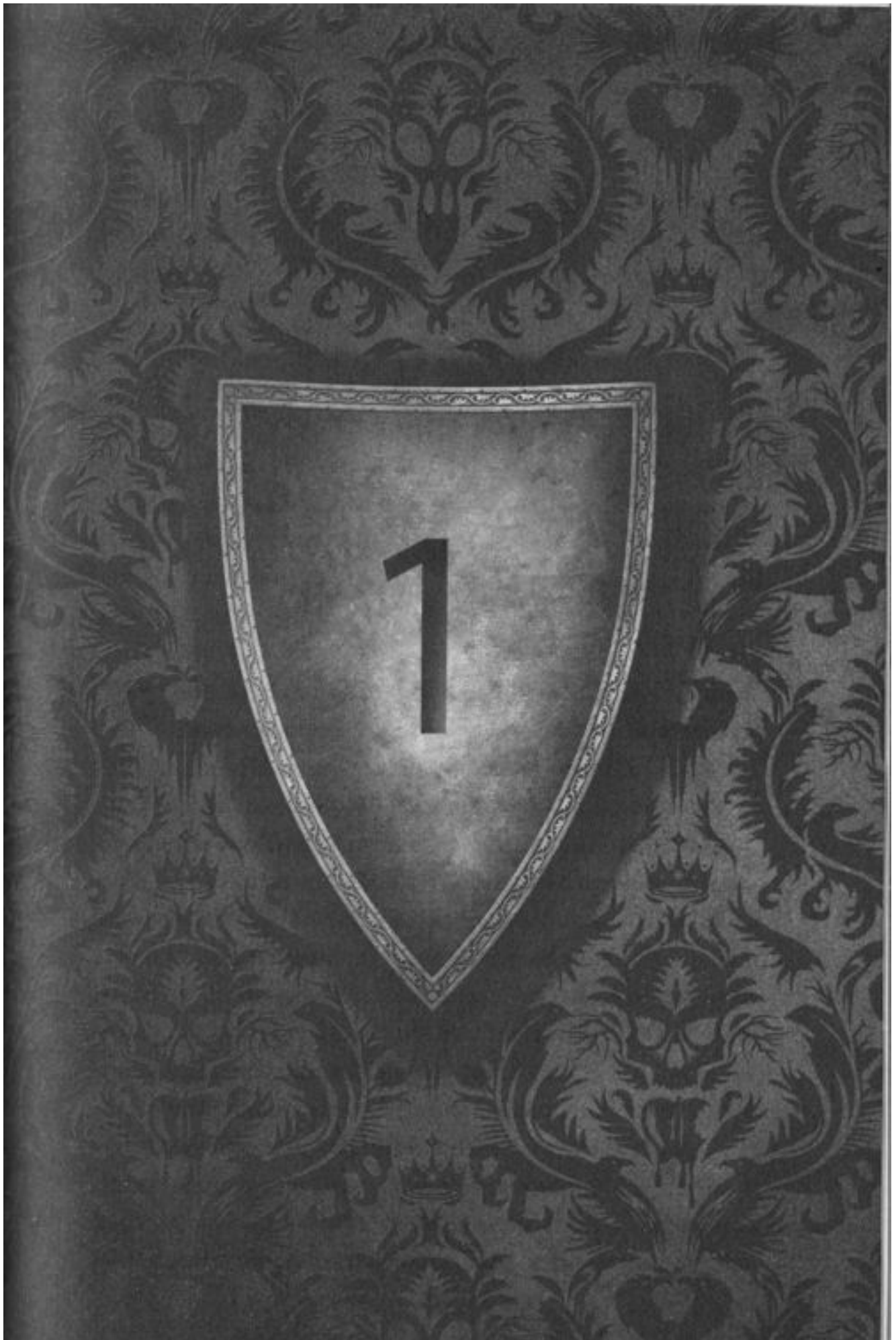
Ravenna permaneció allí, con la mano en el corazón, hasta que Finn partió hacia los calabozos, arrastrando a Blancanieves tras él.

Los ojos de la niña se mantuvieron clavados en los de Ravenna. Siguió mirándola por encima del hombro, volviendo la cabeza, hasta que desapareció tras la pesada puerta de madera.



Primera parte

*La sangre de la más bella hace surgir el
hechizo...*





Finn la estaba observando de nuevo. Incluso tumbada en la cama y con los ojos entrecerrados, Blancanieves podía distinguir su sombra en el muro del calabozo. No dijo nada, solo retiró la apelmazada manta que cubría su cuerpo y la dobló sobre el estrecho camastro. Deslizó los dedos entre su pelo, tratando de desenredar los nudos que se le habían formado en la nuca, y a continuación, como cada día, se arrodilló para encender el fuego, moviendo las ramas atrás y adelante, atrás y adelante, hasta que los delgados trozos de madera prendieron. Cuando la leña empezó a arder y calentó sus dedos, Finn ya se había marchado.

Blancanieves extendió las manos, sintiendo el calor. Finn la visitaba algunas mañanas y la contemplaba desde el otro lado de los barrotes, con sus pequeños ojos fijos por encima de su larga y estrecha nariz. Nunca decía nada, y nunca dejaba nada —ni siquiera un plato de comida o una jarra de agua—. Blancanieves se preguntaba si disfrutaba viendo que, pasados los diecisiete años, seguía encerrada en el calabozo de la torre. ¿Sentía remordimientos? ¿Era preocupación? Lo dudaba, ya que era hermano de Ravenna.

Blancanieves se puso un harapiento vestido que le cubrió los pies descalzos. Habían pasado diez inviernos. En cierto momento, había dejado de contar los días y las semanas para prestar atención únicamente a los cambios de estación. Desde la ventana de la celda podía ver las copas de los árboles y conocía cada una de las ramas tan bien como a ella misma. En los meses más cálidos, les brotaban hojas de un intenso color verde que lo cubría todo y mantenían el mismo aspecto hasta el apogeo del verano. Luego cambiaban. El verdor dejaba paso a los tonos dorados y rojizos, hasta que todas las hojas se marchitaban y caían, una tras otra, sobre el suelo duro.

En aquel momento, con los primeros indicios de la primavera en el aire, Blancanieves se preguntaba si ese año sería distinto —si sería el año en que Ravenna acudiera en su busca para terminar, por fin, con su encierro—. Llevaba tanto tiempo allí que ya casi ni se preocupaba por el inhóspito ambiente de la celda. Los muros, siempre fríos y húmedos, olían a moho y solo entraba luz una vez al día, durante algo más de una hora, cuando el sol ascendía sobre los árboles. Entonces, Blancanieves se sentaba dejando que besara su rostro, hasta que desaparecía. Sin embargo, era la soledad lo que la atormentaba. En ocasiones, lo único que deseaba era hablar con

alguien, pero solo podía traer a su memoria los mismos recuerdos, añadiendo nuevos detalles, cambiando otros, tratando de recomponer su pasado.

Pensó en su padre y en cómo había descubierto su cuerpo ensangrentado la noche de la boda. Recordaba también la cálida mano de su madre sobre su frente, confortándola antes de ir a dormir. Sin embargo, su mente regresaba siempre a un mismo momento, tan vivido incluso después de tantos años.

Fue justo después de que su madre enfermara. El rey y el duque Hammond los vigilaban desde el balcón del castillo, como hacían algunas veces. William, el hijo del duque, tenía la misma edad que ella y solían jugar juntos, persiguiéndose el uno al otro por el patio o rescatando urracas heridas. Él se había subido a un manzano y tenía el pelo, oscuro y castaño, completamente alborotado. Llevaba un arco de juguete colgado a la espalda.

Blancanieves le siguió, agarrándose con fuerza al árbol para no caerse. Cuando estaban a cuatro metros de altura, William arrancó una manzana de una rama y se la acercó. Era blanca y roja, sin ninguna imperfección en la piel. «Vamos», dijo él con la mano extendida y esperando a que ella cogiera la fruta. Tenía los ojos de color marrón claro y, cuando inclinó el rostro hacia el sol, Blancanieves pudo ver en ellos motitas verdes.

Ella alargó la mano, pero William retiró la manzana y le dio un mordisco. Luego sonrió con esa mueca de *Te estoy tomando el pelo* a la que estaba tan acostumbrada. «¡Has caído en la trampa!», dijo él y empezó a reír. Blancanieves sintió tanta rabia que le empujó. William perdió el equilibrio y se agarró a ella, arrastrándola en la caída. Al golpear el suelo, ambos se quedaron sin aliento. Permanecieron allí, jadeando, hasta que finalmente uno de los dos rompió a reír. Ya no pudieron parar:

Y rieron y rieron, rodando por el suelo. Blancanieves nunca se había sentido tan feliz.

Muchos años después, ella estaba sentada en aquella fría celda, con los ojos cerrados, tratando de recordar el rostro de William. Se preguntó si continuaría vivo o si los soldados de Ravenna le habrían seguido la pista más allá de los muros del castillo. Le había visto por última vez la noche de la boda. En medio del caos, el duque Hammond montó a su hijo a lomos de su caballo. Uno de los escoltas del duque la subió a ella a otro caballo y los cuatro se lanzaron hacia el rastrillo para tratar de escapar. William pedía a gritos que se apresuraran. La puerta estaba descendiendo y ellos galopaban hacia ella. Cuando casi lo habían conseguido, una flecha alcanzó al escolta en el pecho y lo tiró de la montura. El animal se encabritó, retrasando la huida de Blancanieves. William y el duque se escabulleron bajo el rastrillo justo cuando se estaba cerrando, dejándola a ella atrapada dentro de los muros de la fortaleza.

William la llamó a gritos. Blancanieves escuchó cómo suplicaba a su padre que

regresaran, pero los soldados de sombras estaban dispersándose ya por el patio. El escolta se retorció de dolor en el suelo. Blancanieves fue amarrada y devuelta al castillo. Lo último que vio fue el rostro de William mientras huía al galope con su padre.

De repente, resonó en el pasillo el eco de unos pasos, que a los sensibles oídos de Blancanieves parecieron truenos.

—¡Dejadme marchar! —gritó una muchacha, y su voz se propagó por el corredor de piedra a toda velocidad—. ¡Soltadme!

Blancanieves se levantó, se aproximó a la puerta y apretó la cara contra los barrotes herrumbrosos, tratando de conseguir una mejor perspectiva. Rara vez conducían a otros prisioneros a la torre norte. En los diez años que llevaba allí, solo había visto a tres y todos a la espera de ser ejecutados. Uno de ellos, un hombre de unos sesenta años que había sido sorprendido robando alimentos en un carromato de provisiones de Ravenna, solo permaneció allí unas horas antes de la ejecución, y le habían golpeado con tanta violencia que apenas podía hablar. Los otros dos prisioneros tampoco estuvieron en la torre mucho tiempo.

Del pasillo surgió un soldado que tiraba de una muchacha. No sería mucho mayor que Blancanieves y tenía los ojos grandes y azules, el rostro pálido y redondo y una melena rubia y rizada que le caía por la espalda. Trataba de escapar, pero era inútil. El soldado la empujó dentro de la celda y cerró la puerta. A continuación, sonó el chasquido del candado.

El hombre se alejó por el pasillo de piedra y el ruido de sus pisadas se fue debilitando a medida que descendía por la escalera. Blancanieves esperó a que el silencio lo invadiera todo antes de atreverse a hablar.

—¿Hola...? —dijo, sorprendiéndose del sonido de su propia voz; se aclaró la garganta—. ¿Cómo te llamas? —preguntó, inclinándose hacia un lado e intentando ver con más claridad a la muchacha, que se había ocultado al fondo de la celda.

Unos instantes después, la chica reapareció. Apretó el rostro contra los barrotes y se limpió las lágrimas de las mejillas.

—Soy Rosa —respondió en voz baja.

Blancanieves sacudió su raído vestido. Podía imaginar su aspecto después de tantos años encerrada, sin tener siquiera un peine para cepillarse el pelo.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó—. ¿Has cometido algún delito contra Ravenna?

Rosa sacudió la cabeza. Clavó la mirada en el suelo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No he hecho nada —respondió—. Todas las muchachas de mi aldea fueron capturadas. A mí me atraparon cuando intentaba llegar al castillo del duque Hammond para ponerme a salvo. Estaba...

—¿El duque? —exclamó Blancanieves con voz temblorosa—. ¿Está vivo?

—Sí —contestó Rosa—. Su aldea en Carmathan se ha convertido en refugio de los enemigos de Ravenna.

Blancanieves sintió un nudo en la garganta. Había supuesto que la reina habría utilizado su magia negra para encontrar al duque Hammond y a William mucho tiempo atrás. Se había convencido a sí misma de que ambos estaban muertos.

—¿Aún sigue luchando en nombre de mi padre? —preguntó.

Rosa la miró de arriba abajo, observando su pelo enmarañado y la suciedad que cubría sus rodillas. Blancanieves trató de cubrir con las manos los agujeros que tenía en la parte baja del vestido; hasta ese momento no se había dado cuenta de que existían.

—Tú eres... ¿la hija del rey? —preguntó la muchacha—. ¿*La princesa*? —se había quedado boquiabierta. Estaba totalmente confundida.

Blancanieves asintió con la cabeza, con los ojos llorosos. Pensó en el duque como ella le recordaba, cenando junto a su padre y riendo exageradamente sus bromas. Había levantado a William con un fuerte impulso y le había colocado sobre sus hombros. Recordó cómo los había mirado, pensando que William era la persona más alta del mundo. Siempre había sentido envidia de que pudiera tocar el techo.

Rosa sacudió la cabeza y colocó una mano sobre su sien.

—La noche que Ravenna se hizo con el trono, nos comunicaron que todos los habitantes del castillo habían sido ejecutados. ¿Cómo os salvasteis? —quiso saber.

Blancanieves sacudió la cabeza, sin querer recordar aquella noche: el hedor de la sangre en el patio de piedra; Finn arrastrándola por la larga y estrecha escalera hasta los calabozos. Incluso después de todos aquellos años, ignoraba por qué Ravenna había mostrado clemencia por ella en el último momento.

—¿Y William...? —preguntó, recordando de nuevo su rostro y sus ojos color avellana cuando la miraban entre las ramas del manzano—. ¿El hijo del duque? ¿Sigue vivo?

Rosa aferró los barrotes metálicos.

—Sí, princesa —respondió con suavidad—. Ha estado luchando por la causa. Es famoso por sus ataques por sorpresa contra el ejército de Ravenna. No he oído noticias de él desde hace un tiempo, pero...

—¿A qué te refieres con «un tiempo»? —interrumpió Blancanieves. William se encontraba allí afuera, en algún lugar tras los muros del castillo, luchando todavía. Sintió que aquella nueva esperanza la consumía. No podía evitarlo. El duque y William eran como su familia. Tal vez no fuera demasiado tarde para ella. Tal vez el ejército de Ravenna podría ser derrotado.

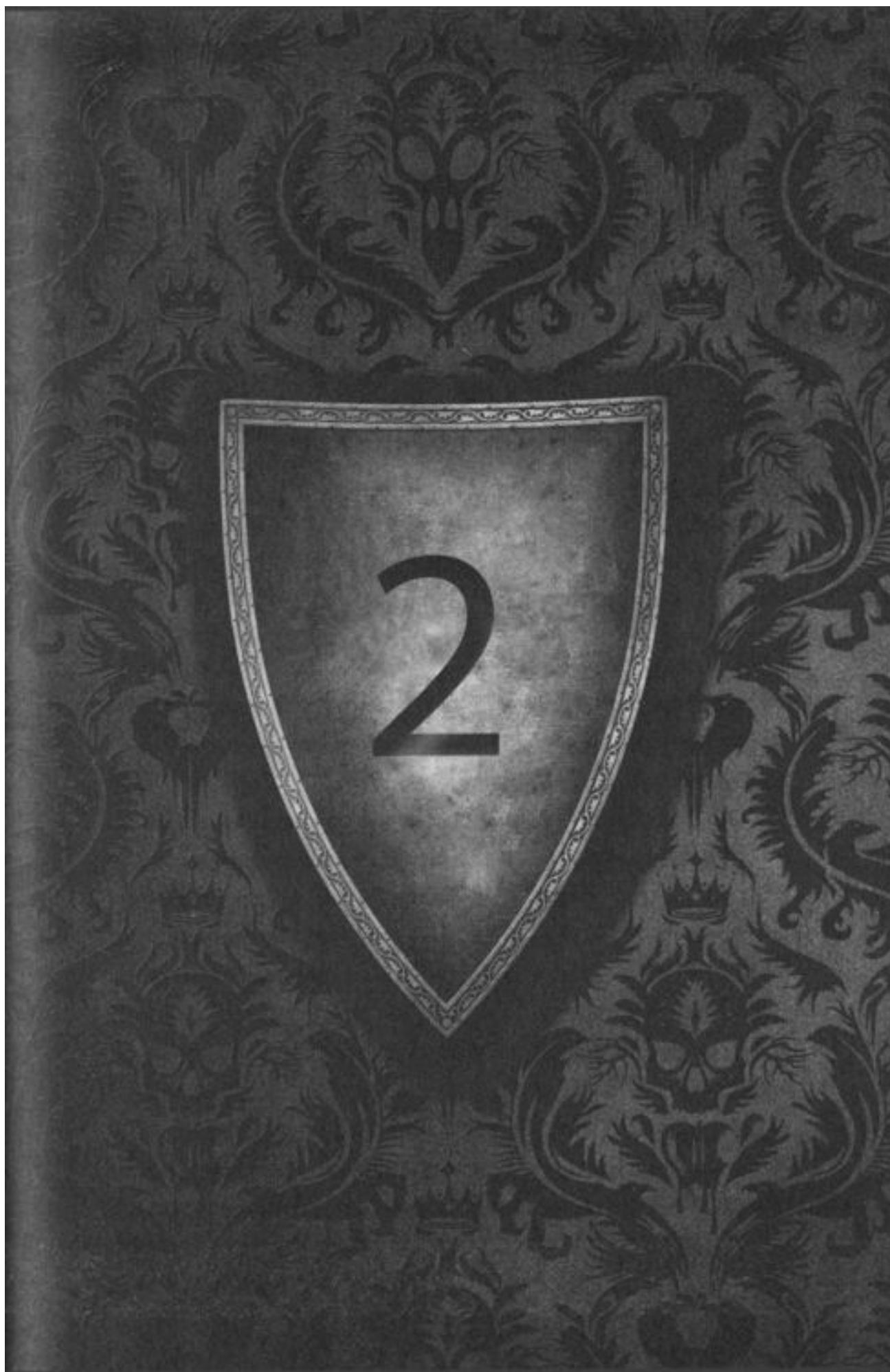
Rosa miró el frío y húmedo suelo de piedra.

—Seis meses, tal vez algo más.

Blancanieves dejó escapar un profundo suspiro. No estaba todo perdido. Había gente que seguía luchando, que se negaba a rendirse a las fuerzas oscuras que le habían arrebatado el reino a su padre. Enjugó las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—¿Estáis bien, princesa? —preguntó Rosa, inclinándose hacia delante para verla mejor.

—Lo estoy —respondió Blancanieves. Una leve y esperanzada sonrisa se dibujó en sus labios—. Nunca me había sentido tan feliz.





Ravenna estaba sentada en el trono, con sus generales formados frente a ella. Docenas de velas parpadeaban por toda la estancia y caldeaban los fríos muros de piedra. El caballero negro, ataviado con su reluciente armadura oscura, se secó la sudorosa frente con un pañuelo. Aún seguía impregnado por el hedor de la última batalla; Ravenna pudo olerlo a dos metros de distancia.

—Quedan grupos de rebeldes dispersos en los límites del Bosque Oscuro —informó. Junto a él, un general con el cabello de un intenso color rojizo alzó un mapa del reino. El caballero negro señaló con un puntero la periferia del Bosque Oscuro. Aquella monstruosa arboleda resultaba tan peligrosa que nadie osaba aventurarse en su interior—. Aquí y aquí, aunque provocan escasos daños. Hemos empujado a las fuerzas del duque Hammond hacia las montañas; sin embargo, su plaza fuerte en Carmathan se mantiene firme.

Ravenna tenía la cabeza erguida y sobre su peinado de doradas trenzas lucía una corona con remates apuntados. Alargó la mano hacia una mesa colocada a su lado. Sobre ella, había un recipiente con cinco pajarillos muertos, colocados con el vientre hacia arriba y abiertos en canal desde el pico hasta la cola. Introdujo los dedos en uno de ellos y le arrancó el corazón. Se llevó a la boca aquel diminuto órgano —que no era más grande que un garbanzo— y dejó que la dulce sangre se deslizara por su garganta.

—Sitiadla —ordenó, disfrutando de la tierna textura de la carne.

Otro general se adelantó desde una línea posterior. Era más bajo que los demás y su espesa barba colgaba diez centímetros por debajo de su barbilla.

—Las montañas y el bosque la convierten en un refugio inexpugnable, mi reina —afirmó y se retorció las manos con nerviosismo, a la espera de una reacción.

Ravenna se levantó y dejó caer la capa que envolvía su cuerpo, desvelando un vestido de oro y plata fundidos que brillaba cuando ella se movía. Tenía el mismo aspecto que diez años atrás. Su piel era tersa y ni una sola arruga surcaba su rostro. De hecho, parecía incluso más joven que cuando el rey la conoció, como si su belleza aumentara con los años. El paso del tiempo no la afectaba.

La reina se acercó de una sacudida y apuntó con un dedo hacia el rostro del general.

—Entonces, ¡obligad al duque a salir de allí! Incendiad todas las aldeas que le apoyen. Envenenad sus pozos. Y si aun así oponen resistencia, ¡clavad sus cabezas en picas y decorad con ellas los caminos! —ordenó.

El caballero negro se colocó frente al general, como si tratara de protegerle.

—Mi reina —dijo con una ligera reverencia—, son *ellos* los que nos atacan a nosotros. Los rebeldes hostigan nuestras líneas de abastecimiento y los enanos asaltan los carromatos que transportan el dinero de los jornales.

Ravenna no podía soportarlo más. Excusas, eso era lo único que escuchaba de aquellos hombres. Arrebató el puntero al caballero negro y le golpeó con fuerza en los muslos.

—¿Enanos? —dijo, sonriendo satisfecha al oír el sonido de la madera golpeando el metal—. ¡Son solo medio hombres!

El caballero negro sacudió la cabeza. Se quitó el casco metálico y se echó hacia atrás su grasiento pelo castaño.

—En otra época fueron guerreros de la nobleza, mi reina —comentó el general con una expresión casi de disculpa—. Hemos capturado a dos rebeldes, ¿los ejecutamos? —preguntó.

Ravenna sonrió. Alargó la mano hacia el recipiente de los pájaros y arrancó otro corazón. Lo masticó, disfrutando de su suave elasticidad.

—No —respondió después—. Deseo interrogarlos yo misma. Traedlos aquí.

El caballero negro hizo una seña a un soldado situado en la parte trasera del salón del trono, y este desapareció tras las inmensas puertas de madera.

Ravenna caminó impaciente frente a los generales, sintiendo cómo su respiración se agitaba. No había llegado tan lejos para permitir que su reino cayera en manos de los rebeldes. Les daría caza, dondequiera que se encontraran. No descansaría hasta que todos hubieran muerto, hasta que sus aldeas quedaran calcinadas y derruidas, hasta que sus hijos fueran prisioneros del régimen. Tardaría algún tiempo, pero lo conseguiría. Solo necesitaba conservar su fortaleza. Sus poderes debían mantenerse intactos.

Miró por la ventana hacia la muralla del castillo. Los campesinos se arremolinaban en torno a los montones de desperdicios y escarbaban entre los restos en descomposición de un cerdo y de unos tomates mohosos. Se oían los gritos de una mujer con un bebé aferrado al pecho. Estaba forcejeando con un niño al que le había arrebatado un hueso de pollo. Ravenna los observó, al tiempo que movía su brillante falda metálica de un lado a otro. Finn y ella habían sido igual de pobres: simples gitanos que vivían en un carromato. ¿Dónde estaba el rey entonces? Él había incendiado su aldea y había asesinado incluso a las mujeres, creyéndolas traidoras. ¿No mostraba ella una actitud más benevolente?

El soldado regresó, arrastrando a dos hombres tras de sí. El mayor tenía el pelo

gris y unas profundas arrugas en torno a la boca, además de un ojo amoratado e hinchado y un corte en un brazo, que todavía sangraba. El otro, que aparentaba la mitad de edad, era un joven atractivo, corpulento y con una musculatura tan desarrollada que se marcaba incluso a través de su camisa rasgada. Parecía ileso.

Ravenna se acercó. Ambos la miraron con actitud desafiante y los ojos encendidos. El mayor trató de liberarse de las manos del guardia.

—Bajo tu dominio, lo hemos perdido todo —exclamó sin apartar la mirada de Ravenna—. No desistiremos hasta que el reino sea libre.

—No todo —respondió ella, observando al atractivo joven que estaba junto a él—. ¿No es este tu hijo? Cómo osas mostrar tal ingratitud hacia tu reina —agarró la cara del joven y clavó la mirada en sus ojos grisáceos. Ninguno de los dos habló.

El le permitió acariciar su mejilla un momento. Luego, con un rápido movimiento, empujó al guardia, le hizo perder el equilibrio, le arrebató la daga y se la clavó a Ravenna en el pecho.

La estancia quedó en absoluto silencio y todos dirigieron los ojos hacia el cuchillo. Ravenna estuvo a punto de soltar una carcajada. No sentía nada. El poder que su madre le había transmitido era tan fuerte, tan absorbente, que ni la más afilada de las espadas podría matarla. Arrancó la daga de su pecho y el corte se cerró al instante. No sangraba. Ni siquiera había quedado una marca. Y la piel aparecía absolutamente tersa donde penetró la hoja.

El muchacho la miró horrorizado.

—¿Matarías a tu reina? —preguntó Ravenna, entrecerrando sus ojos azules al mirarlo. No pudo contenerse. Sintió que la rabia y la furia crecían en su interior, se mezclaban con su sangre y fluían por sus venas, haciéndola más poderosa que nunca—. Tienes belleza y coraje, pero ¿cuán fuerte es tu corazón? —susurró al oído del joven mientras colocaba la mano sobre el pecho del muchacho.

Él trató de retroceder con el rostro desencajado, pero la magia de la reina le paralizó. Ravenna sintió que los latidos del joven retumbaban en sus oídos, creciendo en intensidad a cada segundo. El padre del muchacho suplicaba clemencia, pero ella no escuchaba sus palabras, simplemente se dejaba consumir por la magia, que la arrastraba en su virulenta corriente. Se inclinó hacia atrás y canalizó toda su fuerza hacia la punta de los dedos, al tiempo que el corazón del joven aumentaba el ritmo. *Más rápido*, pensó y el corazón bombeó a mayor velocidad. *Más rápido*, repitió en su interior, y los latidos se aceleraron aún más, fundiéndose entre ellos, hasta que el ruido se volvió tan intenso que apenas podía soportarlo.

El rostro del muchacho mostraba desesperación y sus ojos aparecían enrojecidos y aterrados. Ravenna soltó el aire de los pulmones y concentró toda su fuerza en cerrar el puño. Podía sentir aquel corazón entre los dedos, como si tuviera la mano dentro de su pecho. Continuó apretando, más y más, hasta que la tuvo firmemente

cerrada. El muchacho hizo una mueca de dolor mientras ella estrujaba los dedos. El martilleo de su propio pulso ensordeció al joven y por fin su corazón estalló. Entonces, se desplomó en el suelo, muerto. Su padre se arrodilló junto a él y comenzó a golpearle el pecho para tratar de reanimarlo.

Finn alzó la espada para acabar con la vida del anciano, pero Ravenna le detuvo.

—No, deja que regrese junto al duque y le hable de la generosidad de su reina —dijo casi riendo. A continuación, abandonó el salón del trono y Finn la siguió.

Ravenna apenas podía caminar. Finn se colocó junto a ella, ayudándola a dar cada paso. Sentía como si todo el aire hubiera abandonado sus pulmones, tenía las piernas débiles y los hombros encorvados, y notaba la piel del rostro cubierta de finas arrugas.

No intercambiaron ni una sola palabra hasta que llegaron a sus aposentos. Ravenna se desplomó sobre un sillón y su respiración finalmente se calmó.

Finn la observaba.

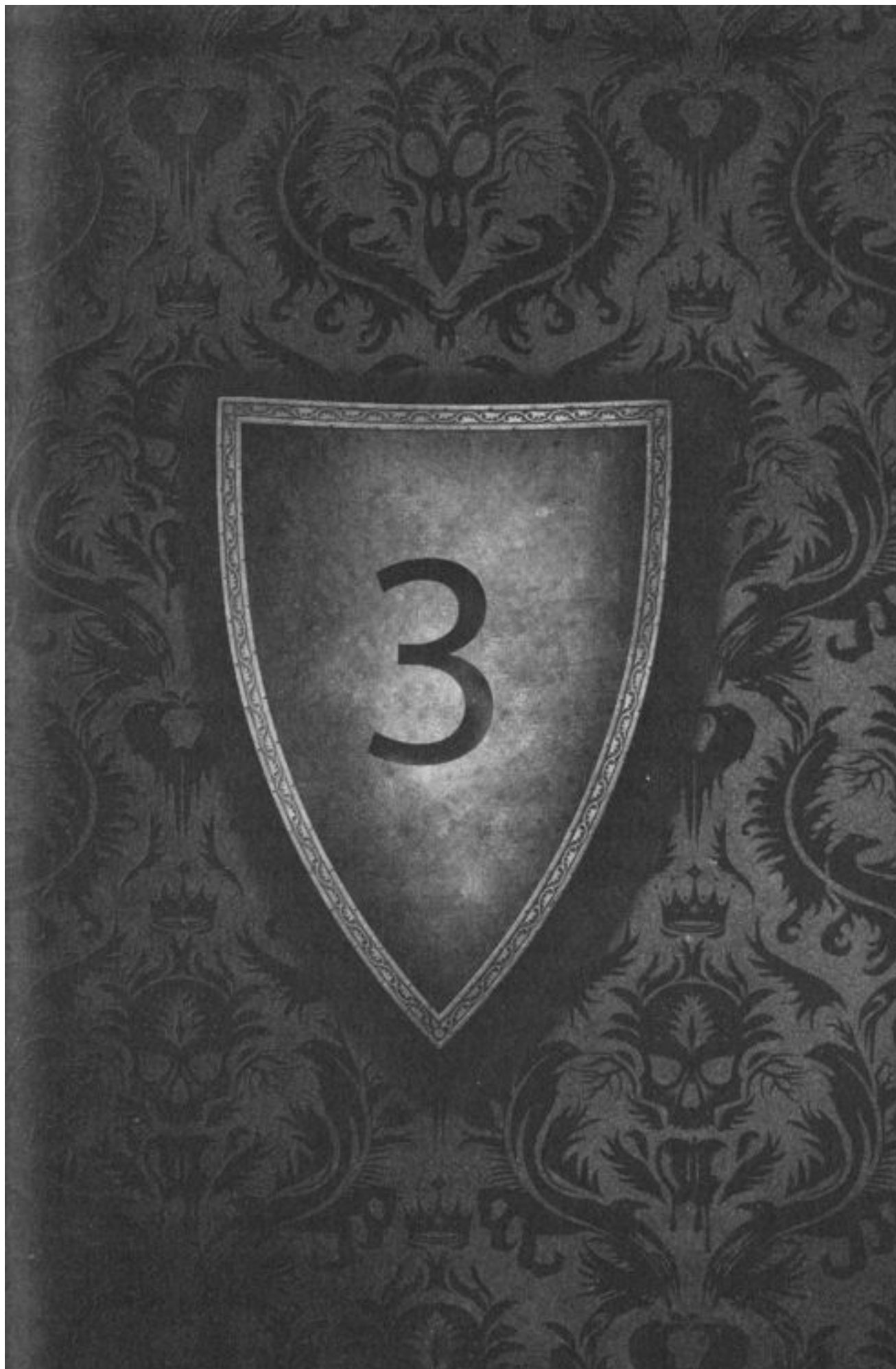
—La magia exige un alto precio —dijo con cautela.

Ravenna miró sus manos. Tenía oscuras manchas parduscas en el dorso de ambas y la piel se había vuelto fina como el papel.

—Y el coste aumenta —admitió. Incluso aquellas pocas palabras la agotaron.

Ahora lo sabía. Cada vez que empleaba sus poderes, envejecía. Esa era su batalla personal, día tras día. Pero debía ser la reina todopoderosa. Debía provocar miedo y respeto en todo el reino, sin que nadie descubriera lo rápido que su magia se desvanecía. Solo había una cosa que podía restablecerla en aquel momento.

—Ve —dijo mirando a su hermano a los ojos—. Tráeme una. Ahora mismo.





Cuando Finn regresó, Ravenna estaba encorvada, con una mano apoyada en la pared para mantenerse en pie. No se atrevía a mirarse en el espejo. No soportaba contemplar en lo que se había convertido su rostro. Se le habían formado profundas arrugas en las comisuras de los labios y alrededor de los ojos, podía sentir las, y la piel del cuello colgaba flácida por encima de su gargantilla de diamantes.

—Tengo algo que puede ayudarte —dijo Finn. Ravenna se volvió y miró a la muchacha que se encontraba frente a ella—. ¿Qué hay más bello que una rosa? —preguntó su hermano.

Rosa trató de escapar de las manos de Finn. Tenía la piel de un hermoso color pálido, los ojos grandes y azules y el pelo rubio. Ravenna sonrió, complacida por las cualidades de aquella muchacha. Era tan joven —no llegaría ni a diecisiete años— y tan... *perfecta*.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó la chica, retorciéndose para intentar liberarse.

Ravenna avanzó hacia ella y sus pisadas retumbaron en la inmensa estancia de piedra. Necesitaba a aquella muchacha más que cualquier otra cosa. Y no solo para recuperar su juventud y su energía, sino también para recobrar la capacidad de controlar el reino. Sí, pensó mientras acercaba la mano al cuello de la joven. *El pueblo necesita a su reina*. Y apretó su garganta con los dedos. Rosa abrió la boca para gritar, pero fue incapaz de emitir sonido alguno. Sin embargo, la reina pudo sentir cómo se derramaba la esencia de su juventud, un manantial de energía esperando ser aprovechado. Se inclinó hacia atrás, dejando que aquella fuerza fluyera desde la boca de Rosa hacia la suya, llenándola de pies a cabeza. Notó que la piel se le estiraba y que la mano que aferraba la garganta de Rosa se tornaba más joven, sin manchas. Tampoco tenía ya los hombros encorvados. Se irguió y sintió la energía que recorría todo su cuerpo. De aquella manera viviría para siempre, sin envejecer jamás, manteniendo intacta su belleza.

Cuando todo hubo acabado, Ravenna abrió la mano y Rosa cayó de rodillas. La muchacha tenía las manos nudosas, el rostro ajado y arrugado, y el pelo áspero y grisáceo. Estaba encorvada sobre el suelo y aparentaba casi ochenta años. Había desaparecido cualquier rastro de la hermosa joven que había sido.

Ravenna miró a su hermano llena de júbilo. Incluso él parecía haber rejuvenecido con la nueva fuerza de su hermana. El hechizo empleado por su madre para conectarlos resultaba más evidente en aquel momento, mientras Ravenna contemplaba el rostro de Finn. Tenía la piel radiante, sus ojos brillaban con una nueva luz y daba la sensación de que era incluso más fuerte que antes. Los músculos se le marcaban bajo la camisa de hilo.

Ravenna no sintió lástima por la muchacha. Solo notaba el poder, la dulce embriaguez que la invadía siempre que arrebatara la juventud a alguien. Nada podría detenerla. Era más inteligente que los hombres más sabios del reino, más fuerte que los guerreros más fieros, y más hermosa que todas las doncellas que habían pasado frente a ella.

Accedió con rapidez al salón del espejo con el único deseo de contemplar su reflejo y de que el hombre que habitaba en él le confirmara lo que ella ya sabía. Estaba ansiosa por escuchar de nuevo su voz, por sentirse reconfortada por su magia.

—Espejito, espejito mágico —comenzó—, ¿quién es la más bella de todas las mujeres? —contempló la superficie brillante y notó que el pulso se le aceleraba mientras el espejo se derretía a sus pies y tomaba forma de estatua de bronce. Su propio reflejo le devolvió la mirada desde aquel rostro liso y sin facciones.

—Mi reina —dijo el espejo—, habéis desafiado a la naturaleza y la habéis privado de sus frutos más bellos. Pero en este momento existe una mujer más hermosa que vos. Ella es la causa de que vuestros poderes mengüen.

¿Quién podía ser más hermosa que ella? ¿No les había arrebatado la juventud a algunas de las muchachas más atractivas del reino? ¿Para qué había servido? Ravenna apretó los puños. No existía ninguna mujer más bella que ella, ni ninguna más poderosa ni joven. El espejo se equivocaba —tenía que ser eso—. Se estremeció de rabia. La euforia que la había invadido tras consumir a Rosa se había desvanecido con rapidez y por completo.

—¿Quién es?! ¡Dime su nombre! —susurró entre dientes.

Su reflejo la miró.

—Blancanieves —respondió el espejo.

—¿Blancanieves? —repitió Ravenna, y luego tragó saliva—. Debería haberla matado cuando era una niña. ¿Es ella mi perdición?

El espejo alzó los dedos hasta su barbilla y la acarició en actitud pensativa.

—Pero... ella es también vuestro tesoro, mi reina. Fue un acierto que la mantuvieseis cerca, ya que la inocencia y la pureza, que pueden destruir, también pueden sanar. Tomad su corazón entre las manos y nunca más tendréis que consumir juventud, nunca más os debilitaréis ni envejeceréis. La inmortalidad sin coste alguno...

Ravenna se miró las manos, tratando de imaginar lo que sería no volverlas a

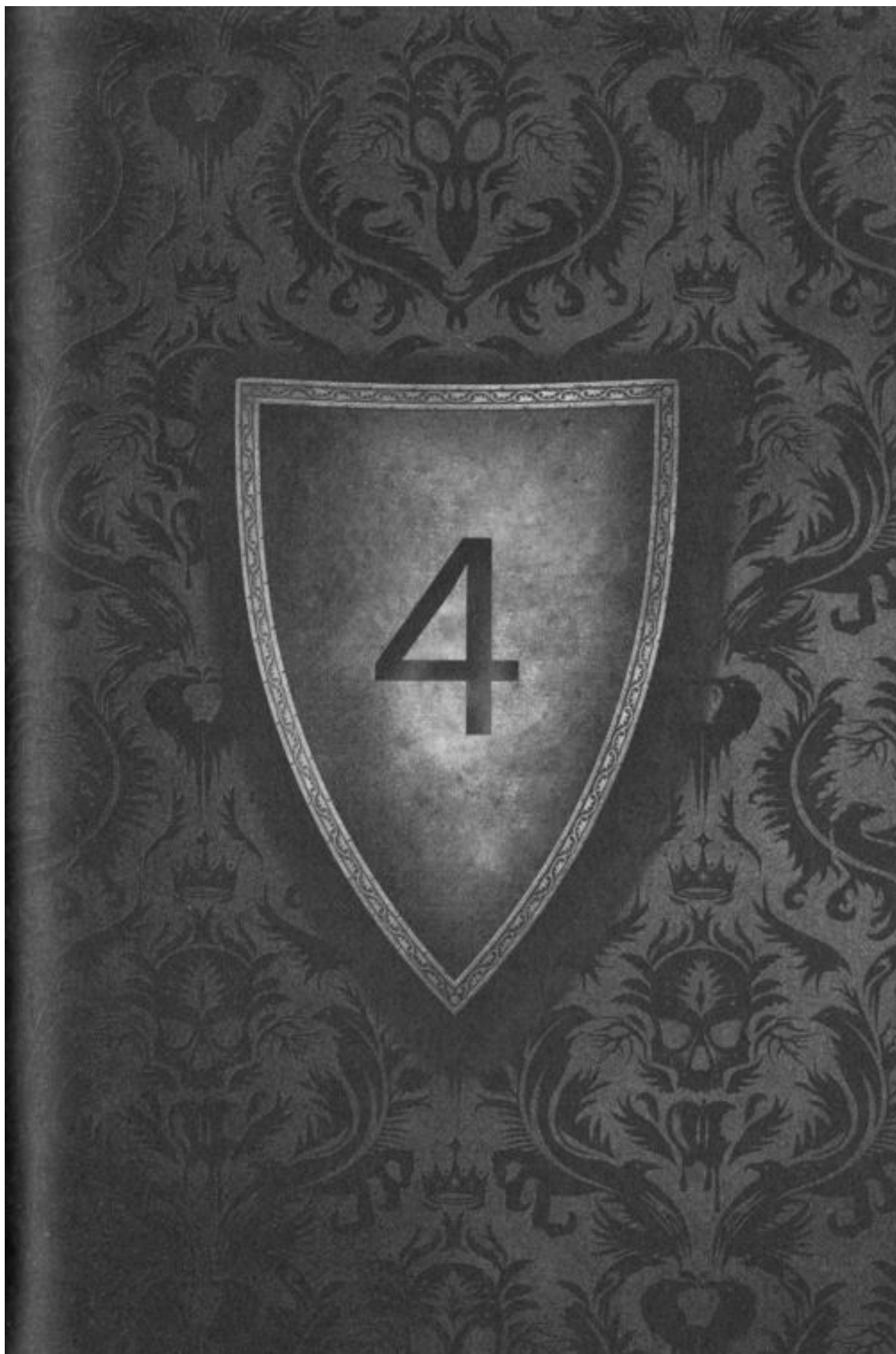
contemplar como unos minutos atrás, arrugadas y cubiertas de manchas. ¿Cómo sería no quedarse jamás sin aliento, ni volver a sentir el peso de los años? ¿Cómo sería vivir para siempre?

Una suave risa escapó de su garganta y aquel sonido la espoleó hasta encontrarse riendo tan fuerte que casi se le saltaban las lágrimas. Blancanieves. Por supuesto. Siempre había sido ella la única capaz de otorgarle ese regalo. Existía una razón por la que la había salvado —lo había sentido todos aquellos años—. Había una razón por la que estaban conectadas. Y ahora se le revelaba en todo su esplendor...

—¡Finn! —gritó, soltando carcajadas—. ¡Trae a Blancanieves!

Siguió riendo, reconfortada por una sensación de ligereza. Cerró los ojos con fuerza y las lágrimas surcaron sus mejillas. Viviría para siempre. Solo tenía que matar a Blancanieves y tomar su corazón. Era así de sencillo, así de obvio. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Cuando finalmente abrió los ojos, estaba sola en la estancia. El espejo era como cualquier otro y reflejaba la habitación vacía. El hombre del espejo había desaparecido, pero sus palabras aún resonaban en sus oídos: *La inmortalidad sin coste alguno...*





Blancanieves apretó la cara contra los barrotes. Hacía una hora que se habían llevado a Rosa. Había visto cómo Finn ascendía por la escalera acompañado de un soldado y sacaba a la muchacha de su celda. Ella había gritado y propinado patadas, pero el soldado le había sujetado las piernas. La habían trasladado escaleras abajo sin más, ignorando las súplicas de Blancanieves para que se detuvieran.

Esperaba que la chica se encontrara bien. Quería creer que se trataba de un malentendido y que Rosa quedaría finalmente libre, sin sufrir ningún daño, pero la preocupación la consumía. Conocía a Ravenna demasiado bien. Y, sin tener en cuenta el posible delito de Rosa —en realidad, ¿había hecho algo?—, Blancanieves no podía apartar la sensación de que aquella conversación que habían mantenido iba a ser la única.

Se retorció las manos mientras recorría una y otra vez la pequeña celda. Le resultaba complicado asimilar todo lo que había descubierto. El duque Hammond estaba vivo y William luchaba en nombre de su padre. Pensar en ellos avivó su esperanza. De repente, la celda le pareció mucho más pequeña. No podía soportar aquel olor a moho y que siempre hubiera cucarachas correteando por las noches. Ya no podía aguantar estar alejada del sol. Todo lo que había permanecido aletargado tantos años despertó de nuevo en su interior. Necesitaba salir, alejarse de aquella prisión húmeda y oscura, buscar al duque Hammond. Necesitaba estar de nuevo junto a su familia.

Casi al mismo tiempo que aquel pensamiento surcaba su mente, oyó un graznido. Se volvió y distinguió dos urracas posadas en la cornisa del castillo. Recordaba aquellos inconfundibles pájaros de su infancia. Su brillante plumaje negro resaltaba sobre el cielo grisáceo. Tenían una cola que medía más de la mitad de sus cuerpos y un impresionante color azul iridiscente en las plumas de las alas. Allí estaban, con sus cabezas ladeadas hacia Blancanieves, como si las hubiera llamado con alguna extraña magia.

Se aproximó a la ventana y las contempló. Batieron las alas una vez y las plumas azuladas reflejaron la luz del sol.

—¿Estáis tratando de decirme algo? —murmuró Blancanieves, preguntándose si lo estaba imaginando—. ¿Qué hacéis aquí? —las aves fueron dando saltitos a lo largo

de la cornisa hasta el lugar donde el techo de la torre se inclinaba hacia el suelo. Las tejas de madera estaban podridas en algunos puntos y la oscura brea aparecía pegajosa por el calor del sol. Tardó un instante en descubrir el clavo que sobresalía del tejado entre ambos pájaros. Estaba en un rincón, a su alcance.

Blancanieves deslizó el brazo entre los barrotes metálicos y agarró el clavo. Tenía ocho centímetros de longitud y la mitad seguía incrustada en la madera. Lo movió hacia delante y hacia atrás, repitiendo la operación hasta que quedó flojo. Los pájaros se acomodaron sobre el tejado, junto al clavo, observando cómo la muchacha luchaba contra aquel trozo de metal oxidado. Estaba a punto de sacarlo cuando oyó pasos en el pasillo de piedra. Escuchó los gritos apagados de Rosa y, a continuación, cómo se abría la puerta de una celda. *Sigue viva*. Aquel pensamiento la alentó.

Las urracas intuyeron el peligro y levantaron el vuelo para posarse en un árbol cercano. «Vamos», murmuró Blancanieves para sí. Tiró con fuerza del clavo una vez, y luego otra. Finn cerró de un golpe la puerta de la otra celda y Blancanieves sintió que sus pisadas se aproximaban. Tiró una última vez del clavo y, al desprenderse este, ella cayó de espaldas. Gateó hacia la cama y se envolvió con la manta. Tenía el clavo herrumbroso en la mano.

Fingió estar dormida. Podía oír a Finn en el exterior de la celda, ya que sus zapatos resonaban sobre el suelo de piedra mientras caminaba de un lado a otro, frente a la puerta. Por fin, abrió los ojos, como si se acabara de despertar.

—¿Te he despertado? —preguntó Finn. Sin más, introdujo la llave en el candado y entró en el calabozo.

Blancanieves sacudió la cabeza y apretó los dedos en torno al clavo, preguntándose qué querría.

—Nunca habías entrado aquí —dijo con suavidad, mientras colocaba el clavo entre dos dedos, dejando que sobresaliera la punta oxidada.

Finn inclinó la cabeza y la observó. Parecía embelesado. Blancanieves le regaló una leve sonrisa, intentando atraerle con la mirada.

—Mi reina no lo permitiría —dijo Finn—. Os quiere solo para ella.

—Me da miedo —probó a decir Blancanieves. Contempló el rostro de Finn: no había cambiado nada desde la noche en que le había conocido, el día de la boda de su padre. Su piel blanca no había envejecido en absoluto y tenía la nariz afilada y el pelo rubio, perfectamente cortado y con un flequillo que cubría su ancha frente.

Finn se acercó a ella y se apoyó en el borde de la cama. Blancanieves contaba sus respiraciones, tratando de mantener la calma. Se incorporó y recogió las piernas para sentarse junto a él, con el puño todavía cerrado, pegado a su cuerpo.

—No te preocupes, princesa —susurró él y, alargando la mano, rozó el brazo de la muchacha—. Nunca más estarás encerrada en una celda —llevaba puesto su habitual uniforme de cuero con cuello alto y en aquel momento estaba tan cerca de

ella, que Blancanieves podía ver su reflejo borroso sobre la piel lustrosa.

Apretó con fuerza el clavo oxidado.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó, alzando los ojos hacia él. Finn le retiró el pelo de la cara y detuvo sus gruesos dedos sobre el pómulos de la muchacha. Ella necesitó toda su fuerza para no esquivar la caricia.

De repente, Finn bajó la mano hacia su cintura y desenfundó algo tan rápidamente que Blancanieves tardó un instante en darse cuenta de qué se trataba.

—Tu corazón —respondió él, aferrando con fuerza una daga.

Blancanieves miró el brillante filo y a continuación los ojos insensibles de Finn. Entonces, levantó el puño y, sin dudarlo, sujetando el clavo con firmeza, le golpeó en la cara con intención de hacerle el mayor daño posible.

Un profundo corte se abrió en la mejilla de Finn desde la parte baja del ojo izquierdo hasta la nariz. La sangre chorreaba por su cara y goteaba sobre sus dedos y la manta de lana.

—¿Qué has hecho? —acertó a decir. Trató de levantarse, pero Blancanieves le propinó una fuerte patada en el costado, le arrebató las llaves del cinturón y corrió hacia la puerta, con el corazón desbocado.

Una vez fuera, cerró la puerta metálica de un golpe y echó la llave. Luego corrió hacia la celda de Rosa. Revolvió las llaves y probó la primera del manojito, pero no abrió la puerta. Lo intentó con la siguiente y luego con la siguiente, pero ninguna servía. Recorrió con los dedos las llaves restantes, sintiendo cómo se le resecaba la garganta; había casi cuarenta.

—¡Guardias! —gritó Finn hacia el pasillo—. ¡Guardias! —tras los barrotes apareció su cara ensangrentada.

Blancanieves miró dentro de la celda de Rosa y se quedó horrorizada. Acurrucada al fondo había una anciana con el rostro consumido por la edad y una áspera cabellera gris que le caía por la espalda. Su vestido era el mismo que Rosa llevaba puesto momentos antes y tenía sus mismos ojos azules, pero estaba irreconocible.

—Márchate —le urgió la anciana. Se acercó a Blancanieves y tomó su mano—. Vete sin más, por favor. De otro modo, nunca lo conseguirás.

Blancanieves apretó las manos de la mujer y depositó las llaves en ellas. Luego, se volvió hacia la estrecha escalera de caracol que descendía hasta el cuerpo principal del castillo. Bajó en espiral, saltando los escalones de dos en dos, sintiéndose más y más mareada a cada tramo. Siguió escuchando los gritos de Finn en algún lugar por encima de su cabeza incluso desde los últimos escalones, donde casi se desplomó en el suelo.

La tercera planta del castillo se encontraba en silencio. La reconoció inmediatamente, era la misma ala que, durante su infancia, habían ocupado el duque Hammond y William. Las ventanas estaban cubiertas con gruesas cortinas color

burdeos y contra la pared del fondo descansaba un elaborado armario de madera. Conocía cada una de aquellas estancias como si fueran suyas. Se dirigió hacia el extremo final del ala, pero justo en ese momento dos guardias con las espadas desenvainadas subían por la escalera. Sabían que se había escapado, Blancanieves pudo verlo en sus ojos.

—¡Cógela! —gritó uno mientras corrían hacia ella.

Blancanieves escapó hacia la escalera y cerró el pestillo de la puerta tras de sí. No miró atrás. Los soldados arremetieron contra la puerta de madera, que crujía con cada una de sus violentas embestidas. Tenía que llegar hasta el patio. Podría levantar el rastrillo y escapar, igual que el duque Hammond y William tantos años atrás. «Tengo que llegar hasta allí», se dijo a sí misma.

Al llegar al final de la escalera, franqueó la puerta de golpe y salió al exterior. La luz era tan intensa que le hizo daño en los ojos. Se puso la mano en el rostro para protegérselo del sol. Hacía tanto tiempo que no estaba al aire libre que le resultaba casi imposible soportarlo, e incluso el roce del viento sobre la piel le parecía extraño.

Antes de poder acostumbrarse, oyó pisadas a su espalda. Varios guardias habían abandonado el salón del trono en dirección al patio. Había al menos diez, todos ataviados con la misma armadura negra. Blancanieves miró hacia el ala este de la fortaleza, donde se encontraba el rastrillo, pero dos hombres cabalgaban ya en dirección a ella desde los puestos de guardia en la puerta de acceso. No tenía escapatoria.

Se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Apretó una mano sobre su corazón y, entonces, escuchó un leve graznido. Las dos urracas que había visto a través de su ventana estaban en el patio, volando en círculos a escasos metros de su cabeza. Parecían muy reales. La luz del sol cayó sobre sus alas azuladas y les arrancó un destello.

Descendieron en picado y volaron rápidamente hacia el extremo oeste del patio, donde los arbustos de flor aparecían marchitos y parduscos. «Igual que el clavo», susurró para sí. Blancanieves siguió a los pájaros, consciente de que había algo que deseaban mostrarle.

Los guardias se estaban aproximando y los dos jinetes se encontraban casi sobre ella. Podía oír el fuerte repiqueteo de los cascos de los caballos sobre la piedra.

—¡Cogedla! ¡Está atrapada! —gritó alguien al grupo desde el salón del trono.

Blancanieves continuó tras las aves, que se iban aproximando a la inmensa muralla de piedra. Entonces, miró hacia abajo y se dio cuenta, por fin, de lo que querían enseñarle.

Allí, bajo los mustios arbustos, se encontraba la entrada de las cloacas del castillo. Era un agujero de aproximadamente un metro de ancho, suficiente para deslizarse a través de él.

Las urracas levantaron el vuelo. Blancanieves se agachó, se arrastró de lado por el suelo de piedra y se descolgó hacia el interior de la cloaca. Permaneció allí unos instantes, con los dedos aferrados al borde del sumidero, antes de dejarse caer. Apenas podía respirar mientras se precipitaba hacia la oscuridad.

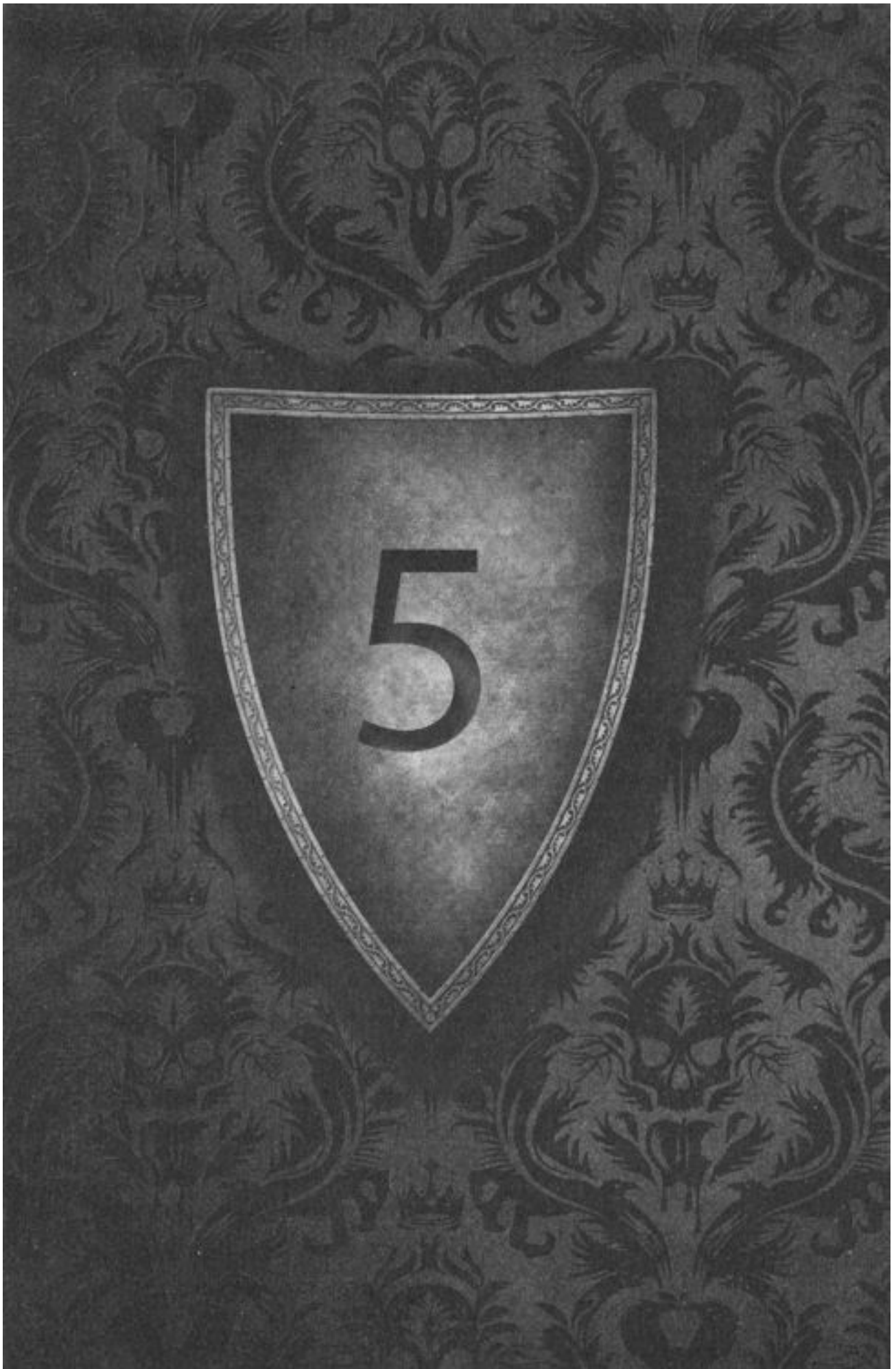
Al segundo, fue barrida por la corriente de agua. Muy por encima de ella, un guardia trataba de introducir el cuerpo en el agujero para seguirla, pero era demasiado estrecho. Se quedó atascado a la altura de las caderas y con las piernas colgando; daba patadas desesperadamente.

—¡Abrid las puertas! ¡La princesa ha escapado! —gritó un guardia, y el eco de su voz se expandió por el túnel mientras ella se deslizaba hacia el exterior.

Al pasar junto al muro, Blancanieves alargó los brazos para agarrarse, pero estaba cubierto de algas viscosas. La piedra se encontraba tan resbaladiza que no pudo aferrarse y el fango espeso se le incrustó bajo las uñas y se las tiñó de verde.

Después de tantos años encerrada en la torre, sus piernas carecían de la fuerza necesaria para mantenerse a flote. Pataleó tan fuerte como pudo, luchando contra la corriente, y agitó los brazos. Pero a medida que el túnel se estrechaba, el agua la iba sumergiendo.

Desapareció bajo el lodo espumoso y el mundo entero se volvió negro.





El agua la arrastró hacia una larga y angosta tubería y notó cómo las paredes se estrechaban a su alrededor. Sus hombros las rozaban al pasar, así que trató de encogerse lo máximo posible, recogiendo los brazos sobre el pecho y cruzando las piernas. No se atrevía a moverse, pues temía quedarse atascada.

Momentos después, el túnel se acabó y Blancanieves salió a aguas abiertas, sintiendo por fin brazos y piernas libres de ataduras. Tenía los pulmones a punto de estallar. Necesitaba desesperadamente coger aire. Alzó la vista hacia la superficie del agua, a unos seis metros por encima de ella. Había algas flotando que proyectaban sombras sobre su rostro. Sacudió las piernas con desesperación, hacia el sol, pero cuando llegó a la capa de algas, encontró que era demasiado densa. Las plantas se enredaron en torno a sus brazos y a sus piernas, y la empujaron hacia el fondo.

Esto no puede estar sucediendo, pensó al asumir la realidad de su situación. Pataleó con fuerza para tratar de liberarse, pero aún tenía un alga enmarañada a la pierna. Se sentía demasiado débil y los pulmones le ardían. Siguió agitando los brazos hasta que la superficie del agua estuvo a unos centímetros de distancia. Con unas patadas desesperadas, consiguió finalmente liberarse y pudo abrirse camino hacia el exterior.

Tomó una bocanada de aire. A lo lejos, oyó el sonido de los cascos de los caballos sobre la piedra. Los soldados acudían en su busca. Miró hacia la playa, que estaba a unos treinta metros de distancia. El castillo se hallaba enclavado en la ladera de una colina, sobre la costa, junto a un acantilado cubierto de árboles y arbustos. Nadó hacia la playa, agradecida de que las olas la empujaran hasta la arena. No disponía de mucho tiempo.

La orilla aparecía salpicada de grandes rocas grisáceas distribuidas en hileras: formaban un enorme laberinto que se extendía por toda la playa. Blancanieves se aproximó a la primera entrada de piedra. Era más alta que ella y los muros estaban cubiertos de percebes y algas secas. La franqueó y se adentró en el laberinto, pero cuando el pasadizo se bifurcó, no supo qué camino tomar. Sus recuerdos infantiles eran menos claros respecto al laberinto; era William el que siempre encontraba la salida.

Tenía el vestido empapado y temblaba de frío. Oyó los cascos de los caballos en

las rocas; el ejército se estaba acercando. Sin lugar a dudas, Finn ya habría alertado a Ravenna. Si él no la encontraba, la magia de la reina de seguro lo haría. Le arrancaría el corazón.

Blancanieves optó por seguir a la derecha. Le temblaban las manos. Estaba a punto de rodear una esquina cuando un leve graznido llamó su atención.

Se volvió. Las dos urracas habían ido tras ella y estaban posadas en el muro de piedra de la izquierda. Blancanieves se tapó la boca con la mano y los ojos se le llenaron de lágrimas. Los pájaros descendieron de la cornisa y volaron en dirección contraria. La joven los siguió por la playa, serpenteando entre las enormes rocas hasta que el sendero desembocó en la arena. A unos metros de distancia, recostada en la orilla, había una hermosa yegua blanca. Blancanieves nunca había visto un caballo en aquella postura, como si estuviera esperando a que subiera a su lomo.

El ruido de los cascos se aproximaba.

—¡Allí! —voceó un hombre.

Blancanieves alzó la vista hacia el borde del acantilado. Entre los árboles surgieron los dos primeros soldados a caballo; uno de ellos la señalaba con una daga de plata. La muchacha no dudó: corrió hacia la yegua y se subió de un salto a ella. El animal se levantó y empezó a galopar por la playa rocosa.

Corría junto a la orilla, con las olas rompiendo a su lado, mientras Blancanieves no dejaba de mirar hacia atrás, con el pelo revuelto en una oscura maraña. Los ojos le escocían del aire salino del océano. El ejército de Finn descendió rápidamente del acantilado y comenzó a aproximarse.

Las urracas se desviaron a la derecha, de nuevo hacia el interior, y la yegua se internó en el espeso bosque tras ellas. El ejército persiguió a Blancanieves entre la arboleda.

La muchacha recordó los paisajes de su infancia. Se encontraban a las afueras de una de las aldeas. De pequeña, había desfilado junto a sus padres en un carruaje descubierto a través de aquellas pequeñas poblaciones, saludando a los niños. Todos los habitantes, ataviados con sus mejores ropas, esperaban la llegada de la familia real mientras lanzaban pétalos de flores sobre el camino de tierra. Pero ahora, al acercarse a la aldea, Blancanieves apenas la reconoció. Muchas de las casas eran montones de escombros calcinados, había otras cerradas con tablones y el antiguo pozo del centro del pueblo estaba sellado.

La yegua siguió galopando y pasó rápidamente junto al edificio quemado de la escuela. Al final del camino, unos niños salieron de una casa que tenía unos enormes agujeros en el techo de paja. Blancanieves trató de detener a su montura, pero esta se negó en redondo. Cuando se aproximaron, vio que había pánico en los ojos de aquellos niños y que estaban tan delgados que parecían esqueletos. Uno tenía la nariz ensangrentada; otro estaba tan débil que apenas podía ponerse en pie. Se movían

lentamente, contemplando al animal con una extraña curiosidad.

Blancanieves se adentró en el bosque que se extendía frente a ella, pero a medida que la yegua avanzaba, encontraba cada vez menos y menos árboles entre los que ocultarse. Estaba al descubierto, galopando a través de un campo yermo. En un claro antes repleto de frondosos árboles había solo tocones podridos y hierba carbonizada. La muerte y la destrucción lo asolaban todo. El reino era una mera sombra de lo que había sido.

La joven mantenía los ojos en los dos pájaros que la precedían y vio cómo coronaban una colina. Más allá de la pronunciada pendiente, se extendía un muro de viejos árboles cuyos troncos tenían casi dos metros de anchura. Blancanieves tragó saliva. Había oído hablar del Bosque Oscuro cuando era una niña. Su madre solía contarle historias sobre la magia que albergaba: plantas que se enredaban en las piernas, extrañas criaturas que habitaban en el subsuelo y arenas movedizas que se tragaban a personas enteras. Nadie había regresado con vida del Bosque Oscuro.

Miró hacia atrás. El ejército de Finn estaba ascendiendo la colina; en unos minutos la habrían alcanzado. Espoleó a la yegua, pero el animal dudó, vacilante ante los gigantescos árboles que se alzaban ante ella. El bosque se encontraba sumido en una densa niebla que se deslizaba entre los troncos. Era imposible distinguir lo que había a dos metros de distancia.

—Vamos —susurró, acariciando el cuello de su montura.

Se adentraron en el bosque y la bruma las envolvió. Las urracas habían desaparecido entre la espesa nube blanca. Blancanieves alzó los ojos hacia las ramas de los árboles. Allí arriba oyó extraños pájaros cuyos chillidos guturales le provocaron escalofríos. La yegua avanzaba lentamente. Blancanieves, con las manos temblorosas, dejó escapar un profundo suspiro. Los ecos de los hombres de Finn se desvanecieron a su alrededor. Solo oía la presencia del Bosque Oscuro y sus tenebrosos rumores.

La yegua dio un paso, luego otro y, de repente, el terreno cedió bajo sus patas. Se levantó de manos y lanzó a Blancanieves por los aires. La muchacha golpeó el suelo con fuerza y jadeó. Cuando levantó la vista, el animal había desaparecido entre la niebla.

Permaneció tumbada un instante, tratando de recuperar el aliento. La tierra sobre la que se encontraba estaba empapada y el espeso musgo comenzó a deslizarse sobre sus dedos, como si intentara engullirlos. A unos metros de distancia, escuchó las pisadas sobre el fango de los hombres que se abrían camino a través del bosque.

Se levantó y empezó a alejarse, incapaz de ver siquiera el suelo que pisaba. Estaba envuelta por una nube blanca. Miró atrás y por un instante vislumbró la silueta de un hombre. Corrió más deprisa, con la respiración entrecortada, tratando de escapar del ejército de Finn, pero un pie se le enganchó en la raíz de un árbol

gigantesco y voló por los aires. Aterrizó con un golpe seco sobre una zona cubierta de setas anaranjadas y rojizas.

Una nube de polen se levantó a su alrededor. El pegajoso polvo amarillo cubrió cada centímetro de su piel y no tardó en darse cuenta de que algo terrible iba a suceder. Se notó mareada y se le nubló la vista. Luego se puso en pie para huir y el Bosque Oscuro le resultó más extraño incluso que antes. Los árboles parecían amenazadoras figuras encapuchadas que la acechaban para llevarla de regreso al castillo. «No deberías haberte marchado, querida», murmuró un árbol mientras una de sus ramas se alargaba hasta acariciarle la mejilla.

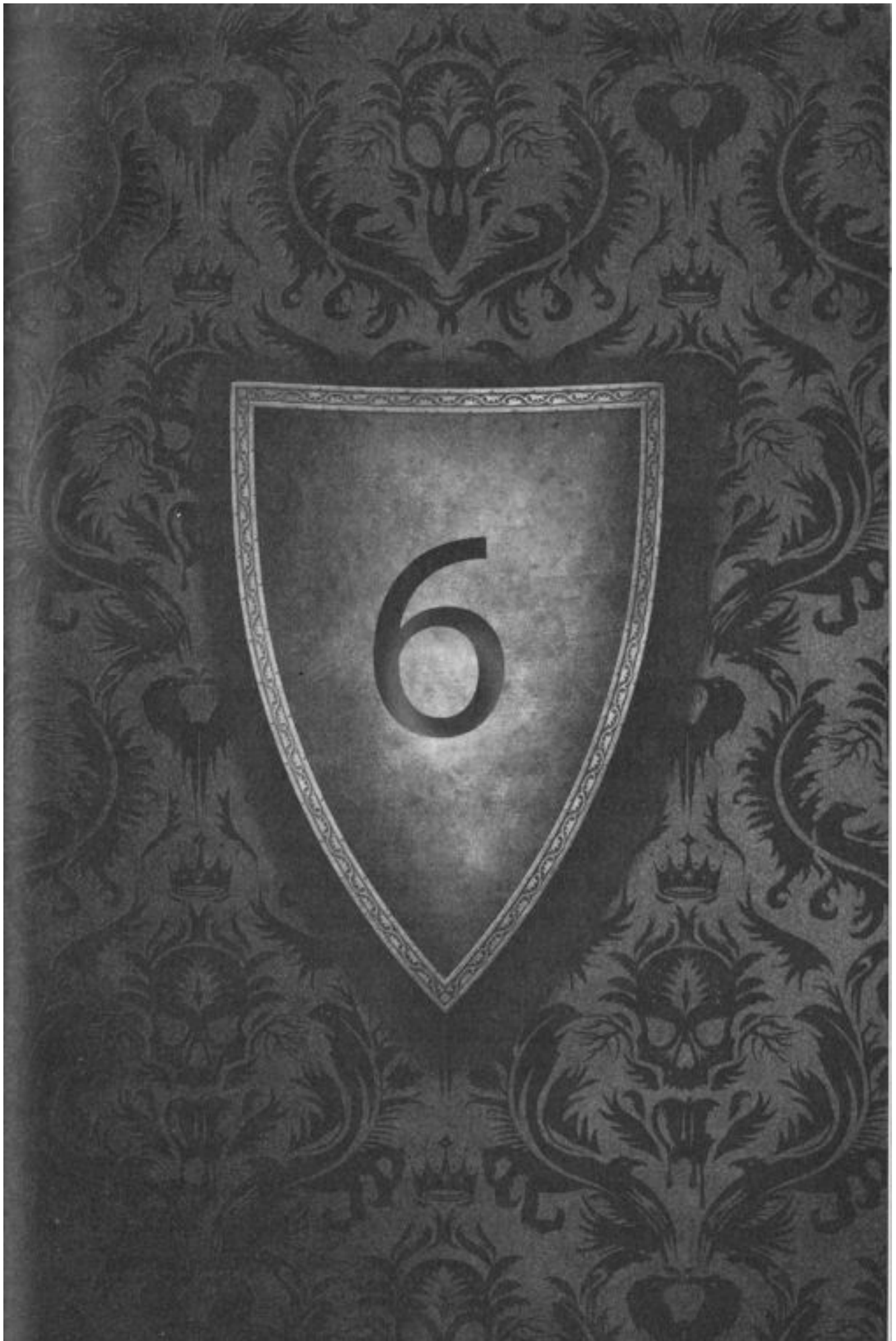
Otro renqueó hacia ella, alzando sus gigantescas raíces con gran esfuerzo. «Miren lo que tenemos aquí. Una princesa». Se inclinó hacia ella y Blancanieves pudo ver su oscuro rostro, dibujado con un hacha sobre la corteza.

—Alejaos de mí —respondió entre dientes. Tenía la boca llena de aquel infame polen amarillento, lo sentía en la lengua—. Dejadme tranquila.

Sin embargo, el bosque se iba cerrando y había negros murciélagos volando en círculos a su alrededor. Pudo ver sus colmillos y sus bocas ensangrentadas mientras aleteaban delante de ella.

—No, por favor... —gritó Blancanieves al verlos descender y perseguirla hacia las profundidades del denso bosque—. Alejaos de mí.

Pero se sentía demasiado mareada y parecía tener el cuerpo lastrado con piedras. Luchó por mantener los ojos abiertos al tiempo que seguía avanzando, lejos de los hombres de Finn. Unos segundos después, se desplomó y el polen mágico la sumió en un extraño y pesado sueño.





Ravenna daba vueltas y más vueltas por la habitación del espejo, arrastrando los dedos por las paredes. Sus muñequeras de malla sonaban al rozar la piedra y tenía la piel que rodeaba sus uñas escocida y cubierta de sangre, pero no le importaba. Solo podía pensar en Blancanieves. La muchacha estaba en algún lugar fuera de las murallas del castillo, con el corazón aún latiendo en su pecho. Seguía viva.

Ravenna había perdido su oportunidad. Después de tantos años encerrada en aquella torre, Blancanieves se había escapado. Se preguntaba cómo no se había dado cuenta antes: los labios rojos, la piel blanca e inmaculada, el pelo negro como la noche. Su belleza había estado siempre allí, esperando a ser aprovechada, pero ahora era demasiado tarde.

Alguien golpeó la puerta con suavidad. Esta se abrió y apareció Finn, con el rostro en carne viva allí donde Blancanieves le había herido. Su hermana se dirigió a él furiosa y descargó los puños sobre su pecho.

—¡Juraste protegerme! —gritó, pronunciando cada palabra con miedo—. ¿Es que no entiendes lo que esa muchacha significa para nosotros? Es mi futuro. Es todo para mí.

Apenas podía respirar y sentía que las paredes se desplomaban sobre ella. Sus poderes seguirían siendo vulnerables mientras Blancanieves estuviera libre.

—Ya te lo he dicho —respondió Finn con calma, como si no existiera ningún problema, sosteniendo las manos de su hermana entre las suyas—. La perseguimos hasta el interior del Bosque Oscuro. Seguramente ya estará muerta.

Ravenna sacudió la cabeza. Finn tenía la culpa, ¡su propio hermano! Él había provocado todo aquello. No existía lealtad ni dentro de los muros del castillo. No podía confiar en nadie. Aquella muchacha, tan joven, tan frágil, había escapado ayudándose únicamente de un clavo.

¿Había permitido Finn que se escapara? ¿Se había rendido con demasiada facilidad, sabiendo que su error significaría la libertad de Blancanieves? Había pasado demasiadas mañanas allí arriba, observándola, contemplando su sueño. *Lo sabía*, pensó Ravenna, apretando las manos de Finn. *En lo más profundo de su ser, la ama.*

—Allí, perdida, no me sirve para nada —rugió—. Carezco de poder en el Bosque

Oscuro. Debo conseguir su corazón —descargó una vez más el puño contra el pecho de su hermano y sintió satisfacción al notar que él se estremecía de miedo. Intentó golpearle de nuevo, pero Finn sujetó su mano.

—¿Acaso no te he entregado todo? —preguntó él y clavó sus ojos grises en ella, como recordándole todas las órdenes que había acatado en el pasado, las personas que había encarcelado y asesinado y todas las muchachas que le había llevado al castillo.

Ravenna retiró la mano.

—¿Y no te he dado yo todo a ti? —susurró, insinuando el vínculo que existía entre ambos—. ¿*Todo*?

La reina se mostraba firme y poderosa por él. Sin su magia, la oposición habría tomado ya el castillo y ambos estarían muertos.

Permanecieron así un instante, mirándose el uno al otro, hasta que ella alargó la mano y rozó la mejilla de Finn. Deslizó el dedo gordo sobre la herida abierta y, a su paso, se cerró el corte, la sangre desapareció y la piel sanó. Cuando retiró la mano, el rostro de su hermano mostraba el mismo aspecto de siempre. Tenía la piel tersa, sin arrugas, sin cicatriz alguna.

Finn tocó con los dedos el lugar donde había estado la herida.

—No volveré a fallarte —murmuró, inclinando la cabeza—. Te he traído a alguien que conoce bien el Bosque Oscuro. Un hombre que puede cazarla, en caso de que haya sobrevivido.

Por primera vez en toda la tarde, Ravenna sintió cómo se le tranquilizaba el pulso. Miró a Finn, que se mostraba complacido, como si hubiera sabido aquello desde el principio.

—Bien, hermano —dijo la reina y sonrió con expresión malévola. Luego rio con mayor intensidad, imaginando a Blancanieves sola en el bosque. Solo tendrían que encontrarla y en un día estaría de regreso—. Muy bien, Finn —añadió, tomándole del brazo y dirigiéndose hacia la puerta—. Ahora, tráelo a mi presencia...

Eric se acercó a la ventana del salón del trono y contempló los cuervos que había fuera. Estaban encaramados sobre la cornisa de piedra, encorvados, mirando hacia la ladera de la colina. Eran unos pájaros espantosos. Recordaba haberlos visto el día del entierro de Sara. Se habían posado sobre la techumbre de la iglesia, con la cabeza inclinada y observándolo todo. Dos invitados indeseados. Habían permanecido allí durante toda la ceremonia, como la encarnación de la oscuridad, graznando de tanto en tanto. Cuando el párroco regresó al interior del templo, Eric no pudo soportarlo más. Les había lanzado piedras y había maldecido al fallar.

Ahora, años después, estaba en el castillo de la reina, con la camisa empapada en whisky. Tenía los pantalones mugrientos y los bolsillos vacíos y se sentía tan enfadado y triste como entonces. Sara —su hermosa Sara— se había marchado.

Golpeó el cristal con la mano para espantar a los cuervos.

Al otro lado de la estancia, dos soldados levantaron las espadas con actitud amenazante. Él se burló de ellos. Le dolía todo el cuerpo de la noche anterior y sentía un intenso pinchazo en la sien derecha cada vez que movía la cabeza. Si se volvía de forma brusca, la estancia comenzaba a girar. Aún tenían que disiparse los efectos del alcohol.

—Y ¿dónde está ella? —preguntó a los dos soldados que guardaban la puerta. Su voz retumbó en el inmenso salón del trono. No recibió ninguna respuesta de aquellos hombres ataviados con armadura negra.

Había estado bebiendo en la taberna de la aldea hasta emborracharse más que cualquier otro día, cuando fue convocado al castillo. Aunque a decir verdad no había tenido elección porque, cuando le empujaron a lomos del caballo, estaba demasiado ebrio para resistirse. «La reina exige tu presencia», le había dicho aquel hombre. Era todo lo que recordaba. Sin embargo, ignoraba la razón por la que se encontraba allí. Últimamente se sentía un completo inútil; había vacas más productivas que él. Si la reina precisaba ayuda, no podía ser la suya. Deslizó los dedos por su pelo grasiento para retirárselo de la cara.

La reina entró en la estancia seguida por un joven, pero Eric apenas lo vio, ya que sus ojos quedaron atrapados por la belleza de aquella mujer. Estaba radiante. Tenía la piel luminosa, las mejillas sonrosadas y unas trenzas apretadas que apartaban el pelo rubio de su rostro. Ravenna abrió la túnica de color negro azabache que llevaba puesta y dejó al descubierto un vestido sin hombreras que realzaba su pecho. La tela metálica aparecía salpicada con dientes de lobo. Clavó sus penetrantes ojos azules en Eric, exigiendo con la mirada que se irguiera. Él obedeció al instante, pues, técnicamente, era su reina. *La reina oscura*. Nunca la había contemplado tan de cerca.

Ravenna se aproximó a él hasta quedar a solo unos centímetros de distancia. Llevaba una corona de plata con cadenas ornamentales que colgaban a ambos lados de su cabeza. Percibió el hedor de la camisa sudorosa de Eric y arrugó la nariz.

—Mi hermano me ha informado de que sois viudo, un borracho y uno de los pocos que se han aventurado dentro del Bosque Oscuro —dijo señalando al joven con chaqueta de cuero que se encontraba tras ella. Eric se dio cuenta de que era el hombre que le había abordado en la taberna y le había llevado hasta allí—. Uno de mis prisioneros ha escapado en el bosque —continuó.

Eric sacudió la cabeza.

—Entonces, ese hombre está muerto... —dijo.

—Esa *mujer* —corrigió ella, alzando un dedo enojado.

Eric cruzó los brazos sobre el pecho, tratando de calmarse. La habitación parecía moverse.

—Entonces, sin duda está *muerta* —rectificó.

La reina se inclinó y se aproximó tanto a él que las cadenas de su tocado rozaron el blusón de cuero de Eric. Olía a rosas muertas.

—Encuéntrela y tráemela —ordenó Ravenna.

Él sacudió la cabeza. Había sido cazador años atrás, antes de que Sara muriera, y había rastreado una presa hasta aquel bosque, pero había estado a punto de perder la vida. Incluso con las mejores armas y los mapas más detallados, la mayoría de la gente nunca se adentraba más de quinientos metros entre la arboleda.

—He estado suficientes veces en el Bosque Oscuro para saber que no voy a regresar —dijo y se volvió dispuesto a marcharse, pero la reina agarró su brazo.

—Recibirás una generosa recompensa —susurró.

Eric soltó una carcajada. Como si eso importara.

—Las monedas no sirven para nada si estás muerto y los cuervos te están picoteando los ojos.

Pero la reina no soltó su brazo, sino que aumentó la presión de la mano y clavó las uñas en su piel. Sonrió y se inclinó hacia él hasta que sus labios estuvieron muy cerca de los de Eric. Entonces aseguró:

—Harás lo que yo te ordene, cazador.

Eric contempló la mano de la reina sobre su brazo. Así que no se trataba de una petición, sino de una orden.

—¿Y si me niego? —preguntó.

Ravenna hizo un gesto a los hombres situados junto a la puerta y estos bajaron las lanzas, dirigiendo sus afiladas puntas hacia Eric. Él contempló los relucientes filos y no sintió nada. Ni miedo, ni tristeza. La reina estaba amenazándole de muerte, pero le había juzgado mal. No podía arrebatarle algo que él ya no estimaba.

—Hacedme el favor —se burló Eric, alargando los brazos y cerrando los ojos. El rostro de Sara regresó a su mente. Estaba gritando y una mancha de sangre empapaba su vestido alrededor de donde el intruso la había apuñalado—. Os lo suplico —añadió.

Cuando abrió los ojos, la reina seguía mirándolo.

—¿Así que deseas reunirse con tu amada? —preguntó Ravenna.

Eric retrocedió con paso inseguro, preguntándose cómo sabía ella de la existencia de Sara. ¿Cuál era la magnitud de los poderes de la reina? ¿Le había leído los pensamientos?

La rabia inundó su pecho. Escuchar aquellas palabras —*tu amada*— de la boca de aquella bruja era demasiado. ¿Qué sabía ella sobre Sara? Agarró a la reina por la garganta. Los brazaletes de Ravenna tintinearón.

—Mi esposa no es asunto de vuestra incumbencia —bramó.

Los soldados se abalanzaron sobre él, pero la reina levantó la mano, ordenándoles

retroceder. Tenía los ojos llorosos y el rostro enrojecido por la falta de aire, aunque seguía mirándole con una extraña sonrisa en los labios, como si disfrutara jugando con él. Eric la soltó y deseó alejarse lo máximo posible de ella. Se hizo a un lado, pero la reina se interpuso en su camino, impidiendo su marcha.

—¿La echas de menos? —preguntó casi sin aliento, frotando la zona por donde Eric la había agarrado—. ¿Qué darías por tenerla de nuevo a tu lado?

El cazador no respondió y sintió un gran nudo en la garganta. Las noches en que soñaba con Sara eran las más duras. Veía su rostro, besaba el diminuto lunar de su cuello o hundía la nariz entre su pelo, aspirando aquel agradable aroma a jabón y aceite de gardenia. En aquellos momentos le parecía tan real, más incluso que cuando estaba viva. Entonces se despertaba jadeando, con el rostro hinchado y sudoroso, y el deseo de que ella regresara a su lado.

Eric se limpió los ojos, tratando de evitar la mirada de la reina.

—Seguramente habrás oído hablar de mis poderes —continuó Ravenna—. Tráeme a la chica y yo te devolveré a tu esposa.

—Nada me la devolverá —respondió Eric en voz alta. Había enterrado a Sara en una tumba a las afueras de la aldea, depositando su cuerpo sobre la tierra fría. Él mismo había colocado la lápida.

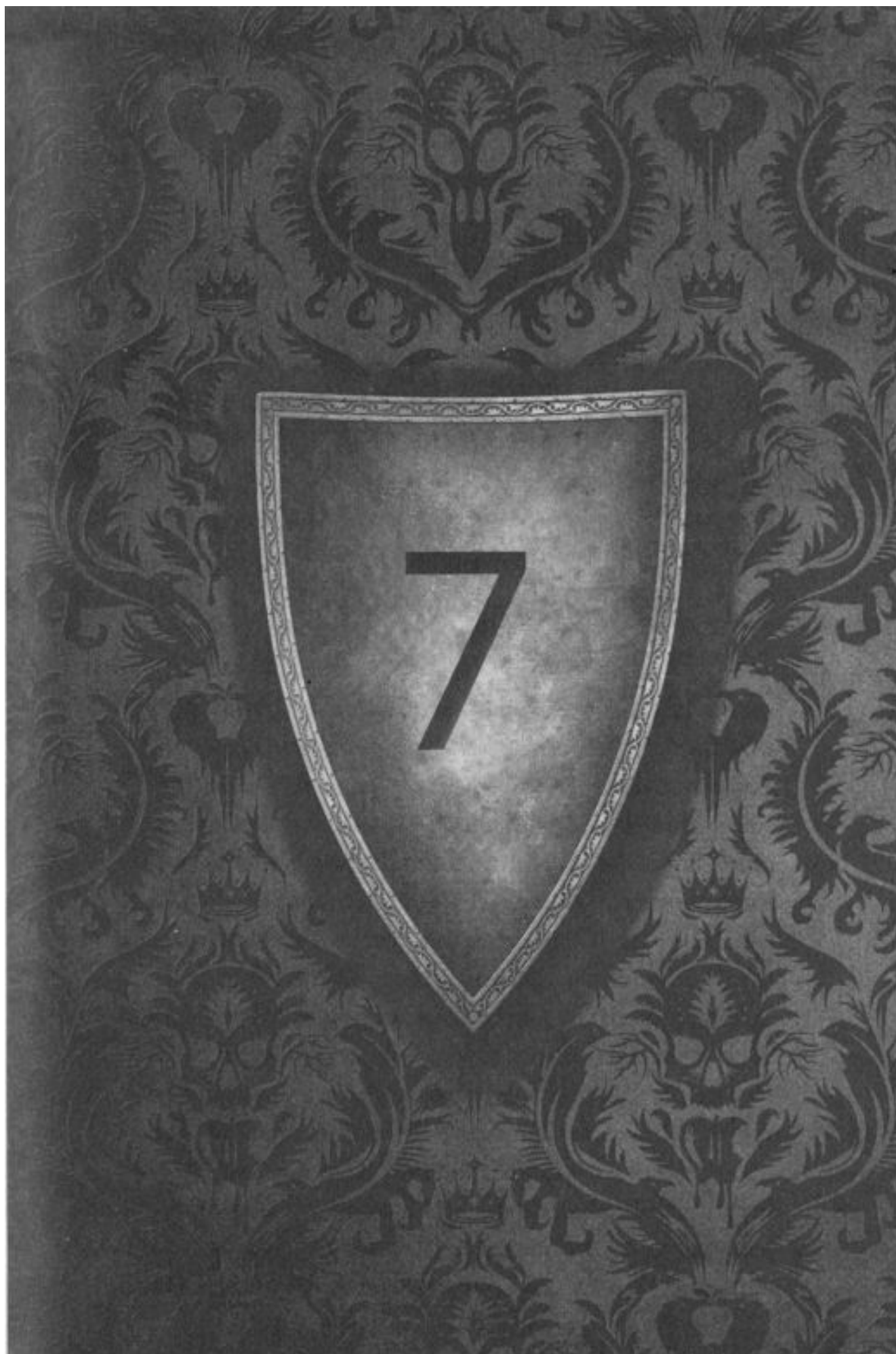
La reina acercó la mano a la barbilla de Eric y esperó hasta que sus ojos se encontraron. Estaba seria y le miraba con intensidad.

—Yo puedo —afirmó entre dientes—. Créeme, cazador. Una vida por otra.

Había algo en aquella mirada. Los ojos azules grisáceos de Ravenna le atravesaron, como si pudieran contemplar su pasado y su presente —todo el miedo y el dolor que había soportado— o saber lo que más deseaba en el mundo. Ella conocía su vida, su alma, cómo pasaba las mañanas en una oscura taberna, bebiendo para olvidar, y cómo, por mucho que lo intentara, Sara siempre regresaba a sus pensamientos. Se sorprendía a sí mismo hablando con ella, cantando las mismas canciones que ella, y reconocía rasgos suyos en los rostros desconocidos con los que se cruzaba.

¿Qué significaba aquella prisionera —aquella extraña— para él? ¿Qué importaba si el Bosque Oscuro acababa con su vida? Poco a poco, pero con seguridad, Eric dirigió los ojos hacia la reina y asintió con la cabeza. Lo haría. Iría allí, se abriría paso a través de aquel bosque encantado y cazaría a la prisionera.

No tenía nada que perder.





Eric se detuvo en el acceso al Bosque Oscuro, observando las sombras que acechaban entre los árboles. Había estado allí antes, pero nunca se había adentrado más de cuarenta metros. Su última visita había sido después de que la reina tomara el poder. Los alimentos escaseaban y él seguía el rastro de un cervatillo a través de un claro, cuando el animal desapareció entre los remolinos de bruma. Todos en la aldea sabían que el Bosque Oscuro se tragaba a los hombres. Todos habían oído hablar de gigantescas serpientes que se te enroscaban por las piernas, arrebatándote la vida lentamente, y de flores venenosas que te mataban con solo rozarlas. Pero Eric tenía el estómago vacío y resultaba difícil resistirse a la posibilidad de conseguir carne para una semana.

A los pocos minutos de adentrarse en la niebla, le picó una araña. Era una gigantesca criatura de color rojo y gris que había caído de uno de los árboles. Ni siquiera notó su presencia hasta que estuvo encima de él. Tardó tres semanas en recuperarse. La carne en torno a la picadura se le descompuso y la fiebre, que aumentaba día tras día, le duró casi una semana y le provocaba violentas convulsiones que le despertaban por la noche. Había jurado que nunca regresaría.

Pero en aquel momento, después de transitar por su propio infierno, el Bosque Oscuro no parecía tan amenazador. Estaba solo, nadie le esperaba en la taberna y todo lo que aquel lugar podía arrebatarse ya lo había perdido.

—Haced exactamente lo mismo que yo —le dijo a Finn, que se encontraba tras él junto a cuatro de sus soldados. Todos sudaban a chorros y tenían el rostro pálido de miedo.

Eric avanzó hacia la niebla. Le temblaban las manos después de tantas horas sin echar un trago. Agarró la botella de grog que colgaba de su cintura, pero la dejó, considerando que no era buena idea. Ya lo celebraría cuando encontraran a la prisionera.

Después de caminar brevemente entre la arboleda, el terreno se volvió pantanoso. Eric se adentró en la ciénaga y pisó sobre una de las piedras musgosas que había frente a él. La roca se hundió un par de centímetros en el pantano, pero resultaba lo bastante firme para soportar su peso. Luego pisó sobre otra piedra y sobre otra, escuchando el quedo chapoteo del barro bajo sus pies. Aquella tierra era venenosa, lo

supo por los huesos de pequeños animales que sobresalían del fondo. Finn avanzaba tras él y, a continuación, sus hombres. Siguieron adelante en silencio, atravesando el gigantesco pantano de piedra en piedra.

Eric lo cruzó el primero y luego se volvió para ayudar a los demás a alcanzar terreno firme. Por encima de ellos, volaban en círculos unos gigantesos pájaros. Uno de ellos se lanzó en picado y pasó rozando la cabeza de un soldado. Eric escuchó con atención entre los árboles, tratando de distinguir chasquidos de ramas o susurros de hojas. Solo oía los extraños sonidos del bosque. La gente aseguraba que aquella espesura se alimentaba de las debilidades de los hombres y que las fuerzas oscuras te atraían al descubrir tus anhelos más profundos. Mientras avanzaba al acecho, las palabras le resultaban ininteligibles, pero podía escuchar voces tenues entre los árboles.

Finn pasó junto a él y se dirigió hacia una zona llena de setas, pero Eric le agarró el brazo.

—Haced *exactamente* lo mismo que yo —insistió. Entonces, alzó su camisa sudorosa por encima del chaleco de cuero para cubrirse la nariz y la boca. Finn y sus hombres le imitaron.

A medida que avanzaban entre los hongos, el polen volaba a su alrededor y parte del polvo amarillo se les pegaba en el rostro y el pelo. Eric se arrodilló para examinar unas setas aplastadas que había a sus pies. Localizó toda una hilera que salía del prado y se internaba entre unos delgados árboles. Apartó algunas setas y descubrió una huella solitaria sobre el terreno.

Fijó la mirada en los árboles que había frente a él. Algo se movía tras ellos. Estaba tan concentrado que no percibió que uno de los hombres de Finn se había alejado hacia el extremo opuesto del campo, donde había una laguna que reflejaba el cielo grisáceo. Eric se volvió justo en el instante en que una misteriosa criatura emergía de sus profundidades y arponeaba al soldado en el pecho con su cola espinosa. En unos segundos arrastró al hombre, cuya espalda desapareció bajo la superficie vítrea.

Los demás se volvieron dispuestos a salir corriendo, pero Eric alzó la mano para detenerlos. Señaló hacia los raquíticos árboles grisáceos. Estaba seguro de que la prisionera huida estaba allí —podía oír cómo luchaba entre la densa maleza—. Iba a echar mano de una de sus hachas, cuando una rama se quebró. Una figura surgió entre los árboles y corrió en dirección opuesta, adentrándose aún más en el Bosque Oscuro.

Eric se lanzó a la caza, dejando caer la camisa que le cubría el rostro. Se movía con rapidez entre la espesa niebla, tratando de no plantar los pies demasiado tiempo en ningún lugar para que el musgo y las enredaderas no se enrollaran a sus tobillos. Su presa estaba a solo unos metros. Avanzaba a través de la densa arboleda,

zigzagueando entre los árboles, hasta que se perdió en la bruma. Eric aminoró el paso para buscar rastros. Divisó unos densos arbustos en la parte alta, a su derecha, y unas ramas rotas por donde ella había entrado.

Con un rápido movimiento, introdujo los brazos dentro del arbusto y aferró una pierna de la muchacha. No necesitó mucha fuerza para arrastrarla, pero ella se defendió, retorciéndose bajo sus manos. Era menuda.

—¡Déjame marchar! —gritó y, al volverse, sus enormes ojos castaños se clavaron en los del hombre.

El cazador retrocedió unos pasos, sin saber qué hacer. Era mucho más joven de lo que había imaginado —no tendría más de diecisiete años—. Sus piernas estaban cubiertas de arañazos y heridas, y tenía la piel más blanca que jamás había visto, los labios rojos y carnosos, y una negra cabellera que le caía por la espalda. Al oír hablar de la prisionera, Eric había imaginado una despiadada bruja vieja blandiendo cuchillos o algo así. Esa muchacha —esa *belleza*— no era exactamente lo que esperaba.

La ayudó a levantarse y sujetó su brazo con firmeza. Ella intentó retroceder, hundiendo los talones en el suelo, y al ver que no la soltaba, le mordió la mano y le hizo sangre.

—¡Basta ya! —Eric la arrastró hacia el claro, tratando de llevarla hasta donde esperaban Finn y sus hombres.

Pero la muchacha forcejeó con él y le propinó un fuerte golpe en el cuello.

—¡Me va a matar! —gritó, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Me tuvo prisionera durante diez años y ahora va a matarme sin razón alguna. No he hecho nada malo.

Al contemplar su vestido andrajoso y su pelo enmarañado, Eric pensó que probablemente decía la verdad. Aunque, diez años... ¿Por qué habría encerrado la reina a una niña?

Sacudió la cabeza, mientras intentaba no ceder a las desesperadas súplicas de la muchacha.

—Lo que hayas hecho no es asunto mío, pero no eres el primer prisionero que asegura ser inocente.

La chica sintió que las piernas le fallaban y se desplomó en el suelo, convirtiéndose en un peso muerto.

—Por favor, tienes que creerme —suplicó, luchando para liberarse—. Su hermano intentó arrancarme el corazón.

Eric bajó los ojos hacia la muchacha. Estaba temblando, por sus mejillas rodaban lágrimas y no dejaba de mirarle con aquellos enormes ojos marrones. Jamás había visto a nadie tan aterrorizado.

—Lo juro —dijo ella.

El hombre volvió la vista hacia el Bosque Oscuro. Necesitaba un instante para reflexionar. Le apetecía sentarse, tomar un trago de grog y meditar sobre todo aquel asunto. Pero Finn y sus hombres se estaban aproximando con los rostros cubiertos todavía por sus camisas.

—¡Un trabajo rápido! —gritó el hermano de Ravenna, bajando el cuello de la prenda y retirándose el polen de los ojos.

Eric le contempló. Nunca le había gustado aquella delgada cara de comadreja que tenía ni la nariz puntiaguda que la remataba. La muchacha se puso en pie y se escondió tras el cazador, tratando de alejarse lo máximo posible de Finn.

—Es él —susurró—. El que me amenazó con un cuchillo —las manos le temblaron terriblemente al ver que Finn se acercaba.

—¿Qué es lo que piensas hacer con ella? —preguntó Eric al tiempo que se adelantaba para cortarle el paso.

Finn frunció el labio superior con disgusto.

—Eso no te importa, cazador —respondió y se volvió hacia los tres guardias que quedaban para indicarles que se aproximaran.

Eric agarró con más fuerza a la muchacha. La cabeza estaba a punto de estallarle después de tantas horas sin beber y tenía la frente cubierta de gotas de sudor. Aún se sentía débil para luchar.

—Cumpliré mi palabra cuando la reina cumpla la suya —exclamó. Entonces, aflojó la mano con la que sujetaba a Blancanieves y retrocedió, empujándola hacia el interior del bosque, lejos de los hombres de Finn.

Finn se retiró el flequillo sudoroso de los ojos.

—Eres un borracho y un loco —gritó entre risas—. Los poderes de mi reina son inmensos. Es capaz de arrebatar una vida o de preservarla, pero no puede traer a tu esposa de entre los muertos.

Eric se estremeció y aquellas palabras le hirieron más profundamente de lo que imaginaba posible.

—Pero ella me lo aseguró... —dijo y entonces se dio cuenta de que había sido lo bastante ingenuo como para permitir que un ligero atisbo de esperanza invadiera su corazón.

Al cerrar los ojos, pudo ver a Sara como la había encontrado aquel día. Se había puesto su vestido favorito —aquel con unos diminutos lirios bordados en el cuello— y el cuchillo había rasgado la tela al entrarle en el costado, por debajo de las costillas. Tenía otro corte en el cuello. Los aldeanos le dijeron que habían sido unos ladrones de provisiones —se habían llevado las dos monedas de oro que Eric guardaba y los botes de frutas y verduras escondidos bajo el fregadero—. Sara había intentado detenerlos. Cuando Eric llegó, sus manos estaban rígidas y frías.

De repente, el cazador supo lo que debía hacer.

Empujó a la muchacha para alejarla aún más de los hombres y, tan pronto como estuvo fuera de su alcance, ella corrió hacia los árboles, sin mirar atrás. Eric desenfundó el cuchillo que llevaba a la cintura. Lo lanzó con un giro de muñeca y se lo clavó en el pecho a uno de los guardias, junto al corazón. El hombre se tambaleó y se aferró a un árbol. Entonces el cazador empuñó las dos hachas que colgaban de su cinturón y las levantó en el aire, una en cada mano.

Finn se adelantó, sujetando la espada en ángulo, a la espera de acercarse lo suficiente a su cuello. Los otros dos guardias se abalanzaron sobre él. Eric golpeó a uno en la cabeza con el extremo romo del hacha. El hombre tropezó, ligeramente aturdido, y se llevó la mano a la sien para tocar la brecha abierta bajo su pelo rubio. Eric lanzó un golpe al otro guardia; este arremetió contra su costado. El cazador continuó luchando con él, bloqueando sus estocadas, pero entonces, con el rabillo del ojo, vio cómo Finn alzaba la espada y avanzaba, dispuesto a atacar.

Arrojó un hacha al pecho de Finn y este se tambaleó. Los guardias retrocedieron, vigilando el arma que Eric conservaba en las manos. Durante un instante, todos permanecieron inmóviles, contemplando cómo Finn se ponía de nuevo en pie. Como por arte de magia, la herida no sangró y su rostro recuperó la expresión; un gesto despectivo era lo único que indicaba que le había alcanzado. Arrancó el hacha de su pecho y rio, sintiendo la piel tersa donde había penetrado el filo. Tenía la camisa desgarrada, pero se encontraba perfectamente.

—La reina me protege —afirmó con tono misterioso—. Sus manos me han transmitido poder: nadie puede herirme. Ni siquiera aquí, dentro del Bosque Oscuro —soltó una carcajada y lanzó el hacha hacia Eric, pero falló y el arma quedó clavada en el tronco de un árbol cercano.

Eric notó la garganta seca. Nunca había visto nada igual: un hombre invulnerable. En todo caso, parecía reforzado por el golpe. Finn le miró fijamente y las venas del cuello se le hincharon al levantar la espada.

Eric trató de bloquear la estocada, pero no alzó el brazo a tiempo y la espada de Finn le atravesó el costado. Al sentir el ardor del metal desgarrándole la carne, se contorsionó, con la esperanza de que no hubiera penetrado demasiado. Cuando Finn sacó la hoja, la sangre brotó de la herida y fluyó por el costado de Eric hasta sus raídos pantalones grisáceos.

Los guardias retrocedieron, como para permitir a su superior que acabara con él. Finn arremetió contra Eric, pero este esquivó la estocada final y golpeó con el pie derecho a su contrincante en los tobillos. Finn cayó al suelo y permaneció tirado un instante, ligeramente aturdido.

Eric se inclinó hacia él, agarró la espalda de su camisa y le levantó, estremeciéndose por el dolor del costado. Entonces, le lanzó sobre una zona cubierta de setas y contempló cómo una nube amarillenta le envolvía. Inmediatamente se tapó

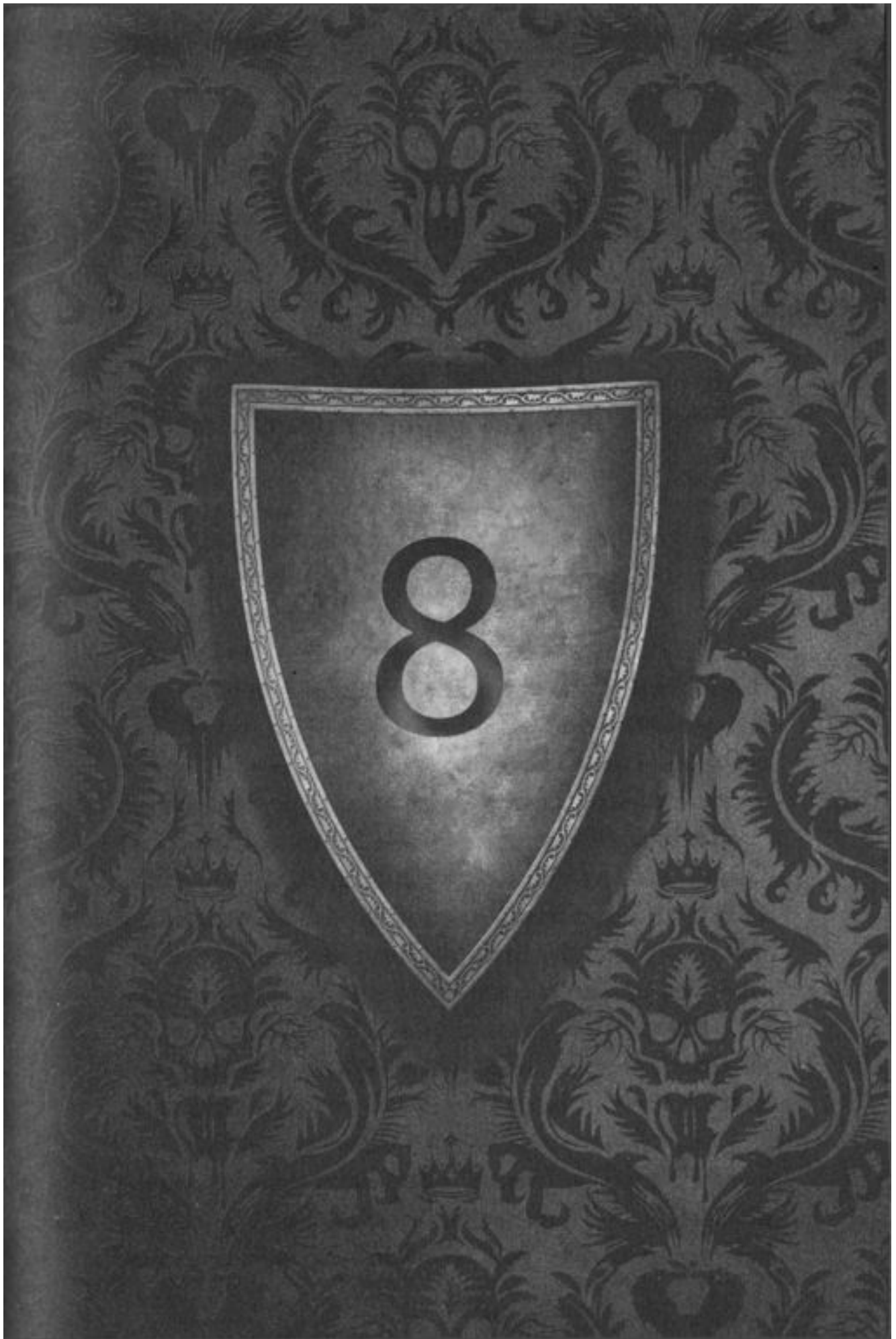
la nariz, con cuidado de no respirar el polen.

Los dos guardias se cubrieron la boca con las camisas. Finn trató de escapar, pero el polen ya le había atrapado. Tenía los ojos vidriosos y avanzaba a trompicones, con las manos extendidas, palpando a su alrededor en busca de algo que los demás no podían ver. Sonreía y el polvo amarillo le cubría las manos y se amontonaba en su barbilla.

Eric se tocó la herida y miró sus dedos ensangrentados. Se volvió hacia los guardias, situados a unos metros de distancia. Estaban de pie entre los árboles, con las espadas desenvainadas apuntando a su garganta. No podía enfrentarse a ambos, no en aquel momento, herido como estaba.

El cazador miró por encima de su hombro, hacia el Bosque Oscuro. La niebla se había disipado. Las extrañas voces le susurraban y, por primera vez, habría jurado entender sus palabras.

Le llamaban desde la oscuridad, urgiéndole a huir. Arrancó el hacha del árbol, se giró y corrió tan rápido como pudo hacia la densa maleza, en pos de la muchacha.





Blancanieves corrió hacia la espesura. Mantenía la mirada fija en el suelo, saltando sobre los árboles caídos y rodeando las zonas cubiertas de setas, con cuidado de no levantar aquel polen tan peligroso. Los arbustos espinosos le hacían cortes en las piernas, una rama le golpeó el brazo y le formó de inmediato una roncha dura y rosada. Pero siguió avanzando, demasiado asustada incluso para mirar atrás.

Se adentró en un prado con flores rojas. Sus pies chapoteaban sobre el barro que amenazaba con atraparla para siempre, pero continuó, tirando primero de un pie y luego del otro, hasta que logró atravesarlo. Entonces, empezó a descender una fuerte pendiente en dirección a un arroyo que se abría paso más allá de la niebla.

Los soldados habían ido a buscarla incluso allí. Habían entrado en el Bosque Oscuro, arriesgando su vida, para devolverla al castillo y lo habían hecho acompañados de aquel hombre horrible con la ropa apestando a sudor y grog. Nunca había visto a nadie tan loco. ¿Quién era? ¿Por qué había accedido a la petición de la reina de internarse en el Bosque Oscuro? Podía entender por qué la perseguía Finn. Ravenna le dominaba y le indicaba qué hacer, qué decir, cómo actuar. Él nunca podía elegir. Y los guardias simplemente cumplían órdenes. Pero el cazador —así era como le habían llamado, ¿verdad?—, ¿por qué se habría arriesgado a entrar allí, poniendo su vida en peligro sin necesidad? Habían mencionado algo sobre su esposa —Blancanieves lo recordaba—. El rostro del cazador había palidecido cuando Finn la mencionó. ¿Estaba su esposa prisionera? ¿Era esa la razón de que la reina le controlara?

Blancanieves continuó bajando por la pendiente. Las finas enredaderas que crecían aferradas a la ladera se movían y rodeaban sus tobillos para tratar de amarrarla al suelo, pero ella las iba arrancando a medida que se aproximaba al arroyo negro. Cuando casi lo había alcanzado, sintió una pesada mano sobre un hombro y otra que le tapaba la boca para evitar que gritara. El maloliente cazador la arrastró a su lado y se colocó un dedo sobre los labios, para indicarle que permaneciera en silencio. Tras asegurarse de que no había nadie cerca, la liberó y su rostro se abrió en una sonrisa de alivio.

Blancanieves sintió un inmenso odio. Él había querido entregarla a Finn. Estaba colaborando con los soldados de Ravenna, dispuesto a dársela para que le arrancaran

el corazón. Y ¿ahora qué? Era consciente de que el cazador le había permitido huir, y que si él hubiera querido, ya estaría muerta. ¿A qué se debía aquel cambio? ¿Y por qué continuaba persiguiéndola? La duda la llenó de rabia.

Entonces, impulsó el puño y le golpeó en la boca tan fuerte como pudo. El cazador se tambaleó. Blancanieves huyó y él se llevó los dedos al labio ensangrentado.

—Corre —ladró el hombre antes de que ella hubiera descendido unos pasos por la orilla embarrada—. No lograrás recorrer ni cien metros, pero la advertencia está hecha, así que tengo la conciencia tranquila —acabó, encogiéndose de hombros.

La actitud de aquel cazador le resultaba enormemente irritante. Aun así, se detuvo y observó de cerca el arroyo. Estaba lleno de anguilas y sus oscuros cuerpos se retorcían bajo la superficie. Había tantas que el agua parecía negra. Tragó saliva y sintió que tal vez —solo tal vez— él tuviera razón.

Miró fijamente el agua, asustada de seguir adelante. Ambos permanecieron quietos un segundo.

—¿Por qué quiere matarte la reina? —preguntó el cazador.

Blancanieves se volvió, fijándose por primera vez en sus ojos grises. Tenía los brazos recios y musculosos, el pecho fuerte y una melena pajiza que le rozaba los hombros. Le miró el costado, y se dio cuenta de que le habían herido en la escaramuza. La sangre manchaba su camisa y se extendía por debajo del chaleco de cuero.

—Estás herido —murmuró, al ver que el cazador se presionaba el lado con la mano. Él asintió, a la espera de su respuesta. Blancanieves bajó los ojos hacia el suelo—. La reina captura a todas las mujeres jóvenes del reino. Les roba la juventud y la belleza... He visto lo que les ocurre.

—Pero tú escapaste —replicó él—. ¿Cuánto tiempo estuviste allí?

Blancanieves escudriñó el Bosque Oscuro para asegurarse de que no había figuras merodeando entre la bruma.

—Pasé diez años en la torre norte —respondió después.

—¿Quién eres? —susurró el cazador con desconcierto, mientras recorría de nuevo con la mirada las ropas rasgadas y el pelo enmarañado de la muchacha.

Blancanieves se secó el sudor de la frente, consciente de cuál debía de ser su aspecto. Su corpiño de terciopelo estaba descolorido y gastado en algunos lugares y el vestido, manchado y roto.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Eric, esta vez en voz más alta.

Blancanieves miró a su alrededor. Estaban en medio del Bosque Oscuro. Desconocía cuál era el sendero que conducía de vuelta a la aldea, o si sería capaz de encontrarlo, y por encima de ellos los árboles se movían y sus ramas se doblaban de forma extraña, como si quisieran alcanzarla. Ese hombre —ese *cazador*— era su

única oportunidad.

—Soy la hija del rey Magnus —dijo finalmente.

El cazador sacudió la cabeza. No parecía convencido.

—La hija del rey está muerta. La asesinaron la misma noche que a su padre.

Blancanieves clavó su mirada en él, con actitud insolente, desafiándole a cuestionarla de nuevo. El cazador apoyó los dedos sobre su barbilla y caminó en torno a ella.

—No te creo —masculó al rato. Observó más de cerca el pelo negro azabache de la muchacha y su piel blanquecina que no había visto el sol desde que era una niña. Ella se irguió, mostrándole los grandes ojos castaños que había heredado de su padre y el suave tono rosado de sus labios.

El cazador se detuvo frente a Blancanieves, con la cabeza gacha. Con mucha suavidad tomó su mano y la levantó, luego le giró el brazo para ver los arañazos y heridas que laceraban su piel. La joven contuvo la respiración, sin saber cómo reaccionar. Él debió de hacer lo mismo, porque de repente soltó el aire.

Entonces agarró con firmeza el brazo de Blancanieves y se puso en marcha, arrastrándola mientras avanzaba con dificultad dispuesto a bordear al arroyo embarrado.

—¿Dónde vamos? —gritó ella, consternada por su súbita brusquedad.

—Este lugar ya no es seguro —respondió él—. Especialmente para la hija del rey. No van a permitir que te escapes así como así, y puede que sean lo bastante estúpidos como para adentrarse más en el bosque con la intención de dar con nosotros.

No podía discutir aquello. Sin embargo, liberó su brazo de la mano del cazador y continuó avanzando sin su ayuda.

Caminaron durante lo que le parecieron años. Blancanieves oía las firmes pisadas del cazador mientras la luz del bosque se iba atenuando. La oscuridad entre los árboles parecía todavía más amenazadora y las sombras se movían entre los arbustos, junto a ellos. Ella trataba de ignorarlas y saltaba con rapidez para superar rocas y árboles caídos, pero podía oír la respiración de los animales salvajes.

Mientras avanzaban, el cazador habló poco. Le dijo su nombre y le explicó que la reina le había requerido para liderar aquel pequeño grupo que iba a internarse en el Bosque Oscuro, pues ya antes se había adentrado allí, mientras rastreaba animales.

Cuando Blancanieves le preguntó por su recompensa, él respondió simplemente que la reina le había engañado. No mencionó a su esposa, ni lo que Ravenna le había prometido. Le hubiera gustado saber más cosas, pero, al referirse a aquel asunto, los ojos del cazador se habían empañado. A continuación, el hombre se alejó unos pasos para no escuchar la voz de Blancanieves.

Siguieron el arroyo durante otra hora y luego comenzaron a subir por la pendiente, hasta que el bosque se abrió en un pequeño claro. El terreno estaba casi

libre de enredaderas y plantas, por lo que parecía uno de los lugares más seguros para descansar. Blancanieves se sentó sobre un tronco podrido y Eric se agachó junto a ella. Se desabrochó el cinturón y se quitó el chaleco y la camisa, dejando a la vista la herida del costado. Blancanieves se estremeció al verla.

Eric se movió lentamente, tratando de alcanzar la botella de grog.

—Espera —dijo ella—. Deja que te ayude —destapó la pesada cantimplora y se la tendió al cazador.

—¿Puedes verterlo aquí? —preguntó él, señalando con la cabeza el corte de cinco centímetros por el que había entrado la espada—. No creo que haya tocado ningún órgano vital. De ser así, no hubiera llegado tan lejos.

Blancanieves roció la herida y se encogió al ver cómo el hombre se retorció de dolor. Luego, rasgó el borde de su vestido de hilo hasta conseguir un trozo cuadrado de tela —el más limpio que pudo encontrar— y lo presionó contra el costado del cazador. Eric permaneció en silencio largo rato y Blancanieves murmuró finalmente:

—De nada.

—Pasaremos aquí la noche —fue toda su respuesta.

Blancanieves limpió un espacio en el suelo y se sentó. Miró al cazador. Seguía apretando el harapo contra la herida y escudriñaba los árboles por encima del hombro.

—Todavía no me has contestado —dijo.

—No recuerdo ninguna pregunta —respondió Eric, al tiempo que se apartaba el pelo sudoroso de la frente.

Blancanieves se acurrucó, tratando de protegerse del frío.

—¿Dónde vamos? —repitió.

Eric se inclinó. Las raíces de los árboles que los rodeaban brillaban con una inquietante luz fosforescente que resultaba suficiente para ver. Cogió una rama del suelo y dibujó un cuadrado, varios triángulos y un gran círculo. Señaló el cuadrado.

—Aquí está el castillo de la reina —explicó. Luego apuntó con la rama hacia los triángulos y el círculo—. Estas son las montañas y el Bosque Oscuro. Y aquí, al otro lado, hay una aldea.

Blancanieves sacudió la cabeza. Tomó la rama de la mano de Eric y escribió sobre la tierra: Duque Hammond, subrayando dos veces aquel nombre.

—Necesito llegar hasta el castillo del duque —afirmó.

Eric le arrebató la rama y profirió:

—Tú irás donde yo te lleve.

Blancanieves examinó la vestimenta del cazador, y advirtió que llevaba unas botas gastadas y unos pantalones agujereados. Si no hacía aquello por pura bondad, seguramente existirían otras razones que le movieran a ello.

—Hay una recompensa esperándote —le ofreció—. Allí hay nobles, y un ejército

que lucha.

Eric se puso de nuevo la camisa, aparentemente ajeno a la mancha de sangre seca que cubría el lateral.

—¿El duque lucha? —preguntó riendo—. Sería mejor decir que se oculta tras las murallas. Conozco ovejas más combativas que él.

—Te darán doscientas monedas de oro —continuó Blancanieves sin inmutarse—. ¿Tenemos un trato?

El cazador tomó un largo trago de la botella. Se secó los labios con el dorso de la mano y sonrió.

—Bien. Os llevaré a un lugar seguro, mi señora.

Blancanieves se acercó a él, buscando sus ojos. Podía notar el hedor a licor en su aliento.

—Júralo —le exigió.

—Lo juro —dijo Eric—. Lo hago constantemente. Es una de mis mejores cualidades —sonrió y apareció un hoyuelo en su mejilla.

Blancanieves le observó, ignorando aquel intento de resultar encantador. ¿Lo iba a hacer o no?, no había tiempo para juegos. Finalmente, Eric asintió con la cabeza, esta vez sin sonreír, como para demostrar su sinceridad.

—Entonces, tenemos un trato —dijo ella.

Luego se acercó al borde del claro y tomó una brazada de hojas secas. Las repartió sobre la tierra y cogió otra para tratar de crear algo parecido a un espacio cómodo. Después, se tumbó sobre el improvisado colchón y colocó más hojas sobre su cuerpo. Miró a lo alto, hacia el bosque, y vio unos pájaros gigantesos surcando el cielo. A lo lejos, se oyó un leve gruñido.

Estiró su vestido raído para tratar de mantener el calor. Al día siguiente iniciarían de nuevo la marcha, de camino al castillo del duque Hammond. Con un poco de suerte, alcanzaría la fortaleza en una semana.

Se volvió hacia Eric, que se había tumbado junto al tronco podrido y apretaba con la mano el trapo teñido de sangre.

—Crees que... —preguntó Blancanieves, asustada de nuevo ante la llegada de la noche—, ¿nos estarán siguiendo?

Eric la miró con los ojos iluminados por las brillantes raíces del árbol.

—No lo sé. Serían unos locos si lo hicieran; son pocos los que sobreviven —se rascó la cabeza y tomó otro trago de licor.

—¿Eso son buenas o malas noticias? —replicó Blancanieves con una sonrisa incómoda. Eric no respondió. Solo agitó la botella, tratando de calcular cuánto grog quedaba en su interior. Ella se incorporó y observó el rostro del cazador, preguntándose qué clase de guía acababa de contratar—. ¿Hasta dónde te habías internado en el Bosque Oscuro? —preguntó.

—Lo dejamos atrás hace kilómetros —farfulló Eric.

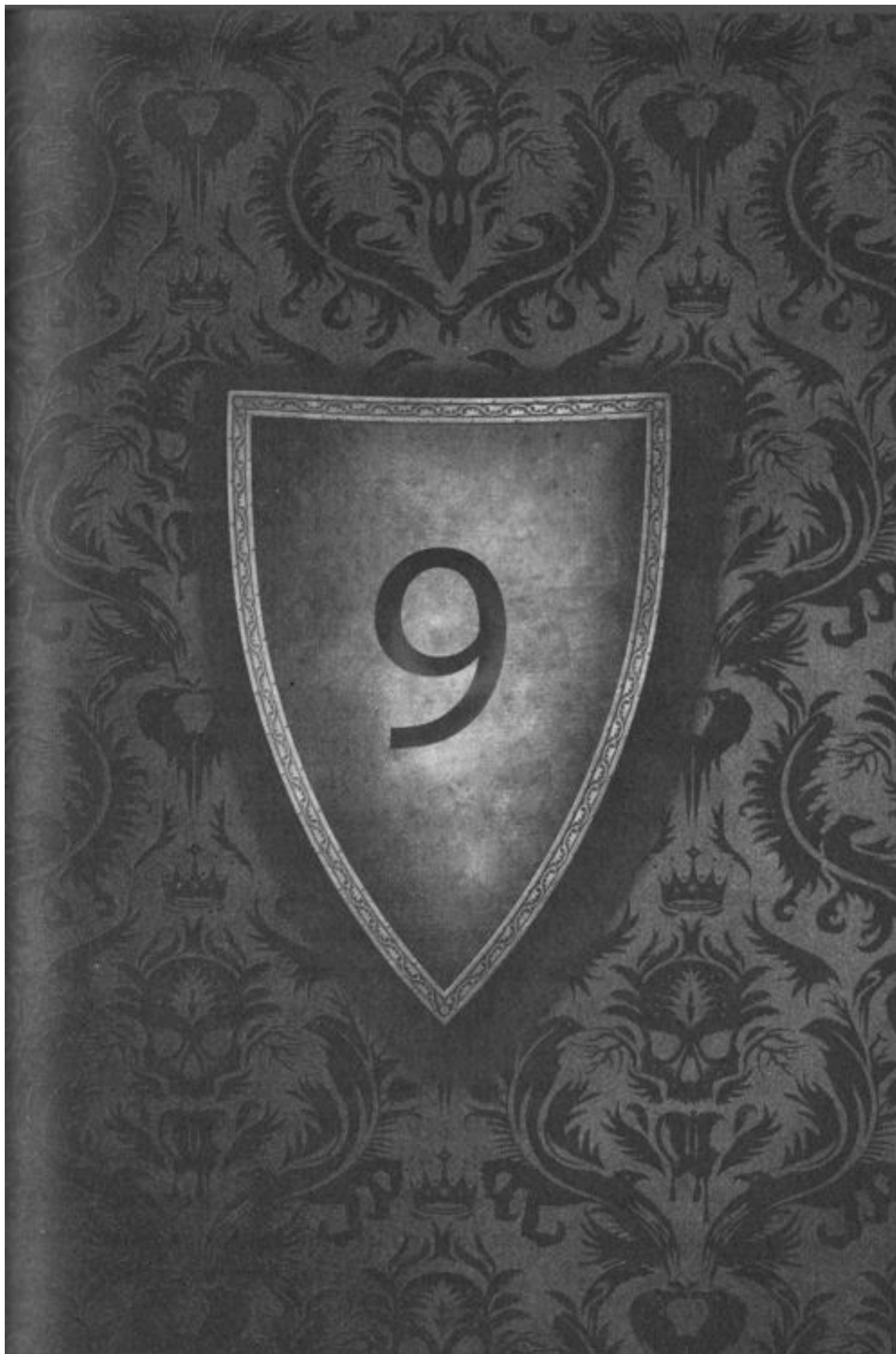
Blancanieves colocó más hojas a su alrededor y escudriñó el bosque, pero el cazador no pareció darse cuenta.

Seguía bebiendo de aquella estúpida botella. Tomó un trago detrás de otro, sin parar, hasta que sus movimientos se tornaron más lentos. Se le cerraron los ojos y, en unos minutos, estaba roncando plácidamente, dejando a Blancanieves sola por completo.

Los tenebrosos sonidos del bosque la rodearon.

Cada rama que se quebraba y cada pájaro que chillaba le provocaban escalofríos por todo el cuerpo.

Cerró los ojos, tratando de alejarse del mundo, pero notó insectos que le subían por las piernas. Algo le zumbó en la oreja. Pasó mucho tiempo antes de que se quedara dormida.





El cazador se abría camino entre la espesa maleza cortando con sus dos hachas las enredaderas y ramas caídas que bloqueaban el camino. Blancanieves le seguía a unos pasos, escuchando las extrañas voces que le susurraban a través de los árboles.

—¿Qué es eso? —preguntó. No distinguía las palabras, pero la llamaban de manera incesante.

—No les prestes atención —dijo Eric, y golpeó unos arbustos espinosos con el hacha—. El Bosque Oscuro consigue su fuerza de tu debilidad.

El hombre continuó adelante. Blancanieves fue tras él, mas el sendero se iba cerrando a espaldas de Eric. Un arbusto espinoso aferró su vestido. Ella agarró la tela y tiró, pero la rama no la dejaba escapar. Parecía como si las púas se entrelazaran con el grueso tejido y la sujetaran cada vez con más fuerza. Cuando alzó la vista, apenas podía ver a Eric delante de ella. Las enredaderas serpenteaban desde los árboles, la hierba creció en torno a sus pies y las ramas se inclinaron hasta acercarse a unos centímetros de su rostro.

—¡Cazador! —gritó Blancanieves. Apartó las ramas, tratando de avanzar, pero era imposible. El bosque la estaba engullendo. Cuanto más forcejeaba, más enredaderas crecían en gruesas espirales a su alrededor. Las hojas se extendían en todas direcciones, bloqueándole la visión, y cada vez le resultaba más difícil respirar. Intentó levantar un pie, pero una rama había crecido por encima de sus dedos. Tiró con fuerza hasta que la quebró—. ¡Cazador!

Entonces, por fin, escuchó pisadas delante de ella, en algún lugar al otro lado de aquel enmarañado muro verde. Vio pasar un hacha a unos centímetros de su brazo derecho, cortando las enredaderas que trataban de atraparla. Ahora Eric golpeaba la vegetación que había a la izquierda y por encima de ella, formando grandes montones de hojas y ramas rotas alrededor de sus pies. Blancanieves dio un paso adelante, pero su vestido seguía atrapado en aquella densa rama espinosa que no la dejaba marchar.

El cazador desenfundó un pequeño cuchillo que llevaba en el cinturón, agarró la tela y fue cortándola hasta que Blancanieves estuvo libre. Ella examinó el vestido, que ahora dejaba al descubierto la parte delantera de sus piernas y gran parte del muslo izquierdo. Había quedado tan corto que se preguntó si el cazador podría ver su ropa interior. Le miró y notó calor en el rostro.

Eric entrecerró los ojos.

—No os hagáis ilusiones, princesa —rezongó. Luego se volvió y empezó a correr, como si tratara de castigarla. Ella permaneció quieta un segundo y él consiguió la ventaja que necesitaba. Blancanieves tuvo que apresurarse para alcanzarle.

Corría con el cuerpo rígido y los puños apretados con fuerza. Le odiaba profundamente. Detestaba la sonrisa petulante que aparecía en su rostro cuando se burlaba de ella, o cómo parecía saber en todo momento hacia dónde dirigirse, incluso cuando el bosque ofrecía el mismo aspecto en todas direcciones. Pero sobre todo odiaba necesitarle. Para guiarla, para liberarla de aquellas terribles plantas devoradoras de hombres y para salvarla del bastardo de Finn.

—Dime, cazador —dijo una vez que logró darle alcance, jadeando y escupiendo las palabras a su espalda—, ¿bebes para ahogar tus penas, o tu conciencia?

Eric se volvió bruscamente. Tenía las mejillas enrojecidas por la gran cantidad de grog que había bebido la noche anterior.

—¿Y a ti qué te importa por qué bebo? —exclamó a solo unos centímetros de la cara de Blancanieves.

Ella no se amedrentó.

—Creo que te he contratado para que me conduzcas hasta cierto sitio —sonrió, sabiendo que tenía razón.

El cazador evitó la confrontación. Se volvió y cortó la densa vegetación con las dos hachas, golpeando las ramas con más fuerza de la necesaria. Algunas ramillas salieron volando hacia la cara de Blancanieves.

—Y yo creo que los reyes, las reinas, los duques y las princesas no deberían meter las narices en la vida del pueblo llano —dijo.

—Pero tú trabajabas para la reina... —Blancanieves se calló al recordar el rostro del cazador en el claro. Se había quedado muy callado cuando Finn mencionó a su esposa—. ¿Te pagó bien? —trataba de regresar a aquella conversación. ¿Cuál había sido el trato? ¿Qué le había pedido el cazador? La reina le había prometido algo, aun sabiendo que no podría cumplirlo.

Eric se detuvo, descansaba la mano sobre un tronco.

—No lo suficiente —mintió. Luego retomó su camino, descargando las hachas una vez más—. Los miembros de la realeza actúan así, ¿sabes? Pagan a los demás una miseria para que luchen por ellos.

Blancanieves sacudió la cabeza. Sabía que estaba intentando cambiar de tema, pero ya no le importaba. ¿Quién era él para hablar mal de su familia?

—Mi padre libró sus propias batallas, gracias —exclamó con brusquedad.

El bosque se abrió y el cazador bajó las hachas. Al adentrarse en el claro, aceleró el paso, tratando de dejarla atrás.

—Tu padre —soltó una carcajada petulante—. Él fue quien le abrió la puerta al

diablo. Por su culpa el reino ha quedado sumido en la oscuridad.

Blancanieves saltó sobre un tocón podrido y, con la cara enrojecida por la rabia, lanzó una mirada fulminante a la espalda de Eric.

—Ten cuidado con lo que dices, cazador.

El se volvió y se topó con sus ojos.

—Y tú ten cuidado con dónde pisas —dijo, señalando a sus pies. Blancanieves se dio cuenta de que el terreno era más arenoso que en otros lugares y que se le estaban hundiendo los pies en la tierra. Primero desaparecieron los dedos y luego los tobillos, hasta que la arena le llegó casi hasta las espinillas.

Eric permaneció quieto, aparentemente muy satisfecho de sí mismo.

—¿Cuánto tarda una princesa en pedir ayuda? —preguntó riendo. Cruzó los brazos sobre el pecho y empezó a dar golpecitos en el suelo con el pie derecho, contando los segundos.

—¿Y cuánto tarda un bruto en ofrecerla? —espetó Blancanieves. Trató de liberar sus piernas, pero era demasiado tarde. Se había hundido hasta las rodillas y, a cada centímetro que descendía, la arena se volvía más fría.

Eric apoyó un pie sobre el sólido tocón que había junto a ella y le ofreció la mano. Su expresión era ligeramente más amable que antes. La levantó, agarrándola por debajo de los brazos para sujetarla mejor, y la sacó de allí. Cuando la dejó en terreno firme, estaba cubierta de arena.

Blancanieves sacudió la tierra de su ropa sobre la hierba. Le hubiera dado las gracias, pero sus insultos seguían aún frescos en su memoria. Él no había conocido a su padre y seguramente no sabía de lo que Ravenna era capaz. Esa mujer —esa *bruja*— se había sentado junto a ellos en cada comida, agarrando la mano de su padre. Le había contado cómo su madre había enfermado, igual que la de Blancanieves. Cuando Blancanieves y William estaban aburridos, les había leído cuentos y había organizado fiestas para los nobles. El rey había cometido un error. Ella le había engañado. En cierto modo, los había embaucado a todos.

Cuando se volvió de nuevo hacia el cazador, estaba arrodillado sobre la hierba. Eric le alargó unos trozos de cuero. Luego arrancó un cordón de cada una de sus muñequeras y se los lanzó al regazo.

—Te morirás de frío antes de que lleguemos a ninguna parte. Utiliza esto para fabricarte unas perneras y unas botas —Blancanieves levantó los pedazos de cuero, en actitud interrogativa—. Es el relleno de mi chaleco —explicó él.

Entonces, Eric cogió del suelo una pequeña bolita cubierta de barro y la giró entre los dedos, pensativo.

—¿Qué es eso? —preguntó Blancanieves, con la esperanza de que no se tratara de lo que ella estaba pensando.

—Un rastro de ciervo —respondió él. A continuación, le lanzó una mirada que

parecía significar: *por favor, no me pidas que sea más concreto*. Ella contempló cómo lo amasaba entre los dedos y luego se lo acercaba a la nariz, y aspiraba su aroma. Sintió asco y se volvió. Debían de ser excrementos.

El cazador se levantó y pasó junto a ella. Se movía con rapidez hacia una zona con árboles. El aire parecía diferente en aquel lugar y la niebla era tan densa que apenas podía ver dos metros por delante de ellos.

—Quédate aquí —dijo Eric y abandonó a Blancanieves mientras esta se fabricaba unas rudimentarias botas.

Su estómago llevaba quejándose toda la mañana. Aplastó el excremento entre los dedos. Los ciervos no solían adentrarse en el Bosque Oscuro, a menos que escaparan hacia los árboles ahuyentados por un predador. Supuso que aquella era su mañana de suerte. La muchacha no había dicho si tenía hambre, aunque no daba la sensación de que la hubieran alimentado bien en la torre.

Mantuvo los ojos fijos en el suelo y siguió el rastro del animal, como había hecho cientos de veces. Se movía con agilidad y sigilo y sujetaba en la mano una de las hachas que portaba a la cintura, dispuesto a lanzarla si aparecía el ciervo. Vio un excremento, luego otro, y fue internándose en la espesa nube blanca.

Más allá de la niebla, el aire era puro. Delante de él, encontró un afloramiento de grandes rocas, una de las cuales daba paso a una enorme cueva. El viento cambió y él oyó una voz familiar.

—¡Eric! —le llamó desde el interior de la cueva.

Aquella voz. Al escucharla después de tanto tiempo, se le puso la carne de gallina. Dejó caer el hacha al suelo y, de repente, Sara surgió de la oscuridad. Llevaba puesto su vestido favorito y el color púrpura de la tela le pareció más intenso que cuando ella estaba viva. Su oscura melena castaña le enmarcaba el rostro y caía en ondas sobre su espalda. Los labios carnosos que había besado miles de veces estaban allí, frente a él, esperando que los besara de nuevo.

—¿Estás...? —preguntó al tiempo que contemplaba el cuerpo de su esposa. La cuchillada había desaparecido y no tenía ningún corte en el cuello. Se limpió los ojos. Parecía más real que cualquier sueño—. ¿Estoy...?

—Tócame y compruébalo por ti mismo —dijo Sara, tendiéndole la mano y animándole a que se acercara a ella.

Eric miró a su alrededor, escudriñó entre los árboles. *No lo hagas...*, pensó, recordándose a sí mismo dónde se encontraba. Era todo una ilusión, una visión conjurada por el Bosque Oscuro por alguna razón desconocida. Pero al volver la mirada hacia Sara y ver de nuevo su dulce rostro, no pudo resistirse. Dio un paso hacia ella, aproximándose a la cueva negra.

Ella alargó sus brazos hacia él.

—¿Dónde estabas, Eric? Ven junto a mí. Protégeme ahora...

Eric sintió que algo se desgarraba en su interior y los ojos se le llenaron de lágrimas. Recordó aquel día con total claridad y el cuerpo de Sara cuando llegó a la casa. Tenía los ojos abiertos y cubiertos por una delgada película gris. Sus labios estaban ligeramente separados y las manos, frías al tacto. Todo lo que ella era —toda la alegría que atesoraba en su interior— había desaparecido.

—Lo siento mucho —murmuró con voz temblorosa, mientras avanzaba hacia ella—. Por favor, perdóname. Dame paz... —estaba a solo unos metros de Sara. Quería deslizar los dedos sobre su piel tersa, escuchar su risa dulce y alegre, sentir cómo se acurrucaba a su lado en la cama, calentándose los pies fríos contra sus pantorrillas. Quería aspirar el aroma de su pelo, el zumo de limón con el que lo rociaba en verano o el intenso aceite de gardenia que se ponía detrás de las orejas.

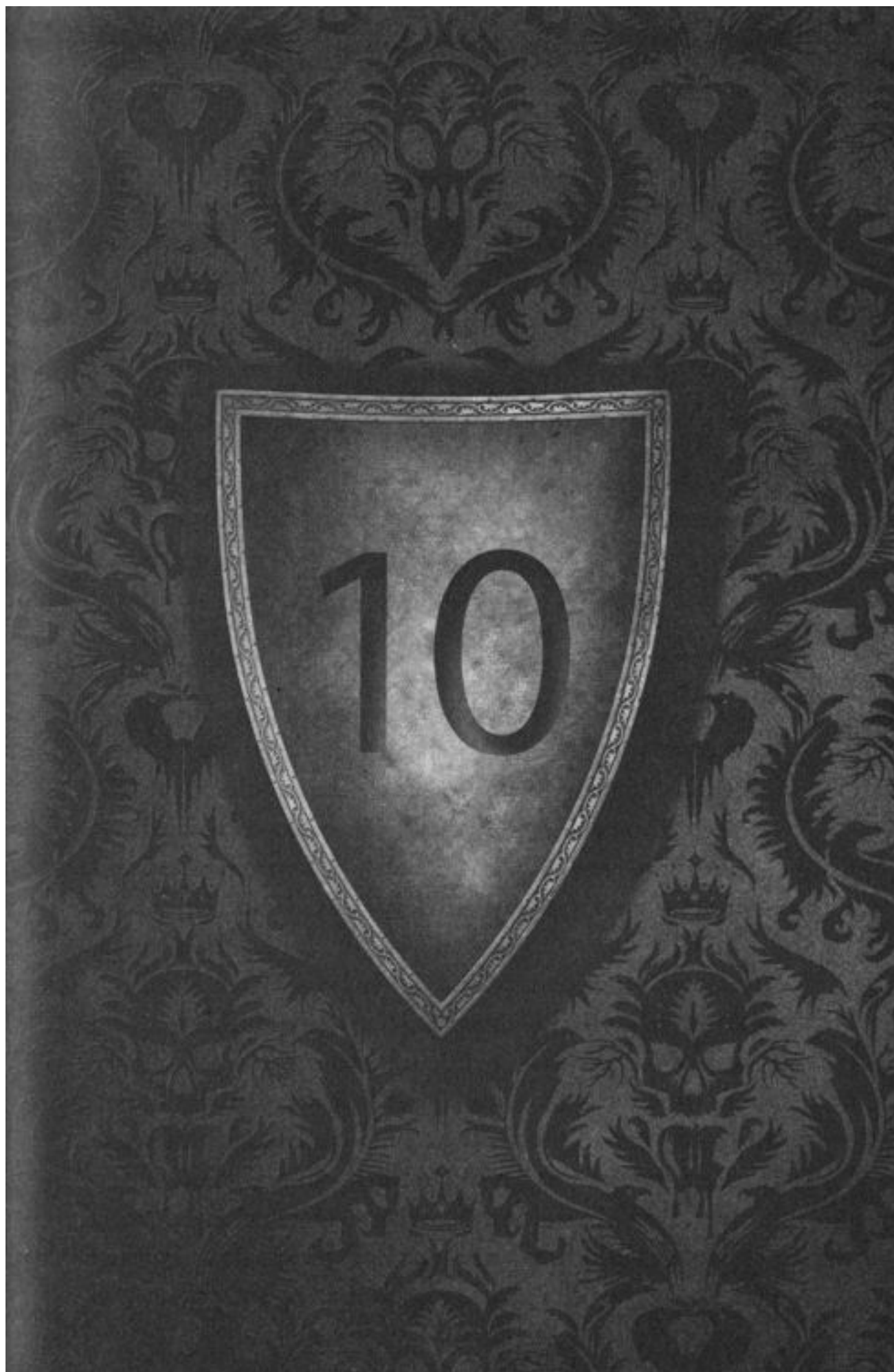
Alargó la mano y, cuando sus dedos estaban a punto de rozar los de ella, algo golpeó su cabeza. Cayó de rodillas y, al tocar el lugar del golpe, se estremeció de dolor.

—¡Ella no es real! ¿*Me oyes?* —alguien le estaba gritando tan fuerte que le dolían los oídos.

Alzó la vista y vio a la muchacha —Blancanieves— agarrando con fuerza un palo enorme. Le gritaba con el rostro lleno de pánico y señalaba hacia la cueva. Eric se volvió, pero Sara ya no estaba donde antes la había visto. En la oscuridad, distinguió una manada de monstruosos lobos negros con sus largos hocicos apenas visibles a la tenue luz de la mañana. Le estaban observando con sus ojos amarillentos. Eric retrocedió, tratando de alejarse.

—Ella no es real... —repitió Blancanieves—. Ella...

—¡Ya te he oído! —bramó Eric, y miró hacia el lugar donde Sara estaba tan solo unos segundos antes. Había estado tan cerca de tocarla. Lo único que deseaba era sujetar entre sus manos la de ella y notar su calor en los dedos. Agarró la botella que colgaba de su cinturón y la vació, dejando que el último trago de grog le calentara la garganta. Pero ni siquiera aquello le ayudó. Las lágrimas brotaron con rapidez y Eric se dio la vuelta, para asegurarse de que Blancanieves no le viera.





Avanzaron rápidamente por una pradera de hierba alta y elástica, apartándola para abrirse paso. A Blancanieves le llegaba a la altura de la barbilla. La chica sacudía los tallos con ambas manos, pero no logró ver la nuca de Eric hasta que este llegó al final del campo. Se estaba frotando el lugar donde ella le había golpeado. La sangre reseca se le había pegado al pelo.

Blancanieves le había oído hablar con alguien más allá de los árboles. Cuando le encontró, tenía el rostro surcado de lágrimas y las manos temblorosas; tendía una de ellas hacia algo que la muchacha no podía ver. «Sara», decía sin parar mientras avanzaba poco a poco hacia la cueva. ¿Cómo era posible que no hubiera visto aquellos lobos monstruosos? Eran tres veces más grandes de lo normal y sus ojos brillaban con un tenebroso color amarillento. ¿Es que no había oído sus gruñidos sordos a medida que se acercaba a ellos? Las fieras permanecían al acecho, con el labio superior retraído, dejando a la vista los colmillos afilados.

Blancanieves salió del prado y sacudió las briznas que colgaban de sus perneras nuevas. Se sentía agradecida de tener algo que protegiera sus piernas de los cortes cada vez que la hierba las golpeaba.

Desde que abandonaron la cueva, el cazador no se había vuelto hacia ella. Tampoco le había dirigido la palabra, ni le había comentado nada sobre la aparición. Había avanzado sin parar, cortando ramas y arbustos con el hacha, sin rumbo fijo.

—Fue por ella por la que negociaste, por Sara. La que te habló —comenzó Blancanieves. Sabía que Eric no quería hablar del asunto, pero no podía fingir que no había sucedido nada. ¿La había visto? ¿Qué tipo de ilusión era? Estaba claro que su esposa no se hallaba... —. Sara ¿está muerta? —preguntó.

El cazador se giró violentamente y la apuntó con el hacha.

—No vuelvas a pronunciar su nombre —le espetó.

Blancanieves retrocedió un paso, con el pulso acelerado. La afilada hoja estaba a solo un metro de su cuello.

El cazador bajó el hacha.

—No lo hagas —dijo con gesto triste. Luego desenfundó su cuchillo y se lo entregó, como para cambiar de tema.

Ella negó con la cabeza, pero él lo apretó contra sus manos.

—Así, siente su peso. Pásalo de una mano a otra —le recomendó.

Blancanieves observó la daga y se dio cuenta de que tenía el extremo algo curvado hacia el interior. Era más pesada de lo que parecía. El cazador la miraba fijamente, contemplando cómo daba vueltas al cuchillo entre las manos y cómo lo apuntaba hacia el suelo.

—Ahora sujétalo con el extremo afilado hacia mí —dijo.

Tenía el rostro más serio que antes, el pelo pajizo colocado detrás de las orejas y la barba cubierta de tierra. Blancanieves sujetó el cuchillo en alto y apuntó justo por encima de la cintura de Eric.

—¿Por qué estás...? —comenzó, pero antes de que pudiera terminar la frase, él arremetió contra ella.

La muchacha retrocedió y levantó la daga hacia la garganta del cazador. El se detuvo a unos centímetros de ella y luego sonrió, por primera vez en todo el día.

—Bien. Ahora dime, ¿cuál es el pie que adelantas primero? —preguntó, caminando a su alrededor. Descansó un pie sobre un árbol cercano y la observó.

—¿A qué te refieres? —se sorprendió Blancanieves. Tras él, el bosque aparecía extrañamente tranquilo. Dos cuervos los miraban desde una rama baja. Eric volvió a saltar hacia ella y Blancanieves adelantó el pie derecho de forma instintiva, sin permitirle ganar terreno esta vez.

Él la acechó. Ella se inclinó con el cuchillo en la mano derecha, apuntando todavía al cuello del cazador.

—Mantén la distancia —ordenó Eric, indicándole con la mano que se alejara hacia el campo de hierba—. Eres demasiado pequeña para atacar. Tienes que esquivar los golpes, utilizar la fuerza del oponente contra él. Levanta el otro antebrazo.

Blancanieves alzó el brazo izquierdo, con la muñeca paralela al suelo. El cazador seguía sonriendo, como dando su aprobación. Por primera vez desde que le conocía, no le despreciaba. En aquel momento, mientras la miraba, parecía más amable, simpático incluso. Avanzó de nuevo y esta vez Blancanieves sintió cómo el espacio se acortaba entre ellos.

—Con este brazo bloquearás y desviarás la ofensiva del oponente. Tal vez recibas algún corte, pero no morirás por ello —hablaba con suavidad, al tiempo que avanzaba otro paso—. Espera hasta que esté cerca —insistió.

Blancanieves no apartaba los ojos de él. Y aunque Eric se acercaba como un supuesto enemigo, había picardía en su mirada y apareció de nuevo aquel hoyuelo en su mejilla. Ella apretó el cuchillo con la palma sudorosa, tratando de mantener la concentración.

—Todavía no —susurró él—. Mira mis manos, no mis ojos.

Ella bajó la mirada hacia el hacha. Eric avanzó otro paso con movimientos seguros. Blancanieves resistió el impulso de amenazarle con el cuchillo para que

retrocediera.

—Todavía no —repitió él—. No te muevas hasta que sientas mi aliento.

Dio un paso más, y luego otro, hasta que estuvo a solo unos centímetros de ella. Entonces, sonrió y sus ojos grises la animaron a actuar. Blancanieves no dudó. Alzó el cuchillo, apuntando hacia arriba y deteniéndose justo antes de rozar el esternón del cazador.

—¡Sí! —Eric sonrió—. Este es el momento en que se lo clavas. Hasta la empuñadura. Mantén los ojos fijos en los suyos y no saques el puñal hasta que veas su alma —y rodeó con sus manos las de Blancanieves, como asegurándole que lo había hecho bien.

La joven tenía la respiración entrecortada. Retiró las manos, sin estar segura de lo que sentía al tener el rostro tan cerca del de él.

—¿Por qué me enseñas esto? —preguntó—. ¿Por qué ahora?

El cazador miró por encima del hombro de Blancanieves y ella siguió su mirada a través de la pradera, hasta el lugar donde se encontraban las cuevas.

—Es importante que lo sepas... —dijo y luego se calló, sin dar por concluido lo que estaba sugiriendo: que era tan vulnerable al Bosque Oscuro como ella—. Quédatelo —añadió, señalando con la cabeza el cuchillo.

Blancanieves bajó el arma, asustada al pensar en la posibilidad de quedarse sola en el bosque. Por mucho que le desagradara admitirlo, estar con el cazador era lo único que la consolaba en aquel momento. Eric avanzó entre los árboles y comenzó a descender por un estrecho sendero que había a su izquierda.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella. Se suponía que debían continuar hacia el norte otro kilómetro y medio, él mismo se lo había dicho.

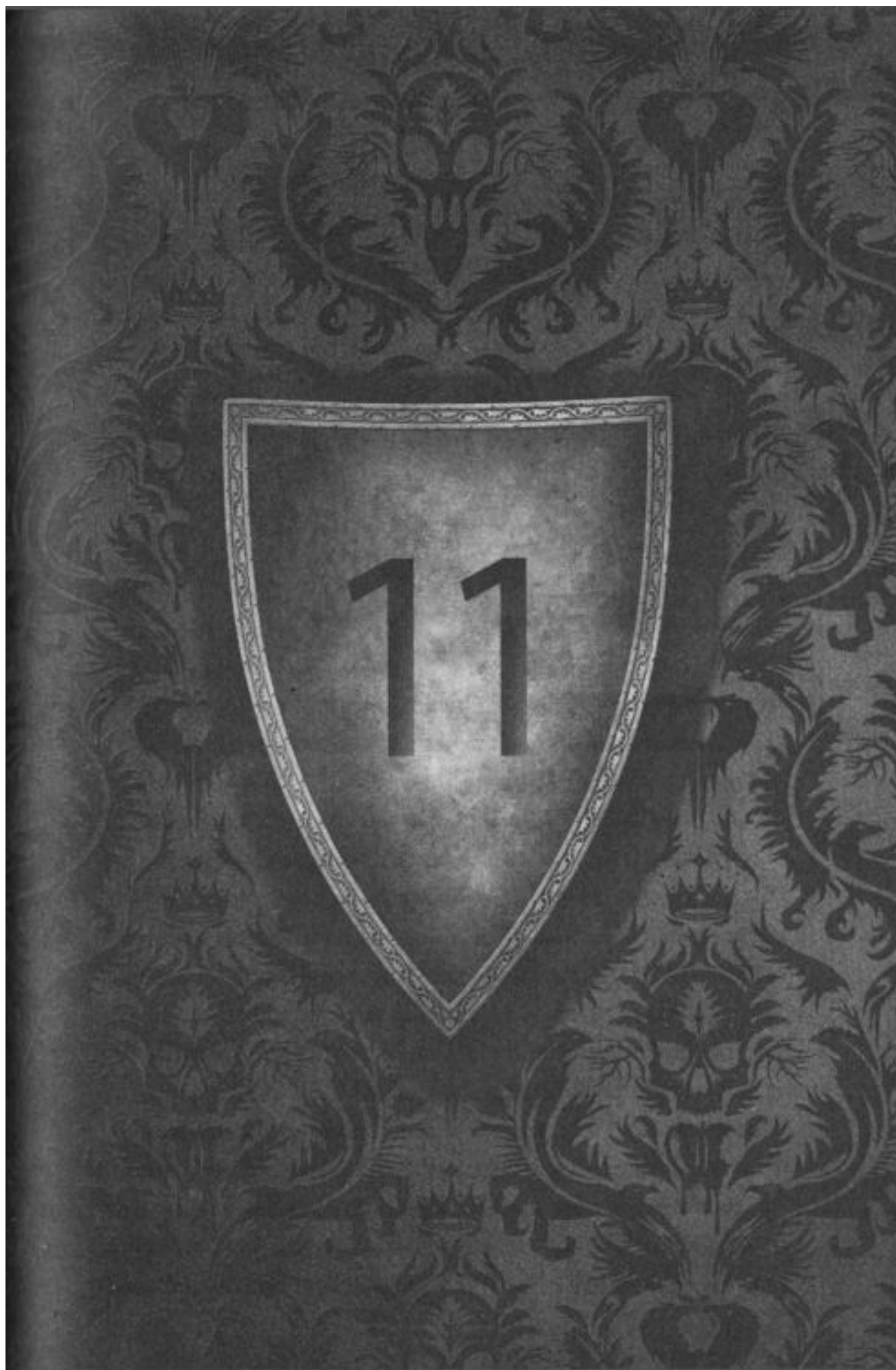
Eric sonrió y sus ojos grises se iluminaron. Era cinco años mayor que ella, tal vez más, tenía el pelo enmarañado y apestaba a grog. Pero allí, de pie junto al árbol, Blancanieves vio un atisbo del que pudo haber sido antes. Parecía más tranquilo, casi feliz.

Señaló una bolita marrón que había a unos centímetros de su pie.

—Un rastro —dijo encogiéndose de hombros.

—De acuerdo —Blancanieves rio para sus adentros, con la esperanza de que Eric no hubiera percibido el rubor en sus mejillas—. Los rastros mandan.

Eric bajó por el sendero. Ella permaneció quieta, contemplando cómo se alejaba, hasta que su espalda desapareció tras la espesa maleza.





Ravenna deambulaba por el jardín del castillo y frotaba el dorso de su mano, donde la piel aparecía vieja y arrugada. Cerró los ojos un instante y contempló lo mismo que Finn estaba viendo. Las imágenes le llegaban a fogonazos —una visión fugaz de un caballo con una herida abierta en el costado—. Los mercenarios caminaban tras su hermano, abriéndose paso con las espadas a través de la densa maleza. En algún lugar del Bosque Oscuro, un hombre lanzó un alarido tan agudo que se le erizó el pelo de la nuca.

Ravenna había tratado de guiar a Finn por aquel peligroso terreno a pesar de las limitaciones de sus poderes. Ahora que su hermano se encontraba en las profundidades del Bosque Oscuro, ya no podía sentir tan claramente dónde se hallaba, con quién estaba y los rostros de los hombres aparecían desdibujados. Pero durante aquellas horas, había vislumbrado su silueta cruzando una ciénaga y avanzando a través de un prado de hierba densa, alta y elástica. Seguía vivo, con la camisa cubriéndole la boca y la nariz mientras se recuperaba del estupor causado por el polen.

Las visiones de la muchacha eran lo que la asustaba. Blancanieves estaba con él —con aquel cazador—, dirigiéndose hacia los límites del bosque, y no parecía herida ni abrumada por los peligros de la espesura. En solo unas horas dejarían atrás la zona de maleza. ¿Y si Finn no lo conseguía? ¿Y si el Bosque Oscuro lo devoraba como había hecho con tantos otros? ¿Quién perseguiría entonces a la muchacha?

Ravenna inició el regreso a través del jardín con paso lento. La hierba estaba marchita y reseca y había una única flor en el manzano, como si todo el castillo se hubiera debilitado y se mostrara tan vulnerable al tiempo y a la muerte como ella misma. La reina miró aquella flor de color rosa pálido, con los bordes de los pétalos secos. También se caería. La flor finalmente desaparecería y el árbol acabaría pudriéndose de dentro afuera.

Apretó la flor entre los dedos y la arrancó de la rama seca. Tenía un tacto suave. Luego cerró los ojos, tratando de aprovechar sus poderes, de conducir a su hermano más cerca de la muchacha.

—Encuétrala —murmuró mientras los pétalos se deshacían en su mano.

Eric caminó hacia el límite del bosque, donde los gruesos árboles descendían por

una pronunciada pendiente. Hizo una seña a Blancanieves para que le siguiera. Se colocó las dos hachas a un costado y se sentó sobre la otra cadera para deslizarse por la cuesta embarrada. Bajó a trompicones hasta el fondo, sintiendo un intenso dolor en el lado. Ahora que el grog se había acabado, la herida le dolía más que antes. Notaba cada giro y cada movimiento como una nueva espada hundiéndose en su carne.

La niebla se estaba disipando, pero no pudo identificar la construcción que había a unos cientos de metros, más allá de un montón de grandes rocas. Avanzó en esa dirección y se subió a una piedra para conseguir una mejor perspectiva. Un arroyo serpenteaba a través de la arboleda y un puente de piedra comunicaba ambas orillas. Allí, al otro lado, se acababa por fin el Bosque Oscuro. Había kilómetros de campo abierto en todas direcciones.

—No puede ser tan fácil —dijo entre dientes.

Oyó las pisadas de Blancanieves aproximándose a él.

—¿Este es el final del Bosque Oscuro? —preguntó ella.

Eric se volvió hacia la espesura. Los enormes árboles se alzaban sobre ellos.

—Eso parece —respondió mirando hacia el puente. Aquel era el camino correcto, lo sabía. Había seguido el rastro del ciervo hasta ese lugar. Pero ahora que habían llegado, al ver el final del bosque a menos de treinta metros de distancia, resultaba difícil creer que lo hubieran conseguido. Todo había acabado. Habían llegado al otro extremo. Eric miró a Blancanieves y su rostro se abrió en una sonrisa burlona.

Ella se adelantó en dirección al puente. Iba prácticamente corriendo.

—¿Cuánto queda para llegar al castillo del duque? —preguntó por encima del hombro, con voz alegre.

Eric corrió tras ella. Se alisó el cabello con los dedos, disfrutando del sol sobre la piel. El Bosque Oscuro era tan denso que no había podido sentirlo.

—No puede estar a más de ocho kilómetros en línea recta —dijo señalando hacia una bandada de pájaros que volaba en círculos en el horizonte.

Blancanieves miró al cazador y sonrió. La luz del atardecer se colaba entre los árboles y proyectaba un brillo rosado sobre su rostro. Eric sabía que era hermosa —se había dado cuenta la primera vez que la vio—, pero al contemplarla en aquel momento, advirtió que Blancanieves no era consciente de ello. Y, aunque él nunca lo admitiría, en cierto modo, aquello la volvía incluso más atractiva. Cuando se desenredaba el pelo o le miraba entrecerrando sus ojos oscuros, contemplándole como si fuera el ser humano más espantoso sobre la tierra, no lo hacía con picardía. No eran los gestos de una chica barata de taberna.

Eric posó una mano sobre su herida, agradecido de que lo peor del viaje hubiera pasado. Si lograba llevar a Blancanieves hasta la aldea que había a unos kilómetros, podrían descansar. Allí estaría a salvo —sería suficiente—. No podría cumplir su acuerdo, ya que ir a Carmathan no entraba dentro de sus planes. En los momentos

más difíciles, Eric había robado suministros al duque y había entregado a varios de sus hombres a la reina a cambio de una recompensa. Era demasiado vergonzoso hablar de aquello, pero sucedió en la época en que un trago importaba más que cualquier otra cosa. Tan pronto como Blancanieves estuviese a salvo, él desaparecería en el bosque, tanto si recibía la recompensa como si no. Se marcharía antes de encontrarse con el duque y sus hombres. Todo aquello habría acabado y el desagradable asunto de la reina quedaría atrás.

Empezaron a cruzar el puente, casi rozándose con los hombros. Frente a ellos se extendía una pradera y el viento mecía la hierba. Eric percibió a su espalda el borboteo del arroyo mezclado con un ruido seco de grava. Miró atrás, buscando rocas que cayesen. Parecía que el puente se movía un poco. Se desmoronaron algunas piedras en los laterales y Eric colocó la mano sobre el brazo de Blancanieves para alertarla. Miraron hacia el arroyo poco profundo y vieron cientos de cadáveres de animales bajo la superficie del agua. Eric pudo distinguir un cráneo de oso y la caja torácica recién devorada de un ciervo gigantesco. Los huesos estaban todavía cubiertos de sangre.

El puente empezó a agitarse. De repente, recordó todas las leyendas sobre el Bosque Oscuro; sabía de qué se trataba.

—¡Un trol! —gritó. La parte alta del puente se elevó y se abrieron unos ojos en el lateral de la piedra. Aquella gigantesca bestia había permanecido acurrucada, esperando a que cruzaran. Eric aferró el brazo de Blancanieves y se abalanzó hacia el final del bosque, pero estaban aún a diez metros de distancia. No lograrían cruzar.

El trol se levantó y los lanzó por los aires. Eric cayó violentamente sobre el arroyo y un esqueleto despedazado crujió bajo su peso. Se quedó sin aliento. Permaneció allí, jadeando, hasta que al fin consiguió respirar. Tenía la ropa empapada y el agua helada le provocaba escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó, tratando de localizar a Blancanieves. Ella había aterrizado en la orilla embarrada, con la cabeza peligrosamente cerca de una afilada roca.

La joven no respondió. Tenía los ojos fijos en algo que había detrás de Eric. Él se volvió, siguiendo su mirada. Aquella inmensa criatura medía casi seis metros y su grisácea cara moteada estaba clavada en ellos. De su cabeza sobresalían unos cuernos y sus ojos eran redondos, brillantes y negros como el carbón.

—¡Corre! —aulló Eric, poniéndose en pie.

Blancanieves salió como una flecha y ambos huyeron por el lecho del arroyo. El gigante los seguía, meciendo los puños.

Cada vez que la bestia daba un paso, la tierra temblaba. Eric trataba de mantener el equilibrio, pero el trol no tardó en estar justo detrás de él.

—¡Vete, sal de aquí! —gritó a Blancanieves, señalando con la cabeza la parte alta

del arroyo. Si regresaba dando un rodeo, podría salir del Bosque Oscuro en unos minutos.

Blancanieves le miró, sin saber qué hacer.

—¡Márchate! —exclamó Eric, empujándola para que huyera. Luego se volvió y se enfrentó a aquel monstruo gigantesco. El trol se detuvo a horcajadas sobre el arroyo. Eric empuñó las dos hachas, una con cada mano. No tuvo tiempo de pensar, simplemente echó a correr, con las armas dirigidas hacia las piernas de aquella cosa.

El trol balanceó un brazo hacia Eric. Él esquivó el golpe y el puño de la criatura pasó rozándole la cabeza. El cazador clavó ambas hachas en la pierna izquierda del gigante, pero no le causó ningún daño. La piel del trol era gruesa y dura y el filo del hacha solo la melló. El monstruo apenas se estremeció.

El gigante bajó los ojos hacia Eric y dejó escapar un leve gruñido. Entonces le agarró por la cintura y le lanzó hacia el arroyo. El hombre cayó sobre el lecho embarrado. Se ladeó, sintiendo punzadas en la cabeza y con el cuerpo dolorido por el impacto.

El trol avanzó en su dirección. Eric se miró el costado ensangrentado; el corte bajo las costillas se había abierto de nuevo. Apretó la mano contra la herida, en un intento de detener la hemorragia.

El trol tardó unos segundos en abalanzarse sobre él. Eric sentía aquella cara de piedra tan cerca que su aliento apestoso y caliente le alborotó el pelo. Vio unos dientes amarillentos sobresaliendo del labio inferior. El gigante cogió impulso con el puño y Eric apretó los párpados, a la espera del golpe definitivo.

—¡Aléjate de él! —gritó la muchacha. Eric abrió los ojos. Blancanieves bajaba corriendo por el arroyo, con los pies chapoteando en el agua. Llevaba el cuchillo apuntando hacia delante, como él le había enseñado. En aquel momento, parecía tan diminuta y patética. No era mayor que el pulgar del gigante.

—¡No! —exclamó Eric en voz baja, como si aquella sola palabra pudiera detenerla. Le dolía todo el cuerpo. Trató de levantarse, pero el dolor le invadió el costado. El trol se alejó de él y fijó su atención en Blancanieves.

El gigante empezó a bajar por el arroyo hasta que estuvo solo a unos metros de ella. Con los ojos clavados en los de la criatura, la muchacha alzó el antebrazo. Incluso desde la parte baja de la orilla, Eric pudo ver que estaba temblando. Tragó saliva, temeroso de lo que la bestia pudiera hacer. Había oído contar que aquellos seres aplastaban el cráneo de sus víctimas antes de darse un festín con sus tripas. Estaba dispuesto a entregar su propia vida, antes que ver cómo el trol le arrebatara la suya a Blancanieves.

Pero el gigante permaneció quieto, con los ojos entrecerrados. Respiraba con dificultad y el hedor de su aliento estremecía a Blancanieves. El cara a cara duró apenas unos minutos, ya que la bestia fue relajando los puños poco a poco. Luego se

inclinó hacia delante, ladeó la cabeza y se fijó en la diminuta figura que había frente a él. Blancanieves no se inmutó. Solo miraba fijamente al enorme monstruo. El trol dejó escapar un leve bufido y comenzó a alejarse por el arroyo. Mientras avanzaba, dio un puntapié a una roca. Eric lo contemplaba todo, sin estar seguro de que estuviera sucediendo en verdad.

Cuando el trol desapareció de su vista, Blancanieves bajó el cuchillo, corrió hacia Eric y le abrazó. Despacio, le ayudó a ponerse en pie.

Él sacudió la cabeza. No podía creer que ella se hubiera comportado de aquel modo tan temerario. El trol podía haberle roto el cuello con un simple movimiento de su dedo.

—Te dije que corrieras —dijo Eric, buscando los ojos castaños de la muchacha.

—Si lo hubiera hecho, ahora estarías muerto —respondió ella endureciendo la mirada—. Habría sido suficiente con decir «gracias» —le soltó y él se tambaleó, mientras trataba de recuperar el equilibrio. Ella le dio la espalda y comenzó a subir por la orilla rocosa.

—Espera —dijo Eric con dulzura. La miró y se fijó en el mechón de pelo negro que le caía sobre los ojos. Tenía un rasguño en la frente, pero, aparte de eso, parecía ilesa. No podía dejar de contemplar a aquella muchacha de apenas cincuenta kilos y preguntarse de dónde sacaba tanta fuerza. ¿Por qué se había arriesgado de aquella manera? ¿Qué le había impulsado a regresar con solo un cuchillo de diez centímetros para defenderse? Había conocido hombres hechos y derechos menos combativos que ella.

Blancanieves cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué? —preguntó con tono crispado.

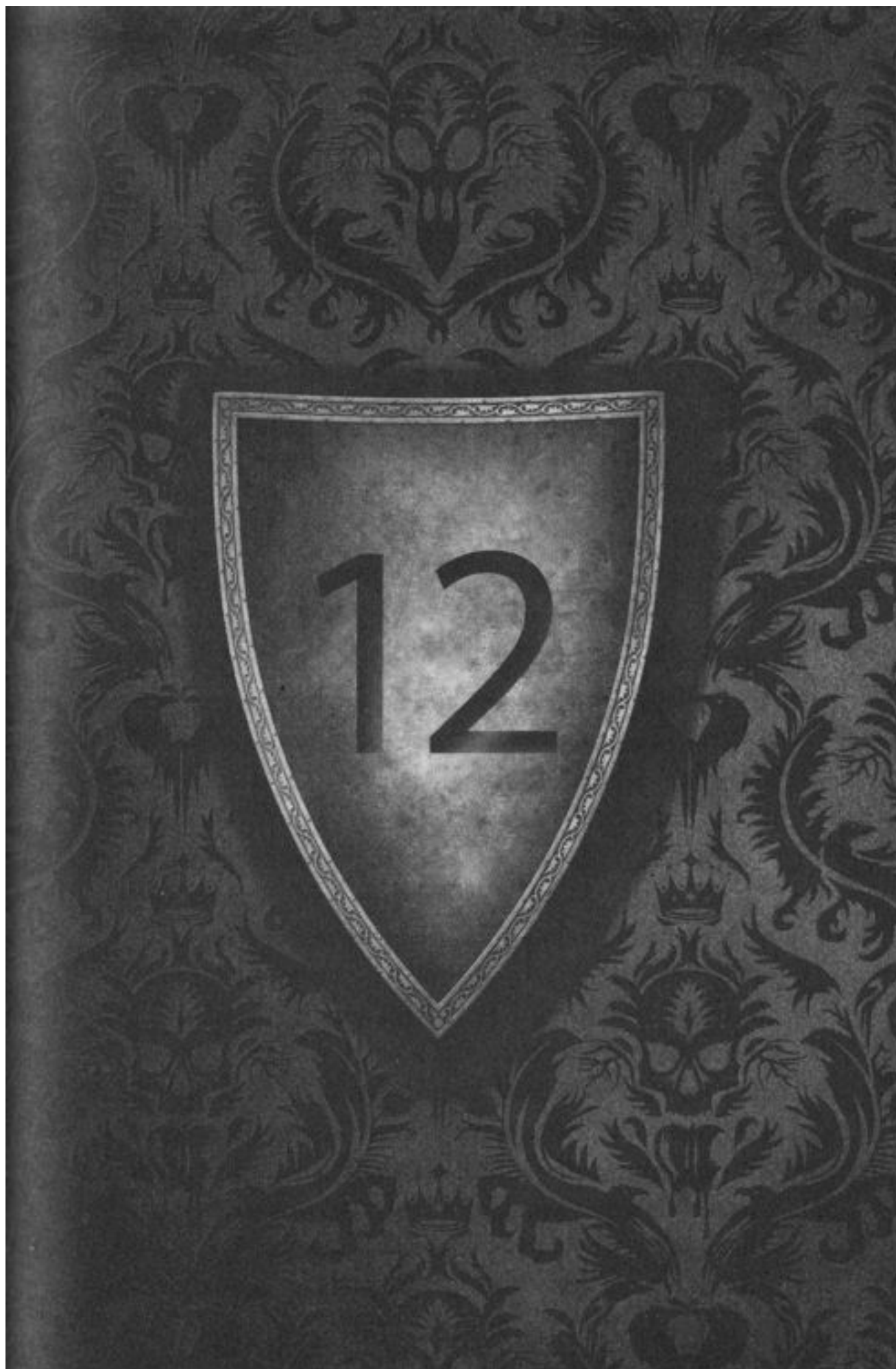
Eric sonrió, caminó lentamente hacia ella y posó la mano sobre el hombro de Blancanieves, sin dejar de mirarla.

—Gracias.



Segunda parte

*y solo la sangre de la más bella puede
romperlo...*





Eric y Blancanieves recorrieron cinco kilómetros a través de una pradera y un bosquecillo, hasta que el terreno se abrió a un pantano. Blancanieves se quitó los improvisados zapatos de cuero y dejó que sus pies desnudos se hundieran en el barro. Avanzaba con dificultad, paso a paso, seguida por Eric.

Él le había asegurado que aquel era el camino hacia Carmathan, que debían seguir adelante por el pantano. Pero a cada kilómetro que avanzaban, aumentaba la desconfianza de Blancanieves. Aún no divisaba la fortaleza a lo lejos y tampoco había visto ni rastro de los hombres del duque. Pensó en aquel mapa dibujado en el suelo y en la aldea que Eric había señalado, el lugar al que había querido llevarla en un principio.

El nivel del agua fue subiendo. Blancanieves se alzó el vestido —lo que quedaba de él, al menos—, en un intento de mantener la ropa seca. Sus pies chapoteaban sobre la tierra húmeda y el barro frío se colaba entre sus dedos. Contempló los pececillos que nadaban en torno a sus tobillos. Bancos enteros se aproximaban y escapaban, moviéndose al mismo tiempo que ella. Cuando finalmente alzó la vista, vio unas siluetas negras delante de ellos. Se encontraban en la orilla del pantano, a casi diez metros de distancia. Aparecían recortadas contra el sol del atardecer y pudo distinguir los arcos y las flechas que portaban a la espalda.

Era demasiado tarde para retroceder. Blancanieves mantuvo la cabeza agachada, con la esperanza de que no la reconocieran. Cuando se aproximaron más, una de las figuras se adelantó hacia ellos, con el rostro oculto bajo una capucha negra. Apuntó una flecha hacia el pecho de Blancanieves.

—Dicen que solo los demonios y los espíritus sobreviven en el Bosque Oscuro. ¿Qué sois vosotros? —preguntó.

Eric desenfundó las hachas que colgaban de su cintura y se colocó delante de Blancanieves, interponiéndose entre ella y la figura encapuchada.

—¿Tal vez sois espías de la reina? —continuó diciendo aquella persona.

—Somos fugitivos de la reina —explicó Eric.

Blancanieves alzó los ojos y permitió que el encapuchado viera su rostro.

—No queremos haceros ningún daño —dijo y tocó con la mano el brazo de Eric para que bajara las hachas. Él la complació.

La figura se inclinó hacia atrás y la capucha cayó, descubriéndole la cara. Blancanieves vio entonces que se trataba de una mujer. Tenía el cabello rojizo, recogido en trenzas, y unos rasgos delicados —nariz estrecha y pómulos salientes—, pero lo que más llamaba la atención era su cicatriz. Una gruesa marca rosada le surcaba el rostro desde la parte alta de la frente hasta acabar sobre la barbilla, pasando por el ojo y la mejilla derecha.

Las demás figuras bajaron las armas y se quitaron también las capuchas. Todas eran mujeres, y todas hermosas, aunque lucían idénticas cicatrices atravesándoles el lado derecho del rostro.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó Eric.

—Se han marchado —respondió la mujer pelirroja. Entonces, sonrió y alargó la mano para que Blancanieves se agarrara—. Soy Anna. Bienvenidos.

Unas horas más tarde, Blancanieves se encontraba sentada junto a una hoguera, con una manta de lana sobre los hombros. Por primera vez en años, llevaba puesta ropa seca y limpia. Los pantalones eran algo grandes para ella y notaba la aspereza de la camisa en la piel, pero nunca se había sentido más rodeada de lujo.

Contempló cómo una de las ancianas de la aldea cosía la herida de Eric y la cubría con una gasa limpia. Antes de marcharse, anudó el vendaje para que no se moviera. Eric se mostraba más tranquilo de lo que Blancanieves le había visto jamás, y su rostro aparecía amable al resplandor del fuego.

La aldea estaba formada por un grupo de cabañas sobre pilotes, bajo las que fluía un arroyo poco profundo. Anna los había conducido en un bote hasta su casa, que se encontraba seis metros por encima del pantano, rodeada por una plataforma de madera. En aquel momento se hallaba sentada junto a su hija en un rincón de la tarima. La niña no tendría más de siete años. Trabajaban con calma limpiando peces que luego colgaban de un cordel para que se secaran.

—Esta es la aldea, ¿verdad? —dijo Blancanieves volviéndose hacia Eric, aunque ya sabía la respuesta—. ¿A la que pretendías traerme antes de jurarme que me llevarías al castillo del duque?

Eric bajó los ojos.

—No estoy seguro de que Hammond me hubiera brindado un recibimiento muy caluroso —respondió y se puso de nuevo la camisa, estremeciéndose a medida que la tela se deslizaba por su costado.

—¿Por qué? —preguntó Blancanieves, y cruzó los brazos sobre el pecho a la espera de una excusa. Le había mentido. Había prometido que la llevaría al castillo del duque y no lo había hecho. Era así de sencillo.

Eric suspiró. Se inclinó hacia delante y alargó las manos llenas de arañazos hacia el fuego.

—Cobré alguna que otra recompensa por entregar a varios hombres del duque. Yo

robo al duque, él roba a la reina, es algo así como el ciclo de la vida.

Blancanieves estuvo a punto de echarse a reír. Había confesado aquello con absoluta indiferencia y sin ningún remordimiento. Nunca había conocido a nadie con tan poca sensibilidad.

—Llegaré al castillo del duque con tu ayuda o sin ella —aseguró.

Eric la miró a los ojos.

—Cumplí mi palabra. Te prometí que te llevaría a un lugar seguro. Y aquí estás a salvo, ¿no es así? —recorrió con la mirada las cabañas que había frente a ellos. En todas se distinguía una pequeña hoguera encendida en el porche de madera. Las mujeres estaban sentadas unas junto a otras, comiendo, hablando de la llegada de Blancanieves.

La muchacha se contempló las manos, todavía manchadas por la mugre del Bosque Oscuro. La suciedad seguía incrustada bajo sus uñas, a pesar de haberlas lavado en la pila de Anna. Cuando levantó los ojos, Eric la estaba mirando fijamente. Tenía algo en la palma de la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Blancanieves.

—Está hecho con el cartílago del corazón de un ciervo —ella se encogió de hombros, sin comprender lo que aquello significaba. Eric continuó—: El ciervo es el animal más asustadizo del bosque, pero tiene un hueso en el corazón y hay quien asegura que le infunde valor cuando lo necesita. Es un amuleto de protección —al pronunciar aquellas palabras, los ojos se le empañaron de lágrimas. Hablaba muy despacio, con pausas, como tratando de controlar las emociones. Instintivamente, Blancanieves supo que aquello había sido un regalo de Sara.

Él sacudió la cabeza y rio.

—Pero no funciona —añadió. Con una sonrisa devolvió el objeto a su bolsillo.

En ese momento, Anna entró con un plato de pescado en las manos. Colocó el recipiente metálico sobre la lumbre y dejó que hirviera a fuego lento. Un olor a trucha impregnó el ambiente. Blancanieves miró a la niña, Lily, que seguía cortando el resto del pescado. Tenía unos enormes ojos azules y las mejillas regordetas y, aunque su rostro estaba marcado con una cicatriz como las demás mujeres, Blancanieves no podía dejar de mirarla.

—Es hermosa —dijo finalmente.

Anna había soltado su larga cabellera pelirroja, que caía en apretadas ondas alrededor de su rostro. Se frotó la frente.

—Hoy en día esas palabras no resultan un halago, ya que el cumplido puede convertirse en maldición. La juventud no puede alterarse, pero la belleza...

Los ojos de Blancanieves se llenaron de lágrimas al pensar en aquellas madres desfigurando a sus hijas para evitar que se convirtieran en víctimas de la reina. Todo para que Ravenna no les hiciera lo mismo que a Rosa.

—Me entristece mucho —dijo con pesar.

Anna miró primero a Eric y luego a Blancanieves.

—Hemos renunciado a la belleza para criar a nuestros hijos en paz. Y tú, princesa, también deberás enfrentarte a tu propio sacrificio.

Blancanieves miró a Eric con expresión acusadora. Él sacudió la cabeza.

—A mí no me mires —respondió, levantando las manos—. Yo no he dicho nada.

Anna ladeó la cabeza.

—Sé quién eres. Llegaron noticias de que habías escapado. Dos líderes rebeldes de Carmathan fueron capturados por la reina el mismo día que tú huiste del castillo. Uno sobrevivió y regresó junto al duque —alargó el brazo y tomó la mano de Blancanieves entre las suyas—. Prepárate, querida, ya que no tardará en llegar el momento en que debas afrontar ese sacrificio y gobernar el reino.

—¿Cómo sabes eso? —exclamó Blancanieves suspicaz, retirando la mano de entre las de Anna. Hacía solo unas horas que se conocían y, aunque les hubiera ayudado mucho, seguía siendo una extraña. ¿Cómo podía hablarle de aquel modo?

Anna miró a Blancanieves.

—Puedo sentirlo —respondió. Luego se levantó y regresó junto a Lily para ayudarla a terminar con el pescado.

Blancanieves notó que le ardían las mejillas. Anna no sabía lo que decía. ¿Qué importaba lo que ella sintiera? Blancanieves no era un soldado. Acudiría al castillo del duque Hammond y permanecería allí hasta que la guerra hubiera terminado. Las mujeres nunca habían formado parte del ejército. No estaba permitido.

Se recostó en la plataforma de madera y se envolvió con la manta de lana. Trató de dormir, pero sentía la mirada de Eric.

—¿Qué? —preguntó por fin, cuando no pudo resistirlo más.

Él sonrió y respondió con dulzura:

—Nada, princesa —retiró el pescado del fuego y separó la carne de las espinas.

Pensó en lo que Anna había dicho. En cierto modo, no le sorprendía. La manera en que Blancanieves le había salvado en el Bosque Oscuro significaba algo. Mostraba un valor del que otros carecían. Que Anna pudiera sentirlo, como ella había asegurado, era una historia del todo distinta.

Eric advirtió que Blancanieves finalmente se dejaba arrastrar por el sueño. Anna y su hija se retiraron al interior de la cabaña, tras desearle buenas noches. Él permaneció allí largo rato, hasta que todas las hogueras se fueron extinguendo a su alrededor. No tardó en quedarse solo en la oscuridad.

Ravenna acudiría pronto en su busca. Había escapado con su prisionera, traicionado a sus hombres y herido a su hermano. No pasaría mucho tiempo antes de que encontrara su rastro hasta la arboleda, más allá del Bosque Oscuro. Ahora que la muerte le rondaba, él se resistía, sin querer que sucediera de aquel modo —según las

condiciones de la reina—. No después de que le hubiera mentido.

Aunque tal vez Anna hubiera imaginado lo del «sacrificio», era la excusa que necesitaba. Blancanieves estaría bien sola. Le había salvado en dos ocasiones en el Bosque Oscuro. Además, tenía el cuchillo y era lo bastante inteligente para llegar hasta la fortaleza del duque por sus propios medios. Los hombres de la reina tardarían al menos otro día en rodear el Bosque Oscuro, como poco.

Recogió sus cosas en la oscuridad y se colgó las hachas del cinturón. Tomó algunas vendas para la herida y otra trucha para el día siguiente. Luego miró el rostro de Blancanieves por última vez. Sus labios se movían en sueños.

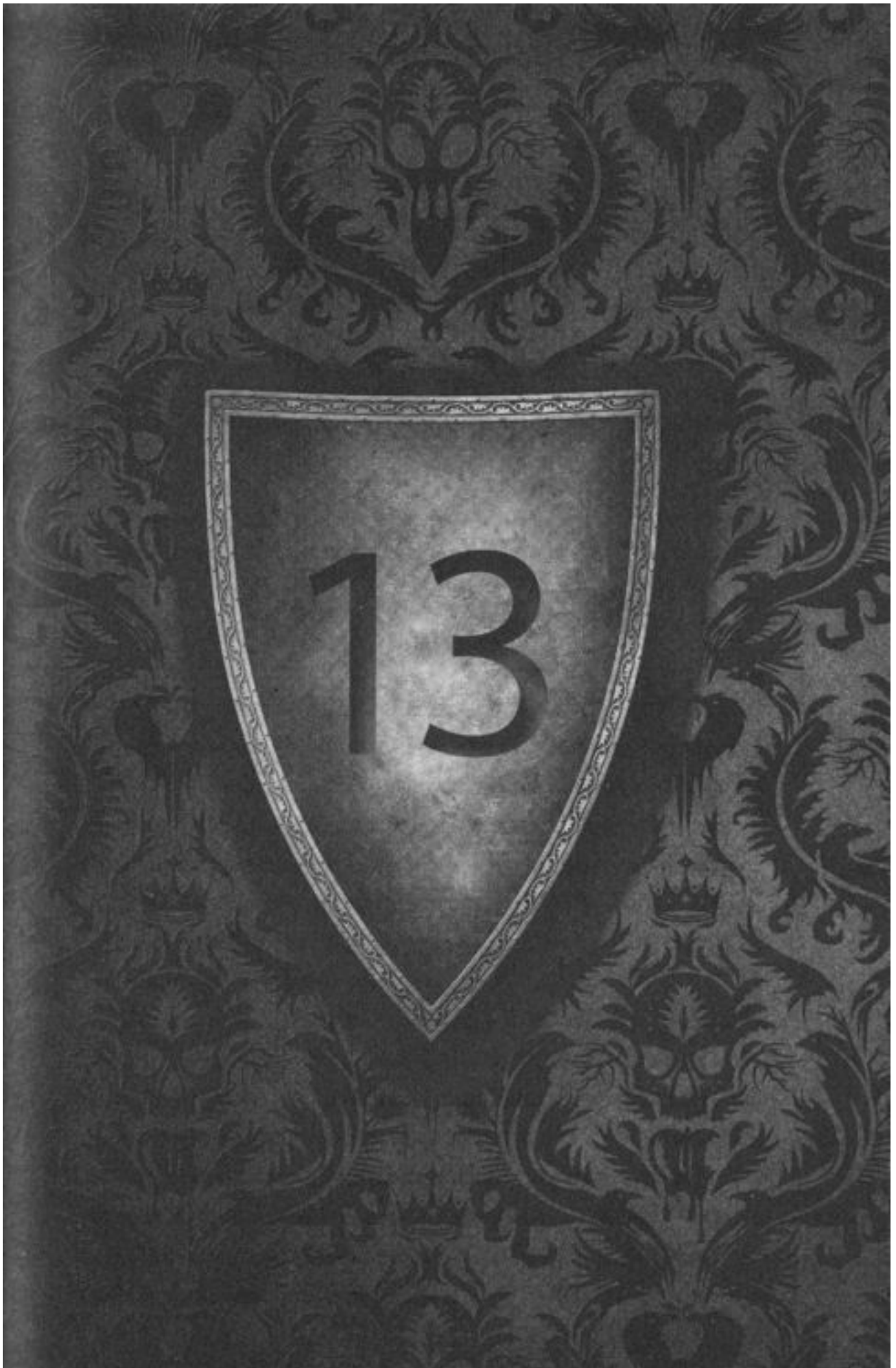
—Maldita sea —refunfuñó, molesto de que no le resultara tan sencillo como había esperado. No era alguien que fomentara las relaciones y las amistades, por todas las complicaciones que suponía acostumbrarse a compartir la vida con alguien. Siempre resultaba más sencillo ir por su cuenta.

Se dirigió hacia la escalera situada en el lado contrario de la cabaña, pero se detuvo al sentir el peso del amuleto en el bolsillo del pantalón. Lo cogió, recordando el día en que Sara se lo había regalado. Fue después de que comenzaran los enfrentamientos. Llegaban noticias de hombres asesinados en el bosque y ladrones que saqueaban los carromatos de provisiones e incendiaban los caminos. «Por si acaso», había dicho ella, apretándolo contra la palma de Eric. Sara siempre había creído en aquel tipo de supersticiones.

Lo miró por última vez, convencido de que Sara hubiera querido que la muchacha lo tuviera. Le habría encantado su espíritu, el modo en que siempre parecía estar pensando en algo que no compartiría con nadie. Y Sara le habría mostrado su gratitud por lo que había hecho aquel día, el coraje con el que había actuado en el linde del Bosque Oscuro. Aunque detestara admitirlo, él también estaba agradecido.

Colocó el amuleto en la palma abierta de Blancanieves, deseando que lo que Sara le había dicho fuera cierto. Tal vez sí funcionara. Quizá no fuera una absoluta tontería. De hecho, él seguía vivo. Había sobrevivido a la pérdida de su esposa, a pesar del absoluto desprecio mostrado por su propia vida, y había logrado atravesar el Bosque Oscuro. Algo le había estado protegiendo todos esos años.

—Por si acaso —murmuró. Luego descendió la escalera, sin atreverse a mirar atrás.





Un grito rompió el silencio. Blancanieves se despertó y sus ojos se adaptaron poco a poco a la oscuridad. Tardó un momento en recordar dónde se encontraba. El fuego se había apagado. En la palma de la mano tenía un amuleto de hueso —el mismo que Eric le había mostrado horas antes—. Miró en torno a la plataforma de madera y escudriñó el interior de la cabaña, donde Anna y Lily dormían. El cazador se había marchado.

Buscó a su alrededor y recorrió la aldea con la mirada. El aire estaba lleno de humo. La casa sobre pilotes que había enfrente brillaba con un extraño resplandor. Dos mujeres se asomaron por una pequeña ventana lateral y una de ellas se cubrió la boca, horrorizada. Blancanieves rodeó la plataforma y por fin vio lo mismo que ellas. El cielo estaba cubierto de flechas en llamas. Los arqueros se encontraban en la ladera de la colina, por encima de la aldea, recortados contra el grisáceo cielo estrellado.

En unos segundos, cayó la primera flecha. El proyectil ardiente se clavó en un techo de paja, a dos casas de la de Anna. La techumbre se incendió, y las llamas se extendieron y calcinaron la pequeña construcción en unos minutos. La anciana que había vendado la herida de Eric salió corriendo de la cabaña, con la espalda de su fino vestido de hilo en llamas. Alargaba la mano por encima del hombro, tratando de apagar el fuego, pero era imposible. Al correr, las llamas se avivaron y se extendieron por su pelo. La mujer lanzó un alarido y saltó de la plataforma de madera para apagar el fuego en el agua del pantano.

El ejército de Finn se estaba acercando. Blancanieves podía ver sus rostros iluminados por las llamas a medida que se aproximaban a la orilla del pantano. Algunos surcaban a caballo las aguas poco profundas, disparando sin parar hacia las casas. Otros subían a los botes de la orilla para adentrarse en las aguas tranquilas. Bajo la plataforma, un hombre con un cuchillo se encaramó a la escalera de madera y comenzó a subir hacia la cabaña. Una mujer con una larga trenza negra le lanzó algunos troncos desde lo alto, en un intento de detener su avance.

Entonces Blancanieves le vio. Finn apareció a lomos de su caballo, entre los árboles. Alzó el arco y disparó una flecha hacia una casa cercana.

—¡Encontradla! —bramó.

Blancanieves corrió a la parte trasera de la cabaña con cuidado de no dejarse ver.

—¡Están aquí! —gritó conforme entraba en la estancia con techo de paja. Corrió hacia Anna y la sacudió para despertarla—. ¡Los hombres de la reina están aquí!

Anna se frotó los ojos y miró a Blancanieves, incrédula. Al tiempo que se incorporaba, una flecha atravesó el techo y se clavó en el delgado colchón de Lily, junto a su cabeza. La manta de lana se prendió. Blancanieves se apresuró hacia la niña dormida, la sacó de la cama y la cargó sobre su hombro. Estaba a punto de echar a correr cuando Anna lanzó un grito.

Blancanieves se volvió. Tras ella, sobre la plataforma de madera, estaba uno de los soldados de Finn. Al encontrarse con los ojos de Blancanieves, el hombre sonrió dejando a la vista un hueco en la dentadura. Era tan alto y corpulento que ocupaba todo el vano de la puerta, impidiendo el paso. De repente, se abalanzó sobre ella.

Sin pensarlo, Blancanieves arrancó la flecha que sobresalía del colchón y clavó la punta llameante en el muslo del hombre, apretando hasta tocar el hueso. Él lanzó un alarido espantoso, perdió el equilibrio y el fuego se extendió por sus pantorrillas y su cintura, hasta que la mitad inferior de su cuerpo estuvo completamente en llamas. Se retorció de dolor.

La joven le contemplaba horrorizada. No podía retirar la mirada de aquel rostro desencajado. Aparecieron lágrimas en los ojos del hombre y la cabaña se llenó de un repugnante hedor a carne quemada. Blancanieves se inclinó hacia delante con el humo agarrado a los pulmones y, durante un instante, temió vomitar.

Anna la cogió del brazo.

—¡Vamos! —gritó, señalando con la cabeza hacia la puerta. Blancanieves salió y se volvió una última vez para mirar al soldado. Se había acurrucado de lado, jadeaba y con las manos trataba de apagar las llamas, cada vez más grandes.

Descendieron por la escalera, bajando los peldaños casi de dos en dos. Blancanieves hundió los pies en el pantano, con Lily al hombro. La niña empezó a llorar cuando se adentraron en el agua embarrada, que llegaba hasta el pecho de la chica. El caos reinaba a su alrededor. Muchas de las casas sobre pilotes estaban ardiendo y todo aparecía cubierto de humo y cenizas. Por el aire caían restos en llamas, que se apagaban con un siseo al entrar en contacto con el agua.

Anna señaló la orilla, situada a unos quince metros de distancia. Algunas de las mujeres ya la habían alcanzado y se apresuraban hacia los árboles. Blancanieves la siguió a través del barro, moviéndose tan deprisa como podía. Tras ellas, oyeron gritos y quejidos de otras mujeres. Una niña más pequeña que Lily agarró la mano de su madre para saltar desde la plataforma de madera. Blancanieves mantuvo los ojos en la orilla, sin querer mirar atrás.

—¿Dónde está? —gritó uno de los hombres.

Cuando por fin alcanzaron la orilla, tenían la ropa totalmente empapada.

Blancanieves empezó a avanzar, siguiendo a las demás mujeres, cuando un caballo se cruzó en su camino. El mercenario descabalgó de un salto. Era más robusto que los demás y su prominente barbilla desbordaba el cuello de su camisa. Desenvainó la espada y se dirigió hacia ella.

—¡Corred! —gritó Blancanieves, devolvió a Lily a los brazos de Anna y señaló la espesa arboleda. Si ella distraía al hombre, tendrían tiempo suficiente para escapar hasta allí. Se adelantó para que él pudiera verla con claridad. Sujetó el cuchillo con la mano derecha y adoptó la postura que el cazador le había enseñado, con un brazo en alto y el otro quieto, esperando a que el enemigo se acercara.

El mercenario se aproximó a ella. Blancanieves mantenía el cuchillo alzado, la vista fija en los ojos negros del hombre. *Uno...*, pensó, observando cómo se acercaba. *Dos... tres.* Cuando estaba a solo unos centímetros, le acuchilló. El hombre retrocedió con una pequeña herida en el pecho. Inclino la cabeza hacia atrás, soltó una carcajada y, de repente, golpeó con fuerza el estómago de su contrincante. Ella cayó al suelo. Abrió la boca, pero no podía tomar aliento.

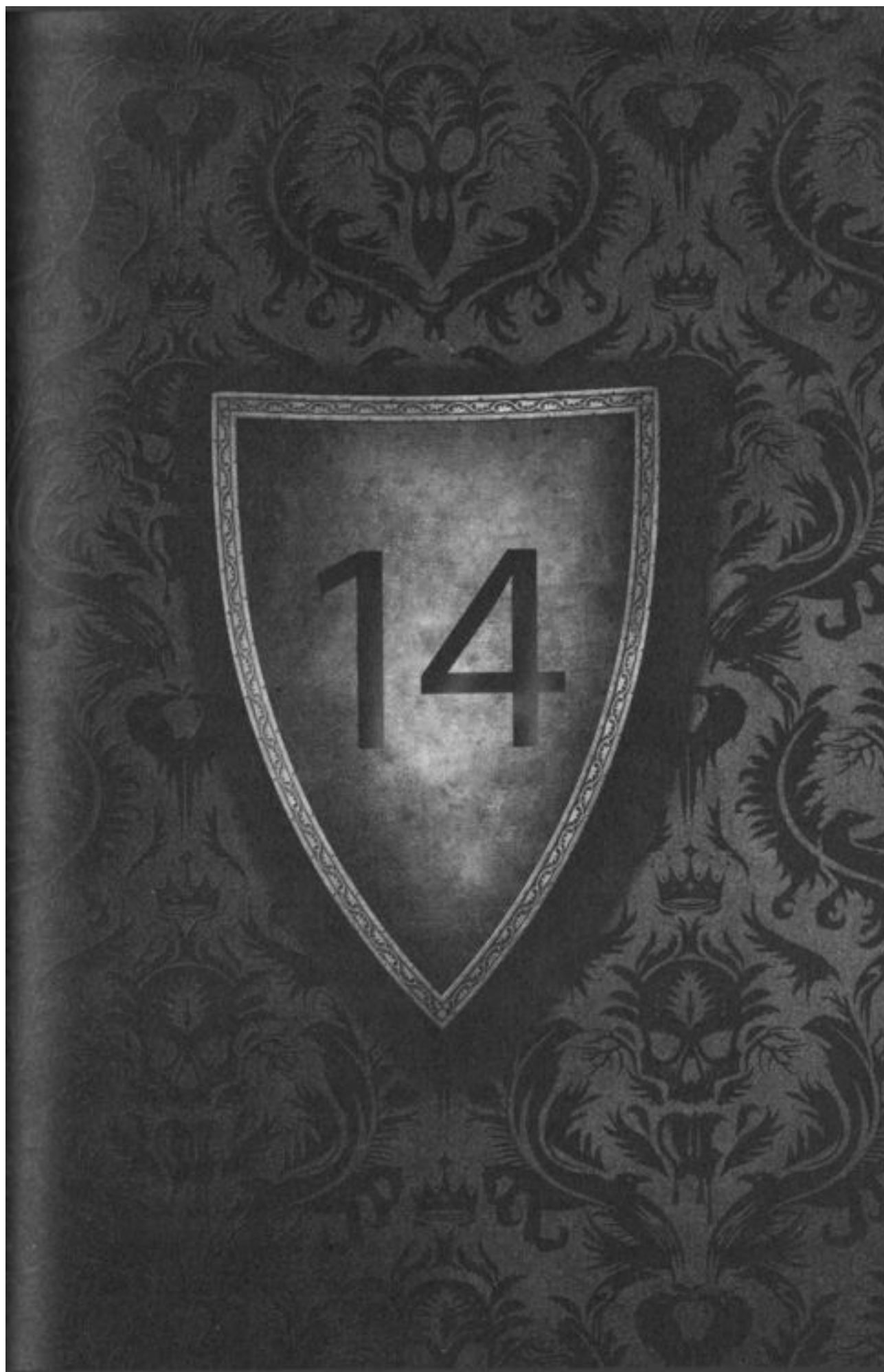
El hombre levantó la espada. Blancanieves alzó los ojos hacia él, jadeando, a la espera de que la hoja afilada cayera sobre su cuello. Entonces, una flecha pasó silbando y se clavó en el corazón del hombre. Este soltó un terrible alarido y se tambaleó. Dejó caer la espada y se aferró al extremo emplumado de la flecha para tratar de arrancarla.

Blancanieves se incorporó. A solo tres metros de distancia había un joven soldado con un arco entre las manos. Era alto y delgado, con la mandíbula cuadrada y los pómulos prominentes. Tenía una espesa y ondulada cabellera castaña que le caía sobre los ojos y una pequeña marca en la barbilla. Permaneció quieto, mirándola con una leve sonrisa en los labios. Blancanieves vio cómo colgaba el arco sobre su hombro, de manera que quedó a su espalda. Había algo muy familiar en aquel gesto. Le conocía, pero ¿de dónde?

El humo los envolvió. El fuego se había extendido por algunos de los árboles y las mujeres gritaban mientras se dirigían hacia la colina. El joven abrió la boca para hablar, pero Anna se acercó corriendo y agarró a Blancanieves del brazo.

—¡Vamos! —dijo entre dientes—. No tenemos mucho tiempo —y señaló la orilla embarrada, donde los hombres de Finn comenzaban a subir detrás de las mujeres.

Se volvieron y empezaron a correr. Una flecha en llamas cayó muy cerca de ellas. A lo lejos, un niño lloraba y sus sollozos le provocaron a Blancanieves escalofríos por todo el cuerpo. Siguió a Anna por el bosque, corriendo tan deprisa como le permitían las piernas. Miró por encima del hombro una última vez, hacia los árboles incendiados, pero el joven había desaparecido.





Blancanieves corría tan rápido que apenas podía respirar. Conocía a aquel muchacho del bosque y, por la manera en que la había mirado, estaba segura de que él también la había reconocido. Pero ¿quién era?

Avanzaba entre los árboles con el cuchillo en la mano. Anna iba justo detrás de ella; podía oír el ruido de sus pies sobre el suelo. Recordó de nuevo aquella imagen tan lejana. Un niño subido a un manzano, junto a ella, con su arco de juguete colgado a la espalda. William. Había visto sus rasgos en el rostro de aquel joven. Compartían los mismos ojos color avellana, la misma sonrisa. De repente lo vio claro, supo que era él. Seguía vivo después de todos aquellos años. Pero ¿qué estaba haciendo en la aldea? ¿Cómo la había encontrado?

Blancanieves se detuvo y miró atrás, buscando desesperadamente su imagen una vez más. Anna y Lily se habían retrasado. Anna estaba encorvada sobre un tronco, sacando una espina del pie desnudo de la niña. La pequeña lloraba. Tras ellas, Blancanieves contempló la destrucción. El fuego se había extendido y la mayoría de las casas sobre pilotes estaban en llamas. Las mujeres huían entre los árboles. Melva, una niña pecosa, pasó a toda velocidad, aferrada a lo que había salvado de sus pertenencias.

Entonces Blancanieves vio cómo Finn ascendía desde la orilla y la miraba directamente.

—¡Allí! —gritó a un soldado, indicándole con gestos que diera un rodeo.

Blancanieves se volvió para echar a correr, pero alguien la agarró del brazo. Ella lanzó cuchilladas al aire hasta que oyó una voz familiar.

—Por aquí —dijo el cazador y señaló un angosto sendero entre los árboles que serpenteaba por la colina hacia el este del Bosque Oscuro—. ¡Vamos! —masculló.

—¡Tenemos que ayudarlas! —exigió la chica mientras se liberaba de su mano para llegar junto a Anna y Lily. Tal vez el cazador estuviera dispuesto a abandonarlas, pero ella no podía. Retrocedió a la carrera y ayudó a Anna a levantarse del suelo.

La mujer la empujó y exclamó:

—Vete —luego señaló hacia la orilla y hacia Finn, que se encontraba a menos de veinte metros de distancia—. Ahora, márchate —repitió.

Blancanieves la miró a la cara, y supo que hablaba en serio. Un mercenario corría

entre los árboles a su izquierda y Finn se iba aproximando. Entonces, tomó la mano del cazador y este la arrastró por el bosque, descendiendo con dificultad por el oscuro camino hasta que todo desapareció tras la espesa maleza.

Avanzaron apresuradamente entre la arboleda y cubrieron kilómetro tras kilómetro, rodeando la orilla de un gigantesco lago y dirigiéndose hacia el este, donde el bosque se volvía menos espeso. Cuando amaneció, el fragor de la batalla había quedado muy lejos de ellos. Blancanieves sentía las piernas demasiado cansadas para continuar, así que se detuvo. Se arrodilló junto a un arroyo de aguas poco profundas.

Aún le temblaban las manos. Las sumergió en el agua fría y raspó la sangre seca de sus uñas. El olor del humo se había quedado impregnado en su cuerpo y seguía oyendo los gritos de las mujeres, aunque el bosque estaba tranquilo y los pájaros en silencio. Se volvió hacia el cazador, sentía un gran desprecio por él. Las había *abandonado*. Se había escabullido en la oscuridad de la noche y las había abandonado. Las mujeres habían quedado indefensas ante los hombres de Finn.

—¿Por qué has regresado? —preguntó, levantándose para mirarle directamente a los ojos—. ¿Por qué?

Eric se cubrió el rostro con las manos.

—Yo los conduje hasta allí —dijo en voz baja.

Había llevado a Blancanieves hasta la aldea, y había calculado mal. Pensó que los hombres de Finn se encontraban más lejos y, al ascender la colina para marcharse, vio volar la primera flecha. Pudo oler el humo incluso a un kilómetro y medio de distancia.

—Yo he tenido la culpa —notaba una opresión en la garganta y le costaba pronunciar las palabras. Nunca debería haberlas abandonado. Había sucedido exactamente lo mismo que con Sara. Había tomado una decisión y, cuando quiso regresar, era demasiado tarde.

Eric tomó las manos de Blancanieves entre las suyas; aún le temblaban. Tenía el rostro manchado de ceniza y sangre reseca en el brazo. Si estaba herida, lo ignoraba.

—Te llevaré al castillo del duque Hammond —dijo el cazador. Lo que pudiera encontrar allí no sería peor que lo que sentía en aquel momento, al ver a Blancanieves así.

Ella asintió con la cabeza, pero no habló. Eric se tendió junto al arroyo, atento por si escuchaba ruido de cascos en el bosque. Podían descansar allí unos minutos, pero no mucho más, ya que los hombres encontrarían finalmente su rastro. Cerró los ojos y su rostro mostró un gran cansancio. El cuerpo le dolía de los días anteriores, la herida del costado le palpitaba y los puntos le pellizcaban la piel. Sin grog, sentía todo con mayor intensidad y había desaparecido aquella sensación de vacío y sopor. Aunque aún no sabía si considerarlo una bendición o una maldición.

Miró hacia arriba y se topó con el brillo del sol a través de los árboles. Una

sombra pasó por encima de él. Eric intentó levantarse, pero alguien le propinó una fuerte patada en el costado. Otra persona le agarró la cabeza. Fugazmente, vio unas pequeñas figuras que se aproximaban: unas le dieron puñetazos, otras le golpearon con ramas. Llevaban puestas unas máscaras de guerra hechas de madera.

—Enanos —refunfuñó, sabiendo al instante quiénes eran. Trató de llegar hasta Blancanieves, pero uno de aquellos desagradables seres diminutos le ató los tobillos con una cuerda. En segundos, le estaban arrastrando por la orilla y le habían colgado por las piernas. El mundo giró a su alrededor y la sangre se le bajó a la cabeza.

Cuando por fin dejó de dar vueltas, Eric vio a Blancanieves en el suelo, a su lado. Tenía los brazos atados a la espalda. Los enanos, alineados frente a él, alzaron sus grotescas máscaras de guerra.

—Vaya, vaya, vaya... El malvado cazador —dijo Beith. Era el cabecilla de los enanos y, por si fuera poco, el más desagradable de todos. Su espesa cabellera negra caía formando una gigantesca V sobre su cabeza.

—Vamos, Beith —dijo Eric, intentando reír y mirando al pequeño mequetrefe con los ojos entrecerrados—. ¿Así es como tratas a un amigo? —cualquiera que hubiera atravesado el reino conocía a los enanos. Se escondían en los bosques, solían emborracharse y se peleaban con cualquiera que quisiera enfrentarse a ellos. Y el cazador siempre estaba dispuesto.

Beith se aproximó tanto que Eric pudo oler su repugnante aliento.

—No, bestia cornuda —el enano agarró una gruesa rama del suelo—. ¡Así es como trato a un amigo! —y le golpeó con fuerza en la cabeza.

—¡Para! —exclamó Blancanieves. Los enanos se rieron.

Eric se sujetó la cabeza con las manos y se frotó el lugar donde Beith le había golpeado. Aquellas pequeñas bestias —hombres fornidos y apestosos con el pelo enmarañado y los dientes podridos— no medían más de un metro. Beith llevaba una barba negra y greñuda, y ropa demasiado grande. Los pantalones los tenía sujetos con un trozo de cuerda vieja. Al fondo, Eric pudo distinguir a Muir, el enano ciego, y junto a él a Nion, el más rencoroso de todos. De haber estado en sus manos, el mundo lo habrían gobernado los enanos y los demás habrían tenido que servirles.

Blancanieves forcejeó con la cuerda que le sujetaba las muñecas.

—¿Qué les has hecho? —susurró mientras los enanos decidían qué hacer con Eric.

El cazador se restregó la cara. Se estaba mareando. Todo resultaba extraño cabeza abajo.

—Intenté cobrar una recompensa por sus cabezas... varias veces —respondió.

Blancanieves le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Hay alguien de quien no hayas tratado de aprovecharte? —preguntó.

Eric contempló la adorable forma con que arrugaba la nariz cuando se enfadaba.

Técnicamente, había una persona: ella. Se lo habría dicho si Beith no hubiera empezado a golpearle con fuerza el estómago.

—¡Es mi día de suerte! —aulló Beith—. El águila ratonera que más detesto en el mundo se posa en mi regazo.

—Es tu día de suerte, Beith —dijo Eric, esforzándose por parecer tranquilo. Los hombres de Finn no tardarían en llegar, así que no tenía tiempo para discutir quién había tratado de vender a quién a la reina. Aquello eran detalles *sin importancia*—. Tengo suficiente oro para alimentarte a base de cerveza durante un año. Bájame y...

Nion le golpeó en la oreja.

—Cierra tu horrible boca, cazador. Si tuvieras alguna moneda, ya habría caído de tus bolsillos.

Eric se agarró la cabeza; la notaba a punto de estallar y sentía un zumbido doloroso. Dejó escapar un gruñido y preguntó:

—Solo dime, ¿qué he hecho mal?

—En primer lugar, dime qué has hecho bien —replicó Beith, escupiendo al hablar.

Detrás de él, Gus, el enano más joven, contemplaba a Blancanieves como si fuera la mujer más hermosa que hubiera contemplado jamás. Sonrió, dejando a la vista sus dientes amarillentos y deformes.

Eric señaló a Blancanieves.

—La salvé de la reina —dijo.

—No parece propio de ti, cazador —comentó Beith sacudiendo la cabeza.

—La gente cambia —añadió Eric.

Nion le golpeó de nuevo en la oreja.

—La gente, no un cerdo lujurioso —dijo.

Algunos de los enanos empezaron a discutir. Coll y Duir, que siempre estaban a la gresca, se movían de un lado a otro, tratando de decidir si debían matar a Eric o dejarle atado hasta que muriera.

—¡Ensartemos al cazador y dejemos que ella se pudra! —sugirió Duir.

A Eric no le gustó nada el tono malicioso de su voz.

—¡No! —exclamó una voz tras ellos. Muir, el enano más anciano, se acercó. Tenía los ojos cubiertos por una delgada película blanquecina—. ¡Ella está predestinada! —dijo, alzando un dedo para que los demás callaran.

Eric recordaba al enano ciego de otra visita a los bosques. Los demás le escuchaban cuando hablaba.

Beith se volvió hacia la muchacha, observándola con renovado interés.

—¿Odiáis a la reina? —preguntó Blancanieves, aprovechando la oportunidad—. Mi padre era el rey Magnus.

El grupo se tranquilizó y Eric miró a Blancanieves con expresión divertida. Era la

misma audacia que había mostrado en el Bosque Oscuro. Empezaba a preguntarse si habría alguien a quien no se atreviera a desafiar.

Beith ladeó la cabeza.

—Si nos acompañáis al castillo del duque, seréis recompensados generosamente —continuó Blancanieves—. Vuestro peso en oro. El de cada uno.

Duir miró a Coll de arriba abajo, fijándose en sus delgaduchos brazos y piernas.

—Yo conseguiré más que tú —murmuró, palmeando su gorda barriga.

—Así es —replicó Coll, conteniendo una fuerte tos—. Pero dado tu tamaño, comes más y bebes más, lo que cuesta más, así que...

—Está bien —interrumpió Beith—. Te llevaremos, pero al cazador podemos colgarle —se aclaró la garganta y lanzó un gigantesco pegote de flemas al suelo, junto a la cabeza de Eric.

—A los dos —dijo la muchacha. Miró de reojo a Eric y asintió con la cabeza, como si quisiera tranquilizarle.

Beith mesó su negra barba, sopesando el asunto. Mientras el resto esperaba, Duir, uno de los enanos a los que Eric había tratado de vender, señaló un punto en el horizonte. Eric siguió su mirada y distinguió unas siluetas que avanzaban por la colina. Eran Finn y sus mercenarios, que acudían en su busca.

—Esos son los hombres de la reina, Beith —dijo el cazador, retorciéndose y pataleando para liberar sus pies—. Será mejor que te decidas rápido.

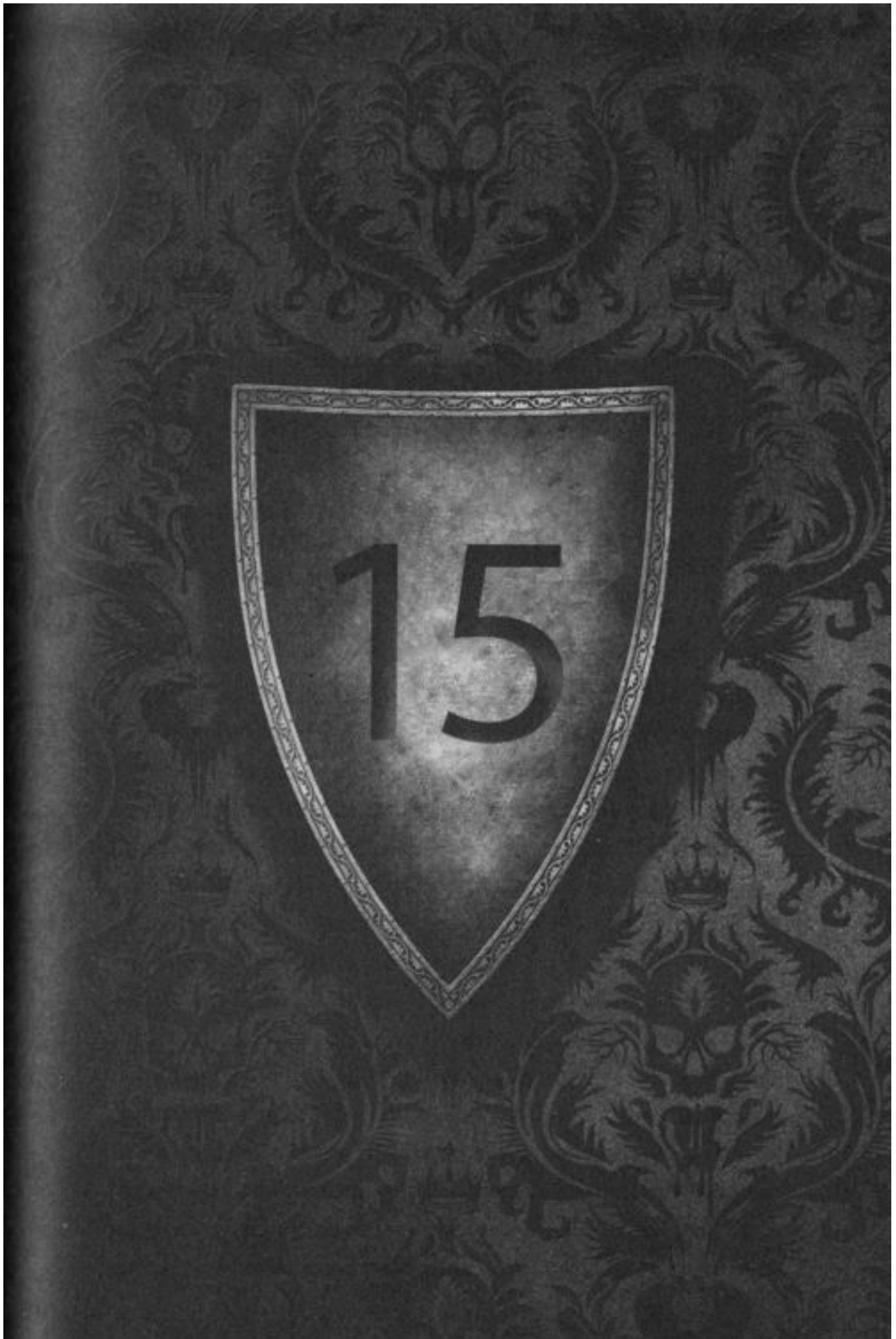
—Un enano vale por doce altos —replicó Beith con brusquedad—. Me tomaré mi tiempo, gracias —pero entonces miró hacia la colina y descubrió a otros diez hombres a caballo con las espadas desenvainadas.

Algunos enanos retrocedieron y empezaron a correr.

—¿Decías? —preguntó Eric, mirando al hombrecillo con los ojos entrecerrados. Apenas podía ver. Toda la sangre se le había bajado a la cabeza y las sienes le palpitaban.

—Bájale —dijo Beith, señalando a Nion—. ¡Vámonos!

Gus ayudó a Blancanieves a deshacerse de sus ataduras y Nion liberó a Eric cortando la cuerda de un tajo. A continuación, empezaron a descender la colina. Eric y Blancanieves avanzaban detrás de los enanos, agachados para evitar que los vieran.





Blancanieves alzó la vista hacia la gigantesca cúpula de la cueva. De las paredes de roca goteaba agua y un fino haz de luz penetraba a través de un agujero en el techo, iluminando los grupos de murciélagos colgados unos junto a otros, con las alas en torno al cuerpo. Por encima de ellos, se distinguía el estruendo de los cascos de los caballos. El ejército de Finn gritaba entre la arboleda.

—¡He encontrado una cuerda! —exclamó un hombre a voces. Luego, los caballos cambiaron de dirección y se alejaron a galope, hasta que el bosque quedó de nuevo en silencio.

Duir y Coll señalaron un largo túnel en el lateral de la cueva para indicar a los demás que los siguieran. Los enanos se colocaron en fila y accedieron con facilidad por el estrecho pasadizo. Blancanieves se encorvó, tratando de encogerse lo máximo posible, pero no pudo evitar que sus codos rozaran las paredes. Miró hacia atrás, por encima del hombro, y vio al cazador arrastrándose de lado.

Los hombrecillos los habían conducido hasta una gigantesca raíz de árbol desde donde descendieron a aquella cueva, para ayudarles a escapar de los hombres de Finn. Conocían el laberinto subterráneo a la perfección y fueron zigzagueando por el entramado de túneles, desviándose una y otra vez, hasta internarse en las profundidades de la tierra. Blancanieves contempló los raíles de madera que había bajo sus pies y se dio cuenta de que estaban en una mina. Intentó pensar únicamente en poner un pie delante del otro y no en... *William, ¿dónde está?* Siguió avanzando con dificultad detrás de los enanos hasta que, de repente, el túnel desembocó en una verde pradera.

En el exterior, la luz era tan intensa que tuvo que protegerse los ojos con la mano. Un resplandeciente paisaje apareció frente a ella y vio flores de todos los colores —margaritas amarillas, hortensias en flor y exóticos capullos de rosa— que impregnaban el ambiente con un aroma embriagador. De pronto, oyó un sonido, un delicioso zumbido que se coló por sus oídos invitándola a bailar.

—Maldita música de hadas —rezongó Nion. El enano hundió los dedos en el denso musgo que cubría las rocas y arrancó un puñado. Moldeó unos tapones y se los colocó en las orejas.

Blancanieves miró a su alrededor, disfrutando del maravilloso entorno. Las

enredaderas en flor envolvían los enormes árboles y los revestían de hermosos capullos color púrpura; las mariposas, de color rojizo y dorado, se posaban sobre las ramas, y los conejos saltaban entre la alta hierba, corriendo de un lado a otro. Por todas partes había diminutas bolitas de polen que volaban suspendidas en el aire. Aquellas relucientes partículas atrapaban la luz, dando la sensación de que incluso el aire brillaba.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Blancanieves, tratando de atrapar las pequeñas motitas con las manos.

Gus corrió a su lado.

—Ellas lo llaman el Santuario, mi señora —respondió, contemplándola con sus grandes y lacrimosos ojos grises. Luego sonrió y mostró sus dientes amarillentos. Blancanieves detestaba admitirlo, pero aquel muchachito empezaba a gustarle—. Es el Bosque Encantado. El hogar de las hadas —terminó.

Blancanieves se volvió hacia el cazador, que estaba tan impresionado como ella. Eric abrió la boca para hablar, pero algo pasó zumbando junto a su cabeza y los dejó a ambos perplejos. Blancanieves vio una diminuta hada suspendida en el aire, a solo un metro de ella. Tenía la piel blanca y translúcida, las orejas puntiagudas y unas alas de color azul iridiscente que titilaban a la luz del sol. El hada miró a Blancanieves y sonrió antes de desaparecer, dejando un denso rastro de polen a su estela.

—Hadas —dijo Gus con dulzura, tomando la mano de Blancanieves.

Gort lanzaba patadas entre la alta hierba. Era el más gordo de todos ellos y lucía una enorme barriga que colgaba por encima de su cinturón.

—¡Una plaga! —gruñó.

A continuación, los enanos se dispersaron por el bosque para levantar un campamento donde pasar la noche.

Blancanieves y el cazador ayudaron a cortar leña, mientras Coll y Duir segaban la hierba y retiraban ramas rotas para abrir un claro donde tumbarse. Beith sacó los víveres que guardaban en una enmarañada raíz de árbol y formó una gran pila de botellas, cazuelas abolladas y tasajo de zorro. Había incluso un viejo violín. Cuando los enanos se acomodaron por fin en torno al fuego, Gus colocó el violín bajo su barbilla y empezó a tocar.

—¡Toca más alto, paliducho! —gritó Gort—. Aún puedo escuchar a esas arpías —y se tapó las orejas con ambas manos.

Frente a él se encontraba Muir, sentado al lado de su hijo Quert, con una mano sobre el hombro del joven enano. Duir y Coll, inmersos en otra de sus discusiones, bebían cerveza y gesticulaban de manera exagerada, aunque con movimientos lentos. Blancanieves estaba sentada junto a Eric, contemplando cómo los enanos se tambaleaban y se empujaban unos a otros mientras bailaban de forma frenética.

Eric rio entre dientes y explicó:

—Cuenta la leyenda que los enanos fueron creados para descubrir todas las riquezas escondidas en el mundo. Pero no solo el oro y las piedras preciosas, sino también la belleza en los corazones de la gente.

Blancanieves se volvió hacia él, preguntándose si aquella frase —*la belleza en los corazones de la gente*— había salido realmente de su boca. Miró lo que había junto a Eric y vio algunos huesos de zorro, pero ninguna botella de ron o grog. Entonces clavó su mirada en el rostro del cazador, y por primera vez notó que sus ojos estaban serenos. Eric hablaba con sosiego y atención, eligiendo las palabras. Llevaba al menos dos días sin beber.

El hombre señaló a Nion. El enano se movía a trompicones y cantaba tan fuerte en la oreja de Gort que este se encogía.

—Me pregunto si habrán perdido sus habilidades, si es que alguna vez las tuvieron. Pero cuando la reina les arrebató las minas, no solo los despojó de sus tesoros, también les robó su orgullo —dijo.

Blancanieves contempló a aquellos hombrecillos. La mayoría estaban borrachos. Coll y Duir peleaban y se aplastaban mutuamente la cara contra el suelo. Gus bailaba y tocaba el violín al mismo tiempo, mientras el sudor le corría por la cara. Resultaba difícil imaginar que en su interior hubiera magia. ¿Cómo podían conseguir que aflorara lo mejor de las personas, si ellos mismos parecían tan infelices?

Cuando Quert alzó la voz para entonar una canción más alegre, Muir se acercó a ellos. Gort tomó la mano del enano ciego y le condujo hasta un viejo tocón, donde se sentó a descansar. Tenía el pelo largo y gris, el rostro arrugado y debía de ser al menos veinte años mayor que el resto. Blancanieves posó su mano sobre la rodilla del anciano para que supiera que se encontraba a su lado.

—Gracias por lo de antes —dijo la muchacha en voz baja—. Por defenderme.

Muir asintió con la cabeza. Sus ojos estaban nublados por una película blanca que le cubría los iris.

—Tu padre era un buen hombre —afirmó—. El reino floreció con él y nuestro pueblo prosperó.

—¿Había más como vosotros? —preguntó Blancanieves.

Muir asintió con la cabeza.

Gort se recostó sobre el tocón, tomó otro sorbo de licor y relató:

—Un día, el grupo que ves ante ti descendió a la mina para trabajar durante un mes. Gus era solo un niño. Cuando regresamos a la superficie... no quedaba nada. La tierra estaba negra. Todo y todos estaban muertos. Habían desaparecido —chasqueó los dedos para indicar la rapidez con que había sucedido.

—Fue un mes después de la muerte de tu padre —añadió Muir.

Blancanieves asintió con la cabeza. Ella también recordaba aquel primer mes. Había oído las explosiones más allá de las murallas del castillo. Los incendios

arrasaban los campos y los soldados de Ravenna reían a carcajadas en el patio, alardeando de las aldeas que habían incendiado y las muertes que habían vengado. En aquel entonces, ella solo tenía siete años, pero supo que el reino nunca volvería a ser el mismo. Lo había sentido en la boca del estómago. Ella nunca volvería a ser la misma.

Muir permaneció sentado junto a Blancanieves hasta que el sol se escondió por el oeste. La muchacha bailó una alegre melodía con Gus, dejando que el joven enano se subiera a sus pies. Luego cantó con Nion y comió lo que quedaba de la carne de zorro, disfrutando de su primera comida de verdad desde hacía algún tiempo. Pero al final de la noche, cuando los enanos se retiraron a dormir, no podía dejar de pensar en lo que Muir había dicho en el bosque. *Está predestinada*. Era el futuro que Anna había predicho, cómo tendría que sacrificarse a sí misma y gobernar el reino. Cuando Anna había pronunciado aquellas palabras, le habían sonado muy extrañas. Blancanieves había pasado su vida como prisionera de la reina, encerrada en una torre del castillo. ¿Cómo podría dirigir a nadie? E incluso si lo intentara, ¿quién la escucharía?

Pensó en la aldea de Anna y en las mujeres que habían huido al bosque, abandonando sus casas envueltas en llamas. Lily no podía dejar de llorar. Ahora, después de todo lo que había visto, la profecía de Anna le resultaba más creíble. No podría soportar que los hombres de Ravenna arrebataran la vida a nadie más. No quería escuchar gritos de mujeres que habían perdido sus hogares, ni ver rostros de niños con cicatrices, desfigurados simplemente para que la reina no se los arrebatara a sus madres.

Miró el denso bosque a su alrededor. Había flores en torno al cazador y, cuando se quedó dormido, su rostro pareció más calmado —atractivo incluso—. Coll y Duir dormitaban espalda contra espalda, como si estuvieran unidos para siempre. A medida que la noche caía, iban surgiendo más criaturas de la espesa arboleda: ardillas, castores y hermosos pájaros que descendían de los árboles.

Dos urracas aletearon delante de Blancanieves y sus alas iridiscentes brillaron a la luz de la luna. En un abrir y cerrar de ojos se transformaron en dos hadas. Las miró fijamente y se dio cuenta de que eran las que la habían ayudado cuando estaba encerrada en el castillo. Ellas la habían salvado.

Se alejaron, haciéndole señas para que las siguiera. Su dulce zumbido llenó el aire. Blancanieves se internó en la espesura en dirección a un intenso resplandor blanquecino que brillaba en la oscuridad, más allá de unas ruinas de piedra. Mientras se aproximaba, el bosque empezó a revelar su magia. Los animales la rodeaban y avanzaban a su lado entre los gigantescos árboles. Los pájaros volaban en formación sobre ella. Y aparecieron conejos y ciervos que la siguieron en una enorme manada.

Pero hasta que no estuvo a solo tres metros de distancia, no pudo distinguir de

dónde emanaba la luz. Bajo un gran árbol había un majestuoso semental blanco, envuelto en un resplandor dorado.

Blancanieves se aproximó al enorme animal y este se inclinó para que le acariciara el morro. Sus oscuros ojos marrones le devolvieron la mirada, como si entendiera todo lo que ella estaba pensando y sintiendo. El caballo acercó la cabeza a la de Blancanieves y ella sintió el cálido aliento del animal en el cuello. Blancanieves se volvió hacia el bosque y vio que los enanos y el cazador se habían despertado y la habían seguido. Estaban distribuidos a su alrededor, contemplando la escena entre los árboles.

Beith sacudió la cabeza con incredulidad.

—Jamás se había visto nada parecido —dijo.

—La está bendiciendo —añadió Muir más allá del luminoso bosque—. Ella es la vida. Ella sanará la tierra. Ella es la elegida.

Blancanieves rodeó el cuello del animal con las manos y sintió una inmensa paz. Al escuchar la profecía en aquel momento y en aquel lugar, le invadió el deseo de actuar. Haría lo que el reino le pidiera. Devolvería la dignidad al trono.

Acarició al caballo y la luz que lo envolvía brilló con mayor intensidad. A su alrededor, flotaban luminosas partículas doradas.

—Con oro o sin oro —dijo Muir a los demás—. A donde ella me guíe, yo la seguiré.

Blancanieves sonrió y reposó la cabeza sobre el cuello del semental. Pero cuando estaba a punto de tocar su hermoso lomo blanco, vio algo con el rabillo del ojo: una flecha que volaba por el aire. Cayó desde arriba y se clavó en el flanco del animal. Asustado, el caballo se encabritó y salió corriendo hacia el bosque, empujándola a su paso. Los demás animales huyeron y los enanos se volvieron con las armas en alto. Sobre la colina, por encima de ellos, se desplegaban los hombres de Finn espada en mano.

Un fuerte viento sopló entre los árboles, dispersando oscuras sombras donde antes había luz. Los enanos se colocaron las máscaras de guerra y aferraron las armas. Eric desenfundó las hachas de su cinturón y empuñó una con cada mano. Blancanieves miró con recelo a los hombres de Finn, recorriendo el rostro de cada uno de ellos. Entonces, se quedó paralizada al distinguir los ojos color avellana que había conocido de niña. William se encontraba entre ellos. Iba a caballo, con la espada desenvainada. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué estaba luchando con ellos?

No disponía de tiempo para asimilar lo que veía. El bruto que había disparado al caballo blanco levantó el arco y colocó una nueva flecha. Apuntó hacia ella y sonrió. Antes de que Blancanieves pudiera moverse, William golpeó al hombre desde su caballo y la flecha salió despedida hacia las copas de los árboles. Gus la agarró de la mano y la arrastró hacia el bosque, lejos de los soldados.

—¡Vamos! —gritó mientras el ejército de Finn descendía hacia ellos.

El zumbido del Bosque Encantado fue sustituido por los gritos de la batalla. Las espadas chocaban entre ellas y los caballos relinchaban a su espalda. Blancanieves continuó corriendo junto a Gus. Miró hacia atrás, por encima del hombro, y vio a William cabalgando entre los árboles. La seguía de cerca y su armadura brillaba a la luz de la luna.

El enano tiraba de Blancanieves y apretaba su mano con tanta fuerza que le hacía daño en los dedos.

—¡Más rápido! —gritó, saltando por encima de ramas caídas y rocas.

Pero Blancanieves no podía retirar los ojos de William. Estaba a unos veinte metros de ellos, tal vez algo más. Se libró de la mano de Gus, se escondió entre los arbustos y esperó a que William estuviera a su alcance. Tan pronto como pasó a su lado, dio un salto y le agarró el brazo con ambas manos. Entonces tiró y William cayó del caballo.

Gus corrió hacia ella y levantó el hacha, dispuesto a descargarla sobre el cuello del muchacho.

—¡Gus, no! —ordenó Blancanieves. El enano se detuvo justo a tiempo, cuando el hacha casi rozaba la piel de William.

La muchacha se quedó quieta junto a él, contemplando el rostro que recordaba de una década atrás. Su ondulado pelo castaño estaba alborotado, igual que cuando era un niño.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella—. Te vi en la aldea.

—Soy yo —dijo él—. William —se incorporó con el pecho agitado, cogió el arco del suelo y reunió las flechas con una mano.

—Lo sé —respondió Blancanieves con voz tensa.

Apenas podía creerlo. El muchacho en el que había pensado todos aquellos años había regresado. La había llamado a gritos la noche que escaparon. Pero ¿estaba allí para ayudarla?

—¿Por qué estás con ellos? —preguntó sacudiendo la cabeza.

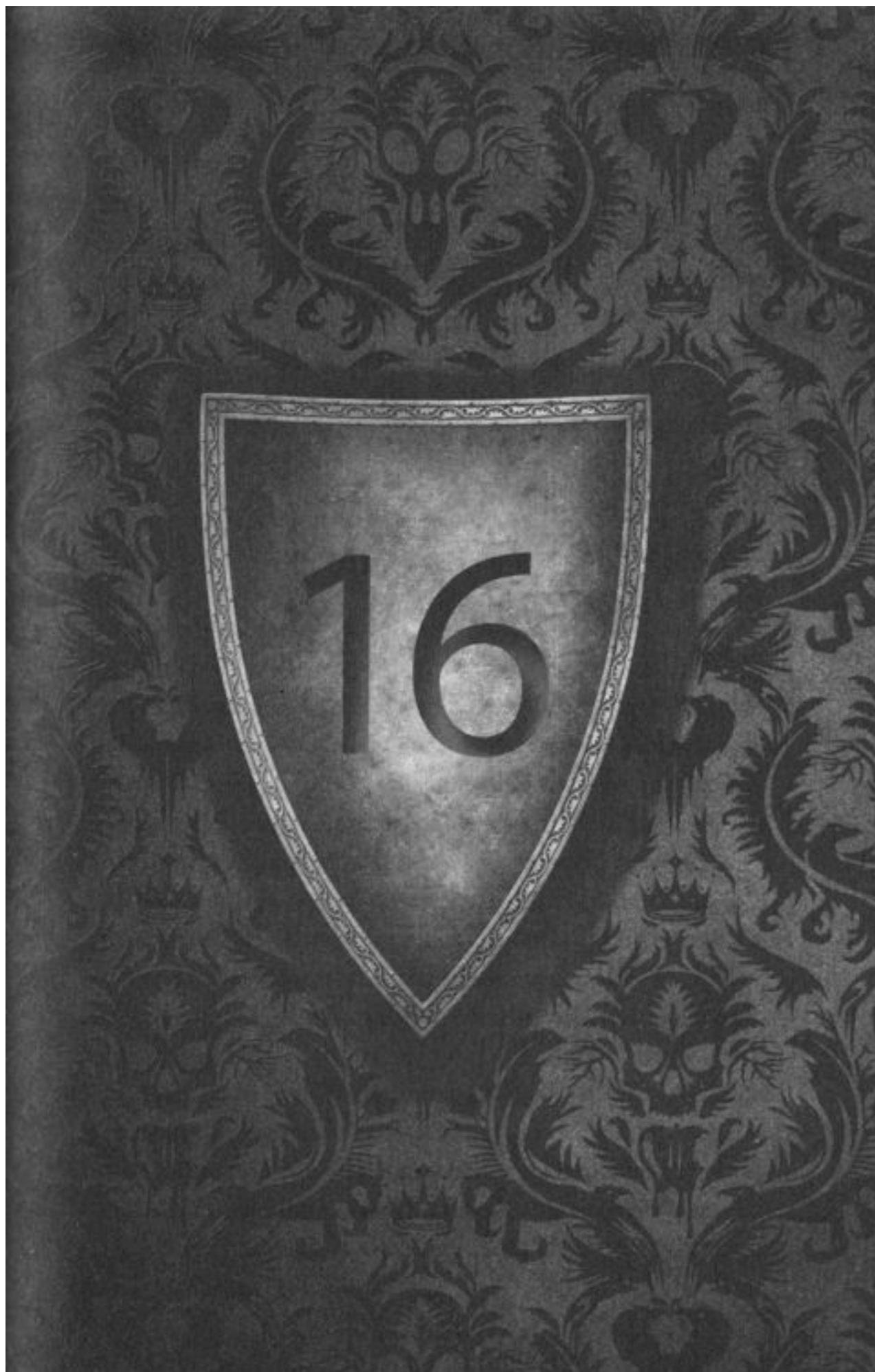
William escudriñó el bosque.

—Llegaron noticias a Carmathan de que estabas viva —explicó—. La reina había capturado a Thomas y a su hijo. Estaban allí cuando tú escapaste. Thomas oyó que habías salido del castillo. Estaba con ellos porque eran los únicos que sabían cómo encontrarte.

—Ella trató de matarme... —comenzó a decir Blanca— nieves con los ojos inundados de lágrimas.

Iba a seguir, pero una rama crujió entre los arbustos cercanos. Se giraron y vieron al gigantesco guerrero que había pretendido dispararle minutos antes. La flecha estaba ya colocada en el arco. Esta vez no fallaría.

Levantó el arma y Blancanieves trató de huir corriendo, pero tras ella había una densa maleza que le bloqueaba el paso. La flecha inició el vuelo. Entonces, Gus se lanzó delante de Blancanieves y recibió el disparo en su pecho. Cayó al suelo, a los pies de la muchacha, retorciéndose de dolor.





Los soldados descendieron hacia ellos. Uno se abalanzó a galope sobre los enanos, con la espada desenvainada. Duir se agachó y la afilada hoja le cortó un mechón de pelo. Otro disparó una flecha al cuello de Eric, pero falló y el proyectil pasó silbando junto a su cabeza. El cazador escudriñó entre los árboles en busca de un único rostro, hasta que lo vio. Finn avanzaba a lomos de su caballo entre los árboles, persiguiendo a Blancanieves. La grasienta cabellera le caía sobre los ojos y tenía un cardenal en la mejilla, donde Eric le había golpeado.

El cazador se lanzó tras él, con las hachas en alto. Acabaría lo que habían empezado en el Bosque Oscuro ya que, mientras Finn siguiera vivo, Blancanieves nunca estaría a salvo. La perseguiría hasta Carmathan, atacaría el castillo del duque e incendiaría sus tierras, no estaría satisfecho hasta conseguir el corazón de la muchacha.

Eric corrió entre la espesa maleza. Las sombras se extendían a su alrededor, secando las hojas y la hierba, marchitando las flores y desperdigando a las hadas por el cielo. Las criaturas del bosque desaparecieron. Los zorros se ocultaron bajo tierra y las tortugas, entre el musgo. Cuando por fin se detuvo, el bosque estaba en completo silencio. No veía a Finn por ninguna parte.

Miró entre los troncos de los árboles, pero la creciente oscuridad dificultaba la visión. De repente, el aire se volvió más frío que antes y su aliento se condensó, formando una nube de vapor delante de su cara. A su espalda, crujió una rama. Eric se volvió rápidamente y vio el caballo de Finn que surgía de entre los árboles. Levantó el hacha, pero el animal pasó galopando sin jinete.

Contempló cómo desaparecía tras la arboleda, y tardó un instante en percatarse de que se trataba de una treta. Se giró al tiempo que Finn se lanzaba contra él desde el bosque. Descargó su espada, pero Eric la esquivó, aunque el filo le rozó el brazo. Notó escozor en el bíceps, bajó la mirada hacia la herida y vio un hilo de sangre que caía sobre la hierba marchita.

Eric no volvió a dudar. Bajó el hacha y corrió hacia su enemigo. Finn tiró de una rama hacia atrás hasta casi romperla y luego la soltó. El grueso tallo rebotó contra el pecho de Eric y le lanzó por los aires, hasta empotrarle contra un gigantesco roble. Se golpeó la cabeza con el enorme tronco y estuvo a punto de quedar inconsciente.

Apenas se podía mover, respiraba con dificultad y le dolía el pecho. La sangre se deslizaba por su brazo y empapaba su camisa, tiñéndola de un rojo intenso.

Eric miró a Finn a la cara. La comadreja sonrió de manera morbosa y satisfecha. Seguramente había deseado verle así, sin fuerzas y con una herida en el costado. Eric alargó las manos hacia las hachas, pero se le habían caído del cinturón. Estaban en el suelo, a unos metros de distancia.

—He capturado a muchas jóvenes —dijo Finn conforme se acercaba a él—, pero tu esposa fue especial.

Eric se incorporó, recuperando de nuevo la fuerza.

—¿Qué has dicho? —preguntó. Dirigió la mirada hacia las hachas tiradas en el suelo, consciente de que no podría recuperarlas sin arriesgarse a una nueva embestida.

Finnladeó la cabeza.

—Primero luchó, y cuando se dio cuenta de que todo había acabado, suplicó. Deberías saber que te llamó a gritos. Tu Sara —dijo con voz sibilina.

Eric apenas podía respirar y sintió cómo una intensa rabia invadía todo su cuerpo. Finn estaba mintiendo —era imposible que hubiera estado allí—. Los vecinos pensaron que había sido un saqueador de otra aldea. Eso le habían contado a su regreso. Entonces, ¿por qué Finn decía lo contrario? ¿Por qué jugaba con él?

—¿Cómo sabes su nombre? —gritó Eric. Miró por encima del hombro de Finn y distinguió un árbol caído. Sus raíces muertas sobresalían del suelo. Las sombras lo habían matado desde el interior, dejando las raíces secas y afiladas, muy parecidas a las lanzas de madera que Eric utilizaba para cazar.

—Ella me lo dijo —susurró Finn—. Justo antes de degollarla.

Eso era todo lo que Eric necesitaba escuchar. De repente, recordó aquel día y se desmoronó. Le habían cortado el cuello —aquel hermoso cuello que había sostenido tantas veces entre sus manos— y, en torno a la herida, había quedado la sangre negra y reseca. Eric había recorrido su vestido con los dedos y había notado otra herida en su costado, por debajo de las costillas. No había dejado de contemplar su rostro, preguntándose qué monstruo podía herir a una mujer de aquel modo. ¿Qué clase de hombre sin alma y sin escrúpulos podía arrebatarse la vida a Sara?

Ahora lo sabía.

Se abalanzó sobre Finn sin miedo a la espada que aquel ser repugnante sujetaba en la mano, con una hoja tan afilada que podía decapitarle. Simplemente bajó el hombro mientras corría y descargó un golpe en el vientre de Finn. Salieron volando hacia el árbol con las raíces al aire. Finn cayó sobre ellas con violencia y las afiladas agujas de madera se hundieron en su piel. El bastardo aulló de dolor.

Sus alaridos incrementaron la rabia de Eric. *Este hombre mató a Sara*, siguió pensando mientras empujaba los hombros del monstruo, empalándole en las

gigantescas raíces del árbol. No se detuvo hasta que las vio aparecer en su pecho. Finn se retorció de dolor, intentaba escapar, pero Eric le sujetaba.

—¡Hermana! —exclamó Finn, inclinando la cabeza hacia atrás—. ¡Cúrame, hermana!

Las sombras giraban a su alrededor y un humo negro rodeaba los extremos de las afiladas agujas de madera, en un intento de cerrar las heridas, pero era imposible. Las raíces las mantenían abiertas. Finn sangraba, con la carne desgarrada por la madera.

La nube negra seguía girando.

—¿Hermana? —suplicaba entre jadeos.

Pero Eric no soltó sus hombros y siguió empujándole, contemplando cómo moría, cómo brotaban lágrimas en sus ojos. Ese hombre le había arrebatado a su esposa. ¿Sería capaz de amar de nuevo a alguien tanto como a ella?

Había conocido a Sara un día de feria, en la aldea. Llevaba unos diminutos capullos de rosa prendidos en su moño de trenzas y había estado bailando con otros muchachos. Fue su risa lo que le enamoró, aquella risa alegre y optimista que había invadido el ambiente y contagiado a todos a su alrededor.

—Tú te la llevaste —susurró Eric, contemplando cómo la luz abandonaba los ojos de Finn—. Tú asesinaste a mi esposa.

Una vez que Finn estuvo muerto y su cuerpo quedó inerte sobre las raíces del árbol, Eric se volvió. No se sentía fuerte, ni valiente. Tampoco estaba complacido consigo mismo, ni exaltado por lo que había hecho. Sin embargo, la muerte de Finn le proporcionó consuelo, aunque, por una vez, no para su propia vida. Eric pensó en Blancanieves.

Quizá la desaparición de Finn significara que a partir de ese momento Blancanieves podía ser libre. Quizá pudiera vivir en paz en Carmathan.

Cuando regresó al bosque, todos los hombres de Finn yacían sin vida. Los enanos, unos fieros guerreros, habían acabado con ellos uno tras otro. Eric divisó a Blancanieves y a los demás arremolinados en torno a alguien. Al aproximarse, descubrió que se trataba de Gus, el más joven de todos. Su rostro estaba pálido. La flecha seguía alojada en su pecho, justo encima del corazón.

El cazador miró a su alrededor y contó al resto de los enanos para asegurarse de que no faltaba ninguno. Fue entonces cuando notó la presencia de un joven acucillado entre ellos.

No tendría más de diecisiete años. Eric habría jurado conocerle, aunque no estaba seguro de qué.

—¿Quién es este? —preguntó.

El muchacho se puso en pie y sacó pecho como un pavo real; intentaba parecer más corpulento de lo que era.

—Me llamo William —dijo—. Soy hijo del duque Hammond.

Eric sacudió la cabeza. *El duque*. El cobarde que había permanecido oculto en Carmathan todos aquellos años. Por supuesto, aquel era su hijo.

—¿Qué hace el hijo del duque cabalgando con los hombres de la reina? —preguntó, mientras miraba a los enanos en busca de una respuesta. Coll y Duir estaban acurrucados junto a Gus, demasiado apenados para contestar.

William se adelantó.

—Estaba buscando a la princesa —respondió.

—¿Por qué? —ladró Eric. Ya tenían suficientes problemas y no necesitaban a ningún aspirante a soldado siguiéndolos.

William colocó la mano sobre la empuñadura de su espada.

—Para protegerla —contestó con orgullo.

Eric no pudo evitar reírse.

—La princesa está bien protegida, como puedes ver —afirmó señalando a los siete enanos con sus arcos y cuchillos.

William miró a Eric de arriba abajo.

—¿Y tú quién eres? —preguntó desafiante.

—El hombre que la trajo hasta aquí, *mi señor* —Eric escupió aquellas palabras, enojado por el sentido del derecho de aquel muchacho. Era solo un niño. Se adelantó hasta colocarse a unos centímetros de su cara.

Blancanieves alzó la vista. Su mano reposaba sobre el pecho de Gus y tenía el rostro surcado de lágrimas.

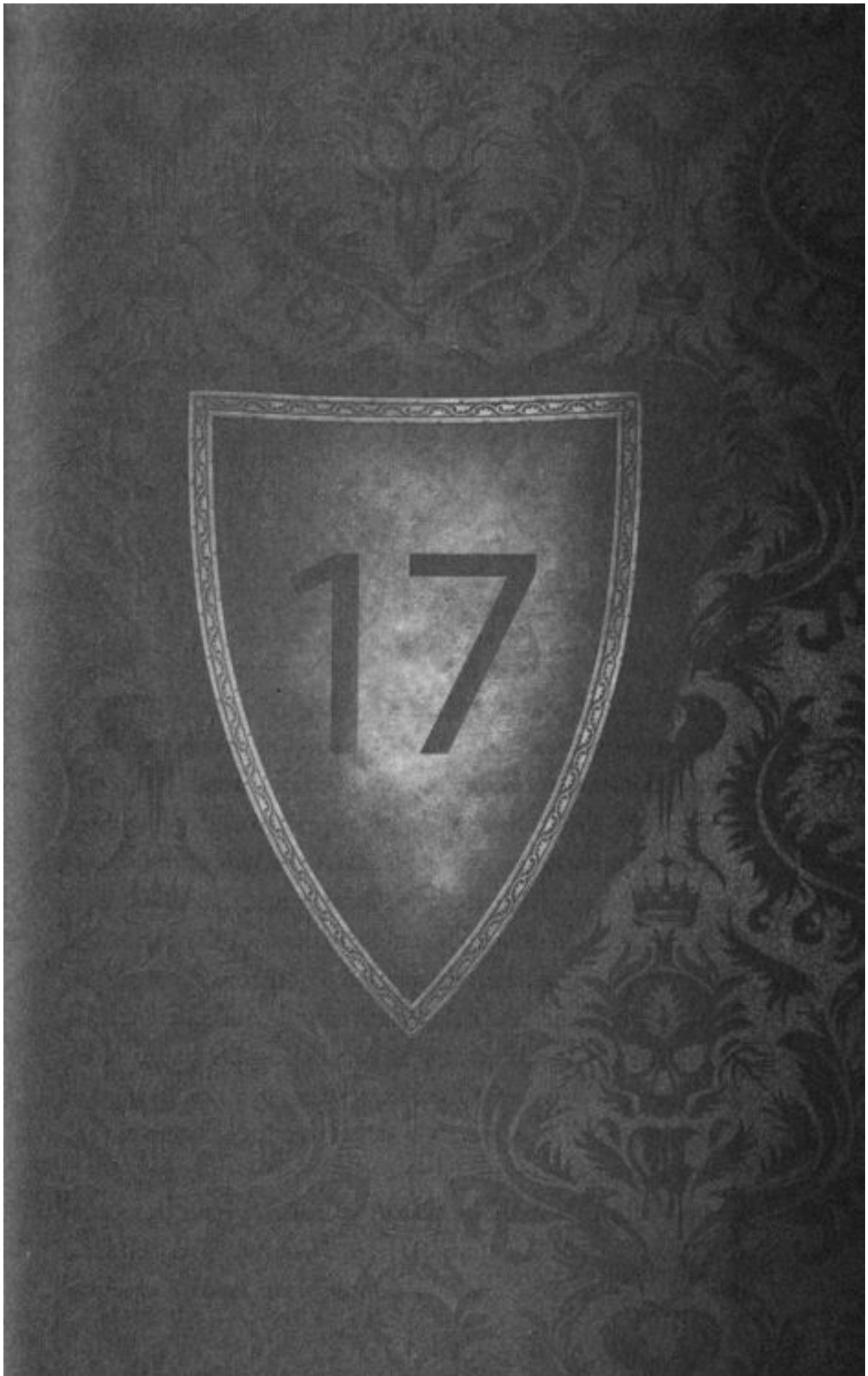
—Déjale, cazador —dijo suavemente—. Es nuestro amigo.

Luego agachó la cabeza y sus lágrimas empaparon la camisa de Gus. Eric retrocedió con la cara entre las manos y los enanos iniciaron un cántico funerario, con los rostros crispados y tristes. Cantaron en voz alta melodías de amor y amistad, de vida y muerte. Las canciones inundaron el bosque en ruinas, pero nada podía calentar el ambiente. Los animales permanecieron bajo tierra. Las hadas habían desaparecido. La nube negra que había descendido sobre ellos permanecía allí, rodeándolos con sus oscuras volutas.

Cuando el cántico terminó, Coll y Duir acarrearón brazadas de leña para encender la pira funeraria. Quert colocó un montón de piedras en el suelo, en forma de rectángulo, para construir el lecho sobre el que descansaría Gus. Trasladaron su diminuto cuerpo y amontonaron ramas secas sobre él, entrecruzándolas hasta que desapareció bajo la leña. Beith golpeó un trozo de pedernal y encendió la hoguera.

Permanecieron todos juntos, contemplando cómo ardía. Las llamas fueron creciendo y los troncos estallaban y chisporroteaban a medida que eran devorados. Algunos enanos rompieron a llorar. Eric no sabía quiénes, pues lo único que escuchaba eran los sollozos de Blancanieves, cuya tristeza era suficiente para hacerle sentir escalofríos. La contempló de perfil, deseando poder librarla de aquel dolor. A

medida que la noche caía, el pesar del grupo no hacía más que aumentar. Ese no era el final de la batalla, sino el principio.





Ravenna estaba tumbada en la cama, observando el dorso de su mano. Por fin había vuelto a su estado normal: las manchas oscuras de la edad habían desaparecido y la horrible piel arrugada acababa de recuperar su tersura y suavidad. Posó sus delicados dedos sobre el esternón, esperando que su respiración se atenuara. Había transcurrido una hora desde la muerte de Finn, el periodo más largo de tiempo que había tenido que esperar para sentirse de nuevo joven.

Había necesitado dos muchachas. No una, sino dos. Y las había consumido rápidamente y con avidez, absorbiendo la energía de sus pequeñas y dulces bocas, sintiendo cómo se llenaba de pies a cabeza. Había recuperado su fuerza, aunque la belleza, el suave pelo y la tersa piel de porcelana de aquellas jóvenes no eran suficientes. Aún le invadía una profunda pena y sentía un gran vacío bajo las costillas. Notaba como si le hubieran arrancado el interior.

Su único hermano. ¿Qué significaban el uno para el otro? Eran los únicos que recordaban aquel día en el campamento, cuando las tropas del rey irrumpieron en los carromatos. Jugaban en el bosque, corriendo detrás de los árboles, escondiéndose. Finn era la única persona, aparte de ella, que conocía el rostro de su madre.

Ravenna estaba en la bañera cuando oyó el primer alarido de su hermano. Se encontraba sumergida en leche, dejando que el suave líquido cubriera cada centímetro de su piel y la suavizara. Aquel agudo grito retumbó en su interior, como si Finn estuviera en la misma habitación que ella. Se retorció y se agitó, al sentir cómo las afiladas raíces del árbol se hundían en su espalda. El cazador agarraba sus hombros como había hecho con los de Finn y la empujaba sobre los cuchillos de madera. Notó cómo se rasgaban los tejidos en el interior de su pecho. El dolor la invadió con tal intensidad que tuvo que encoger los dedos de los pies y apretar los puños.

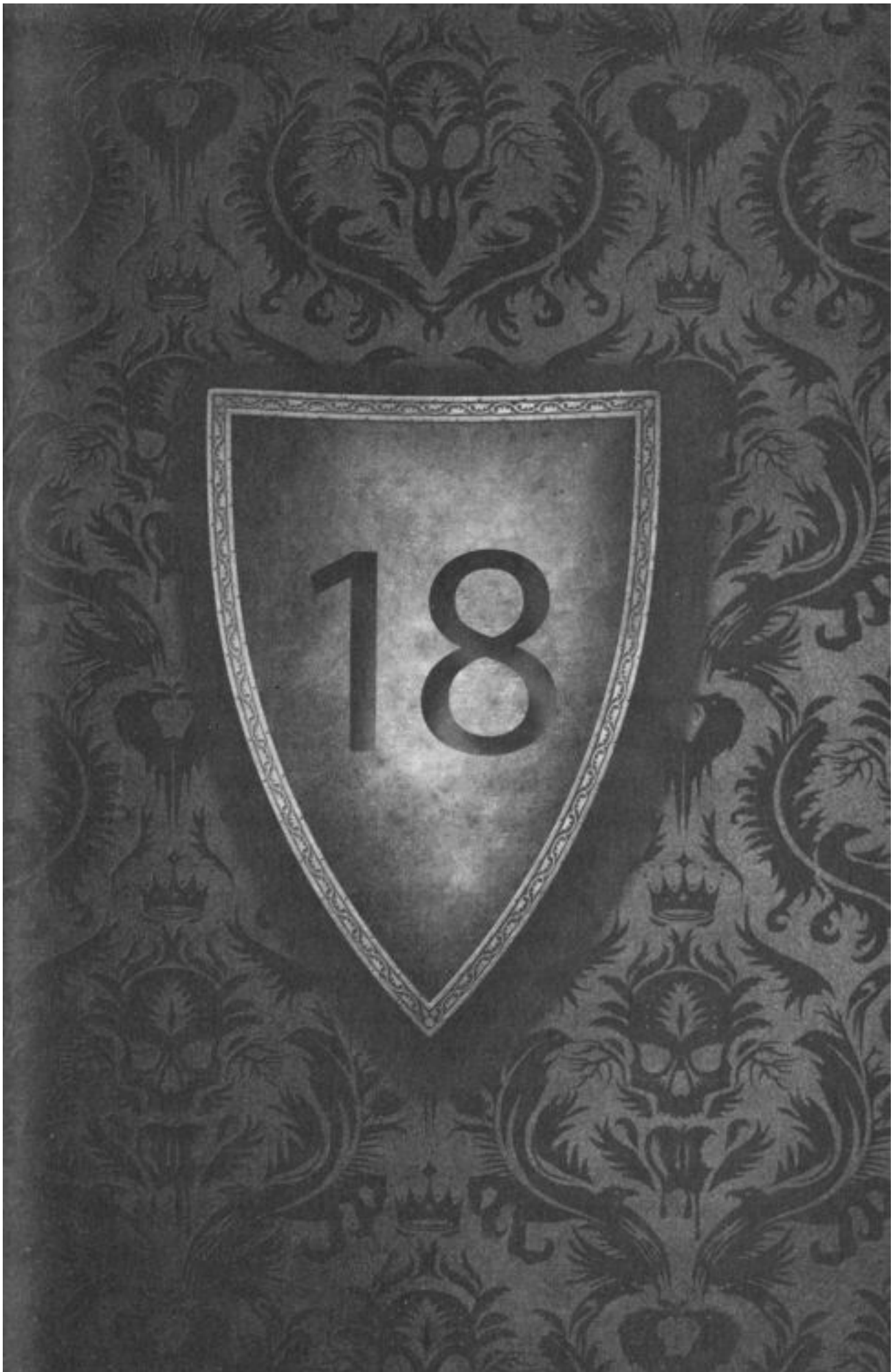
Lo intentó con todas sus fuerzas. Concentró todo el poder que su madre le había regalado y lo canalizó hacia Finn, tratando de transmitirle el vigor para luchar. Cuando eso no funcionó, probó a cerrarle las heridas. Pero con las raíces del árbol incrustadas en su carne, era imposible. Se fue debilitando poco a poco, con cada segundo que pasaba. Su cuerpo envejeció. Su pelo se tornó blanco. La piel de su rostro se arrugó y quedó flácida.

—Perdóname, hermano —susurró finalmente, cuando parecía que aquellas heridas le arrebatarían la vida a ambos. Tenía que cortar su unión. No podía seguir luchando.

Tamborileó con los dedos sobre su esternón, sabiendo lo que debía hacer. Estaba sola. Sin su hermano, nadie seguiría a la muchacha a través del Bosque Oscuro y más allá, lucharía con el cazador y aquellos desagradables enanos, y acabaría atrapándola; nadie. Si aún quería el corazón de Blancanieves, tendría que conseguirlo ella misma...

Se puso en pie y formuló un conjuro. Pronunciaba las palabras en voz tan baja que apenas resultaban audibles, más bien parecía un zumbido quedo e irregular. En el exterior del castillo, unos pájaros graznaron en los árboles. Un cuervo se lanzó en picado y chocó contra el delgado cristal de la ventana. En torno al lugar donde el pájaro había golpeado se abrió una diminuta grieta que resquebrajó el vidrio.

En unos segundos, otro pájaro surgió de los árboles. Arremetió contra la misma ventana y el impacto le rompió el pico. Después otro pájaro y luego otro se lanzaron hacia la ventana hasta que el cristal se hizo añicos y los pedazos se esparcieron por el suelo de piedra. Los primeros pájaros de la bandada entraron en el salón del trono y volaron en torno a la gran estancia, sumergiendo a Ravenna en un gigantesco remolino. Acudieron más pájaros desde los árboles y entraron por la ventana rota, hasta que la reina desapareció tras ellos. Tenía los brazos en alto y la cabeza inclinada hacia atrás. Y si alguien hubiera podido verla entre aquella horrible masa de plumas, habría descubierto que estaba sonriendo.





Durante la siguiente jornada nadie mencionó el nombre de Gus. Recorrieron kilómetros de colinas yermas, cruzaron arroyos de aguas poco profundas y atravesaron campos de flores muertas, siempre con los enanos al frente y el cazador y William cerrando la marcha. El sol se estaba poniendo cuando alcanzaron la falda de las abruptas montañas. La fortaleza del duque se encontraba en el valle situado tras ellas. No podía estar a más de dos días de caminata.

Blancanieves avanzaba detrás de Coll y Duir. Mantenía los ojos fijos en el suelo, sin poder creer lo que había sucedido. Recordaba el rostro de Gus allí tumbado, sobre las hojas marchitas. Su respiración se había vuelto áspera y agitada, hasta que poco a poco se apagó. Se había sacrificado para que ella pudiera seguir viva. Después, al enfrentarse con las consecuencias, Blancanieves deseó que no lo hubiera hecho. Ojalá la flecha la hubiera alcanzado a ella. Se sentía demasiado culpable. En las últimas horas, se había preguntado qué pensarían los demás enanos. ¿La culpaban? ¿Deseaban en secreto no haberse topado con ella aquel día en el bosque?

Blancanieves se limpió los ojos, tratando de alejar la imagen de Gus de su mente. Tardó un momento en darse cuenta de que William se había colocado junto a ella. La miraba sin parpadear, con el rostro consternado.

—¿Qué sucede? —preguntó al sentir que algo iba mal.

William volvió la vista hacia el cazador, calculando a qué distancia se encontraba.

—Lo siento —dijo casi en un susurro—. Siento haberte abandonado —se frotó la frente y los ojos se le empañaron de lágrimas.

—Tú no me abandonaste —respondió Blancanieves, al tiempo que cogía su mano.

—Si hubiera sabido que estabas viva, habría acudido antes en tu busca —dijo el hijo del duque a la vez que sacudía la cabeza.

Los enanos se internaron en la arboleda. Coll y Duir descargaron sus zurroneos detrás de unas rocas. Los demás los imitaron y levantaron el campamento.

Blancanieves se detuvo en el límite del bosque y miró a William, la vista fija en sus ojos color avellana. Ni una sola vez, durante todos los años que había permanecido en la torre, le había culpado de lo sucedido. Cuando la soledad estaba a punto de volverla loca, cuando no podía soportar los insectos que subían por las

paredes ni el sonido de las explosiones en la distancia, pensaba en él. William estaba allí, con ella. Aquellos recuerdos eran lo único que la había mantenido viva.

—Éramos unos niños, William —dijo—. Ahora estás aquí —añadió apretando su mano.

Blancanieves observó el campamento. Los enanos estaban amontonando troncos caídos y ramas podridas. Trabajaban en silencio, sin mirarse a los ojos, aún atenazados por la tristeza del día. La muchacha avanzó hacia ellos, mientras indicaba a William que la siguiera. No merecía la pena echar la vista atrás, disculparse por lo que había sucedido o preguntarse qué podía haber sido diferente. ¿Quién era capaz de decir lo que debería haber hecho cualquiera de ellos? Se había estado torturando al pensar en el ataque del día anterior. ¿De qué servía? Lo único que sentía era un doloroso nudo en la boca del estómago.

Se arrodilló junto a William y comenzó a arrancar musgo seco para utilizarlo como yesca. El la imitó, trabajando en silencio, con el rostro más relajado que antes. La joven miró al cielo que se iba oscureciendo. Sobre ellos, una bandada de cuervos volaba en círculos. Aún necesitaban otro día o dos para alcanzar Carmathan, y Ravenna no tardaría en acudir en su busca. Debían vigilar tanto la retaguardia como el frente.

Blancanieves se sentó al borde del campamento, escuchando el coro de ronquidos a su espalda. Los enanos se habían quedado dormidos rápidamente, al igual que William y el cazador. Horas después, seguía despierta, con una sensación de inquietud que le invadía todo el cuerpo. Escudriñó el bosque a su alrededor. El sol comenzaba a aparecer en el horizonte, iluminando el cielo con un extraño brillo anaranjado. ¿Sabía Ravenna que Finn estaba muerto? ¿Podía sentirlo? La chica pensó de nuevo en cómo había visto a Rosa en su celda. El rostro se le había llenado de arrugas y manchas, y tenía los hombros encorvados. Ravenna disponía de unos poderes que nadie más poseía. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la reina la encontrara?

Unas hojas crujieron tras ella. Se irguió y acercó la mano al cuchillo que llevaba en el cinturón. Rodeó la empuñadura con los dedos y se volvió, apuntando el arma hacia delante. Frente a ella estaba William, con el pelo castaño alborotado de dormir.

—Soy yo —dijo él, y mantuvo las dos manos en alto hasta que Blancanieves bajó el cuchillo y lo enfundó de nuevo—. Ven. Pasea conmigo —rogó mientras se alejaba del campamento para asegurarse de que el cazador no podía escucharlos. Se pasó la mano por el pelo tratando de alisárselo.

No tardaron en adentrarse en las profundidades del bosque, completamente solos. A su alrededor se alzaban unos abedules y una ligera capa de nieve cubría el suelo.

—Aquí arriba es como si nada hubiera cambiado. El mundo parece hermoso otra vez —dijo Blancanieves, moviendo la cabeza con incredulidad. Su voz sonaba más

tranquila ahora que William estaba a su lado. Simplemente se sentía un poco menos sola.

—Lo será. Cuando te conviertas en reina —respondió William. Blancanieves se volvió hacia él, sin saber por qué había dicho aquello. ¿Por qué todo el mundo estaba tan seguro de que derrotarían al ejército de Ravenna? ¿Es que no conocían su magia? —. Los habitantes de este reino odian a Ravenna con toda su alma —añadió él convencido.

Ella sacudió la cabeza y recordó lo que la reina le había dicho el día de su boda: que estaban unidas la una a la otra.

—Es extraño... —empezó—, pero solo siento pena por ella.

William ladeó la cabeza con curiosidad.

—Una vez que el pueblo descubra que estás viva, se levantará en tu nombre. Tú eres la hija del rey, y la legítima heredera.

—¿Cómo se supone que voy a hacerlo? ¿Cómo les inspiraré confianza? —preguntó Blancanieves—. ¿Cómo voy a dirigir a los hombres?

Gus había muerto por su culpa. Ella le había pedido a los enanos que la llevaran a Carmathan. ¿Cómo podía responsabilizarse de muchas más vidas cuando ya le había fallado a un hombre?

William sonrió y la miró fijamente.

—Del mismo modo en que me dirigías a mí cuando éramos niños —dijo—. Yo te seguía a todas partes, corría cuando tú me llamabas. Habría hecho cualquier cosa por ti.

La muchacha se volvió, sentía que las mejillas le ardían.

—No es así como yo lo recuerdo —comentó. ¿No era ella la que había seguido a William a lo alto del manzano aquel día? Él siempre le estaba tomando el pelo, diciéndole que corriera más deprisa, quejándose de que no fuera un chico. Él quería a alguien con quien levantar piedras y cazar en el patio del castillo—. Recuerdo que estábamos siempre discutiendo. Y peleándonos, y... —habría continuado, pero William la estaba mirando de forma apasionada, buscando en su rostro algo oculto.

Se inclinó hacia ella, tanto que Blancanieves podía sentir su aliento en la piel. Sonrió con las mejillas ruborizadas. Tenían los labios muy cerca el uno del otro. Entonces sacó algo del bolsillo y lo levantó. Blancanieves bajó los ojos hacia la manzana. Su piel blanca y roja no tenía ni una sola marca. William se la acercó lentamente, con una picara sonrisa en los labios.

—Conozco este truco —dijo ella entre risas, recordando el juego de su infancia.

—¿Qué truco? —preguntó William. Colocó la manzana a solo unos centímetros del rostro de Blancanieves para animarla a que la cogiera.

La joven sonrió. Después de todos aquellos años, él se acordaba. Se preguntó si William habría pensado tan a menudo en ella como ella en él. Tal vez, de algún

modo, aquellos recuerdos le habían mantenido vivo a él también. Le arrebató la manzana de la mano y, antes de que él pudiera recuperarla, mordió la delgada piel y dejó que el dulce zumo se deslizara por su garganta.

William entrecerró los ojos. Había algo extraño en su sonrisa. La miraba masticar y reía mientras ella tragaba. Blancanieves sintió un fuerte dolor en el pecho. Algo horrible estaba sucediendo. William la observaba mientras ella jadeaba, tratando de coger aire, y entonces su rostro le pareció más familiar que antes. Blancanieves se tambaleó y se derrumbó sobre la nieve.

Tenía el cuerpo entumecido. Miró al cielo e intentó mover los dedos de las manos o de los pies. Era inútil. Sentía el cuerpo pesado como el plomo. Ni siquiera podía parpadear. El rostro de William apareció frente a ella, con el pelo cayéndole sobre los ojos, que en ese momento eran de color azul intenso. En ese momento, Blancanieves se dio cuenta de que no se trataba de William, sino de ella. Ravenna la había encontrado después de todo.

—Ves, pequeña —dijo la reina. El rostro de William se metamorfoseó, revelando los labios carnosos que Blancanieves había admirado cuando era una niña y la pequeña y delicada nariz de Ravenna—. La sangre de la más bella hace surgir el hechizo, y solo la sangre de la más bella puede romperlo. Tú eras la única que podía acabar con mi vida, y la única suficientemente pura para salvarme.

Blancanieves sentía el corazón palpitando en sus oídos. La vestimenta de Ravenna cambió. Llevaba puesta una capa negra cubierta con plumas de cuervo que crujían en torno a sus pronunciadas mejillas, formando un cuello alto. Metió la mano bajo la prenda y sacó una daga con joyas incrustadas. La deslizó a lo largo del esternón de Blancanieves, señalando el lugar donde se encontraba su corazón. La muchacha abrió la boca para gritar, pero no salió ningún sonido.

Ravenna se inclinó y acercó los labios al oído de Blancanieves.

—No te das cuenta de lo afortunada que eres. Nunca sabrás lo que es envejecer.

A lo lejos, Blancanieves oyó el crujir de unas pisadas sobre la nieve. La reina alzó los ojos, asustada. Levantó la daga sobre el pecho de Blancanieves, dispuesta a clavarla en su esternón, pero se transformó al instante en una densa bandada de cuervos. Sobre Blancanieves, el cielo se llenó de pájaros negros que volaban en círculos alrededor de su cuerpo. Cayeron plumas cubiertas de sangre al suelo. Algunos pájaros graznaron estrepitosamente, otros desaparecieron entre los árboles.

Blancanieves pudo ver las hachas ensangrentadas del cazador balanceándose entre la bandada.

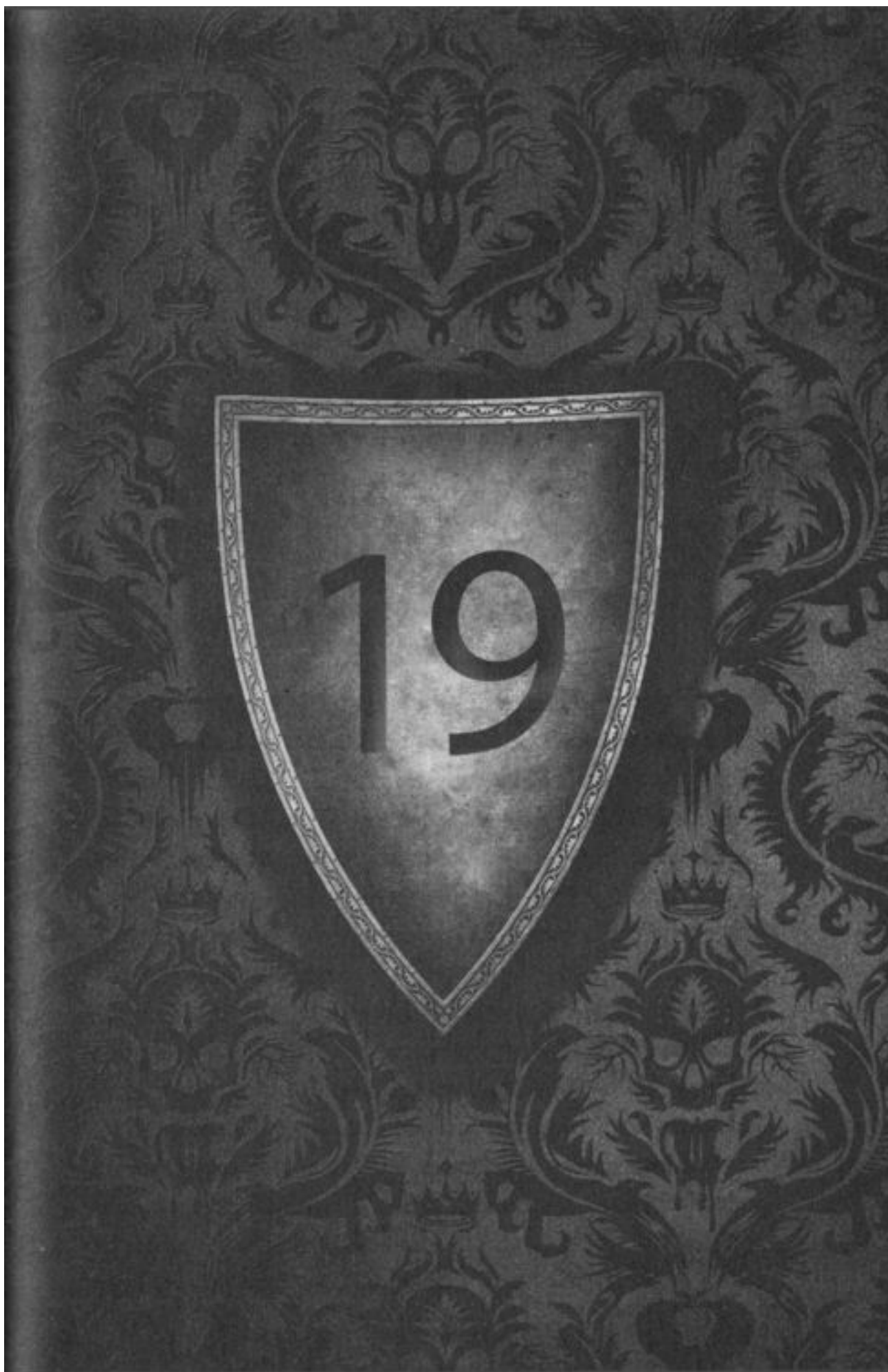
Apareció William y empezó a despedazar pájaros con la espada. Los cuerpos muertos caían sobre la nieve, en torno a ella. Los enanos también acudieron corriendo al oír los gritos de Eric y del muchacho. Los hombres continuaron golpeando el aire hasta que todas aquellas malvadas criaturas desaparecieron. Blancanieves notó que se

le nublaban los ojos y le temblaban las pestañas. Sintió cómo la llamaban, pero sus voces le parecieron muy lejanas y las palabras le llegaron entremezcladas, como un extraño y quedo zumbido.

William se arrodilló junto a ella y sostuvo su cabeza entre las manos. Blancanieves no sentía sus dedos sobre la piel. Él movía la boca, pero ella no escuchaba nada. Fijó la mirada en el rostro de William y contempló cómo se llenaba de dolor.

Él la besó, pero Blancanieves no sintió sus labios. Era como si estuviera besando a otra persona, mientras ella le observaba a lo lejos. El joven se enderezó, articuló el nombre de la muchacha, llamándola de nuevo, y unió su boca otra vez a la de ella. Pero no surtió ningún efecto.

Blancanieves abandonó el mundo tan rápido como había llegado a él, y todo a su alrededor se volvió negro.





Eric permaneció en pie junto a la puerta del frío mausoleo, con una botella en la mano. Era extraño ver a la muchacha de aquel modo, tan quieta y callada, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se encontraba tumbada sobre un gran bloque de piedra, como si estuviera simplemente descansando, disfrutando de un largo sueño. Si no fuera por la palidez de su rostro y sus labios amoratados, no habría creído que estuviera muerta.

Así que, después de todo, la había guiado hasta allí. Había cumplido su palabra, casi a pesar suyo, y la había conducido hasta el castillo del duque. No obstante, nunca había imaginado llegar de aquel modo. La habían transportado a través de la nieve hasta la fortaleza, para entregársela finalmente al duque. El muchacho, William, había explicado a su padre lo sucedido. Ravenna se la había arrebatado. De algún modo, los había alcanzado durante la noche. Había llegado al campamento donde dormían y la había asesinado. De algún modo, no habían notado su presencia hasta que fue demasiado tarde.

Eric tomó otro trago de grog, disfrutando de aquella familiar sensación ardiente en la garganta. Había visto cómo la población se reunía en el castillo del duque para velar el cadáver. Las madres habían acudido acompañadas de sus hijos. Les habían arrebatado de nuevo a la princesa que habían dado por muerta. Varios hombres con lágrimas en los ojos se habían acercado a ella, se habían arrodillado delante de su cuerpo y habían rezado. Ella representaba algo para aquella gente —así lo demostraba la profunda pena que sentían—. No habían conocido a la hija del rey y nunca habían contemplado su sonrisa, ni la airada expresión que adquirirían sus ojos cuando alguien osaba desafiarla, pero aquello era un final también para ellos.

El duque había explicado a su hijo que no tomarían represalias, que no habría guerra en honor a Blancanieves. Era un cobarde —Eric siempre lo había pensado—. ¿Cuánta gente tendría que morir todavía a manos de la reina antes de que él contraatacara? ¿Cuál era el fin de un ejército, aunque fuera pequeño, sino luchar?

Se acercó a la muchacha y bebió el último trago de licor, deseando que le adormeciera aún más.

—Aquí estás —dijo, y su voz retumbó en la fría estancia—, donde todo termina. Tan hermosa con ese vestido.

Se colocó junto a ella y percibió la rigidez de sus dedos. Le resultaba muy doloroso verla así, igual que Sara, tan despojada de toda realidad. Blancanieves estaba justo a su lado cuando él se dispuso a dormir. La había contemplado mientras descansaba contra una roca, absorta en sus pensamientos, peinando su enmarañado pelo con los dedos. Había sido su última imagen justo antes de adormecerse.

¿Cómo era posible que no hubiera oído a Ravenna? ¿Y por qué no le había atacado a él primero, el hombre que había asesinado a su hermano? Se odiaba por haber permitido que aquello sucediera. Se había despertado sobresaltado, con la sensación de que algo terrible estaba ocurriendo. Se internó en el bosque y corrió a toda velocidad entre los abedules al ver a Ravenna sobre Blancanieves. La reina se transformó tan pronto como él la golpeó con el hacha.

—Estás dormida —dijo con desesperación, tomando otro trago de la botella—, a punto de despertar y echarme una nueva reprimenda. ¿No es así?

Alargó el brazo y suspendió la mano sobre las de Blancanieves, temeroso de tocarla. Lentamente, posó la palma, sintiendo la frialdad del cuerpo. Pellizcó la manga del vestido que le habían puesto, de color rosa y bordado con cuentas. Era tan recargado y femenino que, por alguna razón, Eric imaginó que ella lo habría detestado.

Tragó saliva. A Blancanieves no le hubiera gustado verlo derrotado, no por aquello, no por ella.

—Merecías algo mejor —dijo con dulzura.

Contempló el rostro de la muchacha. Habían peinado su negra cabellera en tirabuzones y alguien había colocado una rosa detrás de su oreja, aunque se estaba marchitando.

—Era mi esposa —dijo Eric, hablándole como si estuviera viva. Las palabras fluían más fácilmente gracias al grog—. Esa era la pregunta a la que no te contesté. Se llamaba Sara.

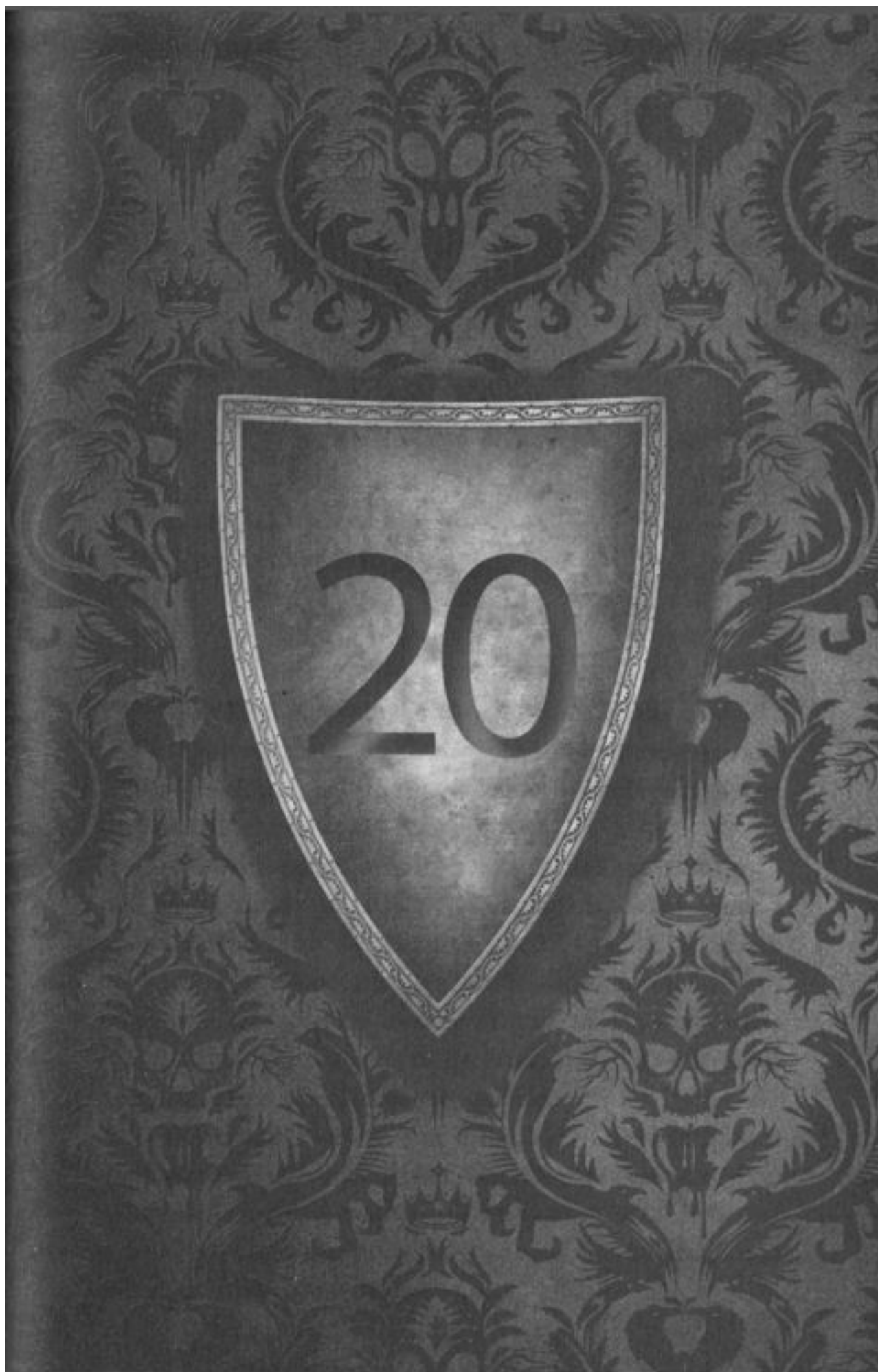
Cuando volví de la guerra, traje conmigo el hedor de la muerte y la rabia de la pérdida. No valía la pena que me salvaran, pero ella lo hizo de todas maneras. La amé más que a nada o a nadie. Pero la perdí un instante de vista y desapareció —Eric inclinó la cabeza—. Volví a ser yo mismo. Alguien del que nunca me ocupé. Hasta que te conocí. Me recuerdas a ella. Su espíritu, su corazón. Y ahora tú te has marchado también —balbuceaba y notaba cómo se le iba formando un nudo en la garganta—. Ambas merecáis algo mejor. Y siento haberte fallado a ti también.

La llama de la antorcha arrojaba un cálido reflejo sobre el rostro de Blancanieves. Eric alargó la mano y le retiró un mechón de pelo de la frente.

—Ahora serás reina en el cielo —se inclinó y posó sus labios sobre los de ella, solo un instante. Aquel gesto le calmó. Luego se volvió y tiró la botella al suelo. Sí, estaba bebiendo de nuevo, y no dudaba que aquello tampoco le habría gustado a

Blancanieves.

Abandonó la estancia de piedra y sus pisadas resonaron contra las paredes. El cazador no miró atrás. Si lo hubiera hecho y hubiera contemplado a la muchacha, habría descubierto el tenue color que regresaba a sus mejillas y un leve movimiento en sus párpados. Los labios de Blancanieves se separaron ligeramente. Luego, tomó una suave bocanada de aire, apenas audible en la gigantesca tumba.





Eric llegó a la puerta justo después del amanecer. Sentía punzadas en la cabeza desde la noche anterior. Los viejos dolores habían regresado y la sangre le palpitaba en los puntos de las heridas.

—¡Abrid la puerta! —gritó a los soldados apostados encima. Tuvo cuidado de no mirarlos directamente, por temor a que le reconocieran—. ¡Abrid la puerta! —aulló de nuevo, pero esta no se movió. Alzó la vista. Los hombres estaban mirando a lo lejos, hacia el camino del castillo. Un joven venía tras él. Caminaba lentamente, agobiado por el peso del saco de arpillera que sujetaba entre las manos.

—¡Cazador! —el joven le llamó y Eric bajó la cabeza. Durante el cortejo fúnebre había actuado con cautela, manteniendo los ojos en el suelo y cubriéndose los lados de la cara con el pelo. Hacía menos de doce horas que estaba allí, ¿cómo se habían dado cuenta de quién era?

El joven corrió hacia él. Llevaba puesta una camisa blanca de hilo y unos pantalones limpios y tenía el pelo negro peinado hacia un lado. Eric se acordaba de ese hombre, era uno de los administradores del duque. Percy... ¿no se llamaba así?

—Sí, te he reconocido —dijo Percy e inclinó la cabeza, como si se disculpara.

Eric suspiró y levantó las manos.

—Mira, si quieres... —comenzó.

—No tenemos nada contra ti —dijo el joven—. Ya no. Nos devolviste a la princesa y por eso... —depositó el saco en las manos de Eric, que lo agarró e identificó de repente su contenido.

Las monedas de oro eran más pesadas de lo que había creído. Eric ya había imaginado en qué gastaría el dinero: en una casa en el campo, más allá del reino, y en un caballo que le llevara hasta allí. Mientras atravesaba el Bosque Oscuro, en las horas posteriores a conocer a Blancanieves, *había comprado* tres hachas nuevas, un abrigo forrado de piel y unas botas de cuero. Y había calculado las botellas que podría conseguir con solo una de aquellas monedas (doscientas treinta y tres).

Pero ahora que las tenía entre sus manos, ya no las quería. Había fallado a Blancanieves de la peor manera. ¿Quién podía pensar en monedas cuando ella estaba muerta? Devolvió el saco al joven.

—Quédate con el dinero —dijo, volviéndole la espalda.

Dio solo unos pasos antes de detenerse otra vez. Dentro de las murallas de la fortaleza oyó el estallido de un aplauso. Había gritos y ovaciones. Miró al joven en busca de una explicación, pero Percy se encogió de hombros. Eric no podía ver más allá de la fachada de piedra del castillo, pero decidió regresar, sintiendo que algo había cambiado. Aceleró el paso a medida que los vítores surgían a su alrededor, con mayor intensidad que antes.

Blancanieves se encontraba en lo alto de la escalera, contemplando el patio del castillo. Los hombres del duque habían montado tiendas de lona al aire libre para alojar a los refugiados del reino. Las familias se acurrucaban junto a las hogueras en busca de calor; otros esperaban el desayuno de pie en una hilera serpenteante. Muir y Quert estaban sentados uno al lado del otro. Hablaban en voz baja junto a una tienda maltrecha, con los hombros cubiertos por mantas.

Había necesitado varias horas para recuperarse. Se despertó de repente, con la voz del cazador resonando en la estancia de piedra, y vio las antorchas junto al féretro. Las paredes estaban cubiertas por una delgada capa de suciedad. Poco a poco, notó el olor del moho en el ambiente. Oyó las gotas de agua que caían del techo al suelo y su sonido le marcó el paso de los minutos. Después de una hora, recuperó la sensibilidad en las piernas.

Mientras volvía poco a poco en sí, consciente dentro de su cuerpo inmóvil, solo podía pensar en Ravenna. Había acercado los labios al oído de Blancanieves y le había dicho: «Tú eras la única que podía romper el hechizo y acabar con mi vida. Tú eras la única». Cuando Blancanieves respiró de nuevo y el calor regresó a sus manos, todo estuvo claro. Solo quedaba una cosa por hacer.

Empezó a descender por la escalera. Quert fue el primero en verla. Cuchicheó algo a la oreja de Muir y este llamó a los demás enanos. Salieron todos de la tienda y la contemplaron con los ojos abiertos de par en par.

—¡Es un milagro! —gritó Beith, y la señaló mientras ella bajaba los últimos escalones.

William y el duque Hammond la miraron sobrecogidos. Mujeres y niños abandonaron sus tiendas y se arremolinaron a los pies de la escalera. William se tapó la boca con la mano, incapaz de hablar.

—Alteza... —dijo el duque Hammond, cogiendo las manos de Blancanieves entre las suyas y escudriñando su rostro. Estaba mucho más viejo de lo que ella recordaba. El pelo se le había vuelto completamente blanco y tenía la espalda encorvada a causa de la edad—. Pensábamos que estabais...

William se acercó y posó la mano en el hombro de Blancanieves, como para confirmar que era real. Ella sacudió la cabeza. No podía explicar qué la había despertado de su sueño. En todas aquellas horas, no había escuchado ni sentido nada. Lo último que recordaba eran los pájaros negros volando en círculo sobre su cabeza y

la brillante hoja de un hacha, dispersándolos por el cielo. Lo único que sabía era que estaba viva, y que tenía algo que hacer.

—No, mi señor —respondió ella con dulzura.

En el patio, todos observaban la escena. Algo más lejos, junto a las últimas tiendas, se encontraba el cazador, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Avanzó hacia ella y se acercó hasta que Blancanieves pudo ver su rostro. Eric tenía los ojos inundados de lágrimas.

El duque Hammond señaló una silla de madera.

—Debéis descansar... —dijo.

—He descansado demasiado tiempo —replicó ella, y miró hacia la multitud. Una mujer lloraba con la cara entre las manos, mientras explicaba a su hijo que Blancanieves había regresado de la muerte. «Es un milagro», susurraba todo el mundo. Aquellas palabras quedaron suspendidas en el aire.

Blancanieves clavó la mirada en los ojos grises del duque. Tenía el rostro surcado de arrugas.

—Estoy dispuesta a cabalgar a vuestro lado, mi señor —dijo—, cuando os enfrentéis a la reina en el campo de batalla.

William bajó los ojos al suelo y el duque, con gesto preocupado, contempló sus manos en torno a las de ella.

—No habrá batalla, alteza. Lo mejor que podéis hacer por vuestro pueblo es permanecer a salvo tras estos muros.

Blancanieves miró a unos niños muy delgados que había detrás del duque. Ellos le devolvieron la misma mirada triste y desesperada que había visto en la aldea en ruinas.

—Cuando escapé, eso era lo único que pensaba hacer. Pero he aprendido que no hay paz mientras otros sufren.

El duque apretó sus manos.

—La reina no puede ser derrotada —sentenció en voz alta. Los soldados que le rodeaban asintieron con la cabeza—. Nadie puede matarla. No existe posibilidad de victoria.

Blancanieves se volvió hacia el grupo de generales reunidos tras el duque, recordó las palabras de Ravenna e informó:

—Yo puedo derrotarla. Soy la única que puede, ella misma me lo dijo.

Luego, soltó las manos del duque Hammond y avanzó hacia el patio para dirigirse a los cientos de refugiados que se habían reunido en torno a ellos. Los soldados la miraban aferrando los cascos entre las manos. Los enanos sujetaban sus gorros sobre el corazón.

—Me han dicho que yo represento al pueblo —empezó, sintiendo que las palabras fluían con facilidad. Notaba una gran paz y nunca había estado tan segura de

nada—. Me han dicho que mi lugar no está en la batalla sino aquí, a salvo tras estos muros. Pero no permaneceré quieta —miró a Muir, que tenía el rostro dirigido hacia ella y los ojos brillantes—. Considero que la vida es sagrada, más incluso desde que he saboreado la libertad —continuó—, pero he perdido el miedo a la muerte. Si Ravenna acude en mi busca, cabalgaré a su encuentro. Y si no lo hace, cabalgaré también a su encuentro. Sola, si es preciso —se volvió hacia los generales que se encontraban junto a una enorme tienda—. Pero si os unís a mí, entregaré gustosa mi vida por vosotros. Porque esta tierra y este pueblo han perdido demasiado.

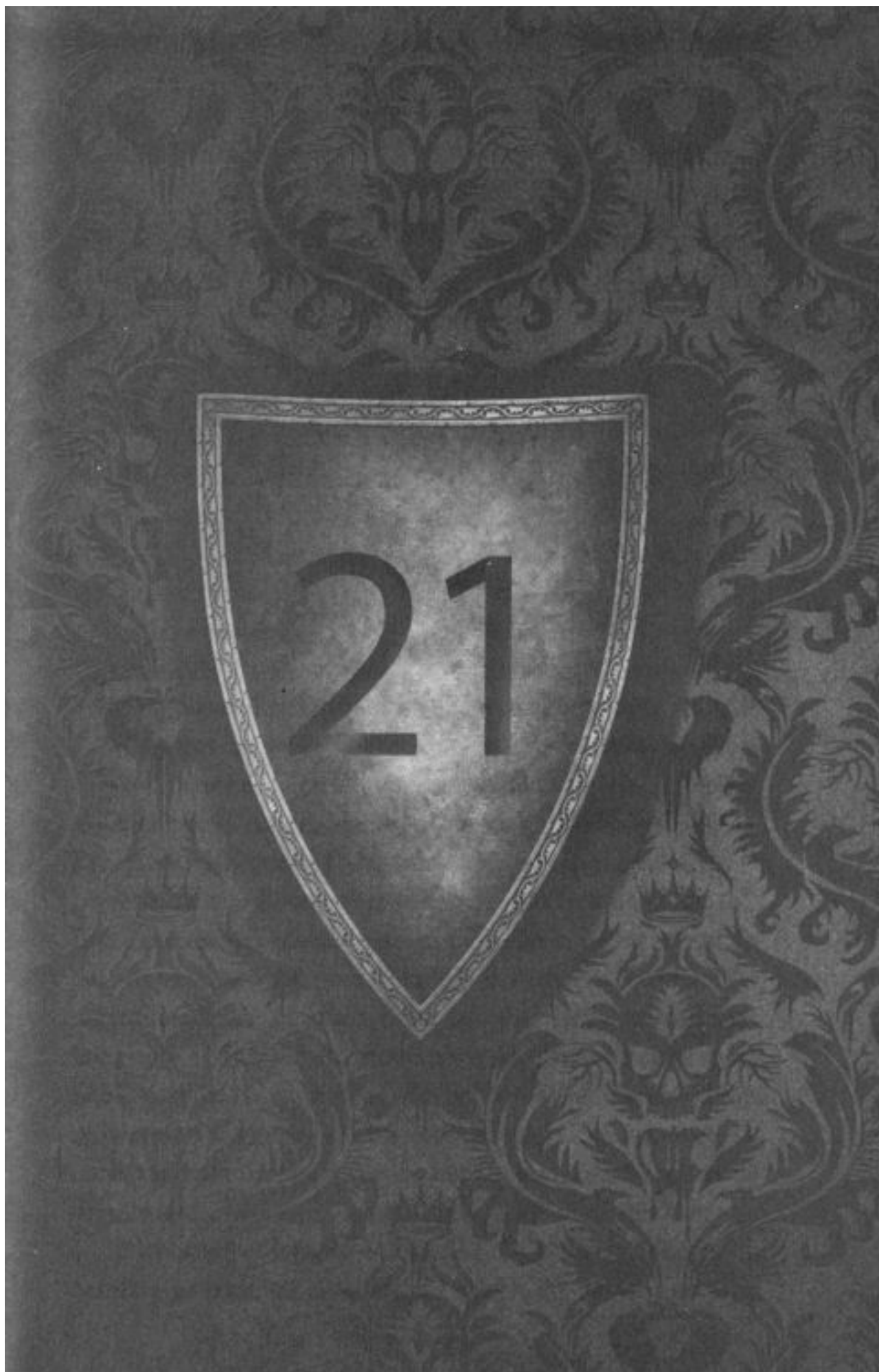
El corazón le latía con fuerza dentro del pecho. Permaneció erguida frente a ellos, con los hombros hacia atrás, a la espera de su apoyo. El duque Hammond la observó con atención, contemplando su vestido rosa pálido y el pelo que le caía por la espalda. Blancanieves aguardó, escuchando el sonido de los pájaros en la distancia, y se preguntó si debería partir esa misma noche a caballo, sola, y enfrentarse a Ravenna ella misma. Entonces, lentamente, el duque inclinó la cabeza para hacer una reverencia. William clavó una rodilla en tierra, imitando a su padre, y los caballeros y generales hicieron lo mismo.

Blancanieves encontró la mirada del cazador, que sonreía con ternura en los ojos. Él también inclinó la cabeza ante ella y los enanos le siguieron. Muy pronto todo el patio estaba de rodillas, mostrándole su respeto. Ella era su líder, igual que había sido su padre, y juró que acabaría con el reinado de Ravenna, o perdería la vida en el intento.

La joven permaneció en pie delante de todos, con los ojos llenos de lágrimas. Casi podía sentir la victoria —parecía tan cercana—. Imaginó el reino como había sido bajo el gobierno de su padre. Vio los verdes pastizales y las ferias de las aldeas, con los niños bailando en torno al mayo. Los campos volverían a producir abundantes cosechas y las granjas enviarían cada día carros repletos en todas direcciones. Nadie pasaría hambre y los niños crecerían seguros.

Solo restaba una cosa por decir ahora que todo el mundo se encontraba a la espera de la batalla. Todos habían mostrado el coraje que ella sabía que poseían.

—Entonces, está decidido —anunció, indicando al pueblo, a su pueblo, que se alzara—, partiremos esta noche.





Blancanieves cabalgaba al frente. La cota de malla le pesaba sobre la espalda y notaba el frío metal rozándole la piel. Sujetaba el escudo a un lado, impresionada por la naturalidad con que se adaptaba a su brazo. Era igual que el que su padre había utilizado en la batalla. En la parte delantera, llevaba incrustado el emblema de la familia. Blancanieves recordaba cómo su padre se lo había mostrado cuando era una niña, permitiéndole recorrer con los dedos las ramas doradas de aquel roble. Las raíces aparecían hundidas en la tierra y el final del tronco se abría en forma de cruz, igual que la corona. «Es un símbolo de fuerza —le había dicho el rey, señalando las raíces—. Está aferrado al suelo con firmeza, conectado a la tierra a través de todo lo invisible. Crece alto y orgulloso».

Blancanieves levantó el escudo, confortada por su peso. Sentía a su padre al escuchar el ruido firme de los cascos de los caballos tras ella y le encontraba en todos los lugares que miraba: la luna creciente, los árboles que movían sus ramas y las olas que rompían en la orilla. Cuando alcanzaron la cima de la colina junto a la playa, a poco más de quince kilómetros del castillo de Ravenna, casi podía notarlo a su lado.

Miró a su espalda y vio al duque, a William y a Eric, que cabalgaban tras ella. Los acompañaban cientos de hombres y mujeres, con los rostros iluminados por la luz de las antorchas. El ejército —su ejército— se extendía hasta las profundidades del bosque. Le sorprendía la valentía de aquellos que se habían unido voluntariamente. Muchachos que no superaban los quince años, madres y padres, campesinos y rebeldes. Algunos habían sobrevivido todos aquellos años en Carmathan, en la fortaleza del duque, y otros habían abandonado sus escondites en el bosque, reuniendo sus escasos víveres para unirse a la lucha. A cada kilómetro que recorrían, la tropa crecía.

Blancanieves alcanzó la cima de la colina, por encima de la playa, y contempló el castillo de Ravenna con varios cientos de soldados a su espalda.

Ella y el duque se adelantaron y un general cabalgó hacia ellos.

—Señor —dijo señalando hacia la costa rocosa—, solo disponemos de una hora o dos antes de que suba la marea. No es tiempo suficiente para abrir una brecha en las murallas del castillo. Quedaremos completamente expuestos o nos ahogaremos en el océano.

El duque sacudió la cabeza.

—¿Hay otra forma de entrar? ¿Túneles? ¿Cuevas? —preguntó.

Blancanieves no se tomó la molestia de mirarlos. Mantenía los ojos fijos en las negras aguas, en el punto exacto por donde ella había emergido una semana antes. La marea estaba todavía baja. Las rocas sobresalían bajo las olas. Distinguió la abertura en el lateral de la cornisa del acantilado; la misma cloaca por la que ella había salido.

Dirigió la mirada hacia la playa. Los enanos habían alcanzado ya el borde del agua y chapoteaban por ella. Iban acuclillados por el bajío, como ella les había indicado que hicieran, y no tardarían más de una hora en llegar a la entrada de la cloaca. Estaban ya a medio camino.

—Si llegamos al rastrillo cuando el sol ilumine el horizonte, estará abierto —dijo la joven con firmeza, y guió su caballo hacia la ladera rocosa. Se volvió y miró los rostros nerviosos del duque y el general. William y Eric la siguieron sin dudar y todo el ejército se extendió a lo largo de la playa.

Continuaron por la arena y pasaron junto al laberinto de piedra por el que Blancanieves había avanzado a trompicones al llegar a la orilla. A medida que la marea subía, los caballos y los soldados se veían empujados hacia la pared de roca. Siguieron avanzando con las olas cada vez más cerca, amenazados por la posibilidad de quedar encerrados contra la elevada cornisa.

—No tenemos mucho tiempo —dijo el duque Hammond.

Blancanieves miró hacia el océano. Pudo ver que los enanos desaparecían con cada nueva ola. Estaban a punto de alcanzar la entrada de la cloaca y el sol se encontraba casi en el horizonte. Tan pronto como se alzara en el cielo, los jinetes quedarían a la vista en la playa y perderían cualquier opción de un ataque por sorpresa. Debían atacar y confiar en que el rastrillo estuviera abierto a tiempo. Era su única oportunidad.

—Debemos avanzar ahora —dijo volviéndose hacia el duque—. Ellos tendrán el rastrillo alzado para cuando nosotros lleguemos.

Cuando el duque levantó la espada para ordenar a los soldados que siguieran adelante, Blancanieves se giró hacia Eric. Estaba detrás de William y los generales —ellos habían insistido en que los militares avanzaran delante—. Sus miradas se cruzaron solo un segundo, pero él pareció sentir lo que ella quería. Espoleó su caballo hasta colocarse a su lado, rompiendo la formación, e iniciaron el galope. Cabalgando juntos, con los ojos llorosos por el aire salino, ella no sentía miedo.

Continuaron su avance, mientras el ejército empezaba a tomar velocidad, y mantuvieron la mirada fija en la cornisa del acantilado, donde se encontraba el castillo. Poco a poco fue apareciendo ante sus ojos. Blancanieves notó que el corazón se le aceleraba. El rastrillo seguía bajado; aquella rejilla negra resultaba visible desde un kilómetro de distancia. El duque se volvió hacia ella con el rostro preocupado,

pero Blancanieves no aminoró el paso. Coll, Duir y todos los demás deberían estar ya en el patio del castillo. En cualquier momento, la puerta se levantaría.

La muchacha miró por encima de su hombro y contempló el enorme ejército que se extendía por la playa. La marea seguía creciendo a su alrededor y los caballos chapoteaban en las olas a medida que avanzaban. El sol había salido e iluminaba el cielo. Estaban completamente expuestos.

—Vamos —susurró Blancanieves, deseando que el rastrillo se elevara—. Daos prisa...

Entonces divisó unas diminutas luces parpadeantes en lo alto de la muralla del castillo. Estaban cargando los trabuquetes. Los puntos de luz se alzaron por el cielo y empezaron a llover proyectiles llameantes sobre ellos. Una bola de fuego explotó a solo unos metros de la joven, pero ella no se detuvo. Mantuvo la cabeza gacha y cabalgó más deprisa hacia las murallas.

El ejército vaciló. Algunos hombres se quedaron paralizados al ver los proyectiles en llamas que venían hacia ellos. Un soldado cayó del caballo al explotar la tierra bajo sus pies. No tenían elección. Si no continuaban hacia las murallas del castillo, se ahogarían en la marea creciente. El océano subía con rapidez, ocultando la arena y sumergiendo las patas de los caballos. Blancanieves alzó el escudo, alentando a los soldados para que continuaran.

Oyó gritos a su espalda. Se giró y vio a una mujer rubia que había sido alcanzada por una flecha en llamas. El caballo relinchó y la tiró. Su cuerpo fue pisoteado por las monturas de los demás soldados. Blancanieves tragó saliva, tratando de no flaquear ante la visión de la sangre. Dos generales cayeron a su lado, uno de ellos con una flecha clavada en el cuello. A su alrededor, todo era sangre y fuego. Cada pocos segundos, miraba de reojo al cazador, agradecida de que continuara allí.

El aire se llenó de humo. De repente, el viento cambió y Blancanieves vislumbró de nuevo la entrada de la fortaleza. El rastrillo seguía bajado. Cabalgó hacia la muralla, consciente de que solo disponían de algunos minutos más. Diez, a lo sumo. Si no estaba levantado cuando llegaran, quedarían atrapados contra las rocas. Los soldados de Ravenna los acosarían desde arriba y el océano los empujaría desde el lateral.

Sobre la muralla del castillo aparecieron más arqueros. Blancanieves levantó el escudo por encima de su cabeza para protegerse. Oyó el sonido de las flechas que golpeaban contra él y sintió su calor sobre el brazo. No miró atrás. Alguien suplicaba ayuda a gritos y había cuerpos flotando boca abajo entre el oleaje. Un caballo tordo moteado había caído contra las rocas y gemía, con una terrible herida en el flanco. Cuando el agua salada lo salpicaba, se retorció de dolor. Blancanieves deseó con todas sus fuerzas que alguien acabara con su vida.

William se adelantó cabalgando, con el escudo por encima de la cabeza.

—¡Debes retroceder! —gritó, pero ella apenas podía oírle por el estruendo de las olas.

—¡Prometí que me reuniría con ellos! —respondió Blancanieves a gritos. Junto a ella, una flecha ardiendo alcanzó a un jinete en el hombro. El soldado trató de arrancársela, pero era demasiado tarde. Su ropa estaba en llamas. Se contorsionó y cayó entre las olas, aullando de dolor.

Blancanieves comenzó a ascender la pendiente hacia el castillo, sin considerar la advertencia de William. Ya no tenían otra opción. La única manera de salvarse era luchar. Cabalgó a toda velocidad hacia la enorme puerta de hierro. De un momento a otro, se abriría. De un momento a otro, los enanos la levantarían. Las flechas en llamas llovían a su alrededor y ella mantenía el escudo en alto, con la esperanza de no estar equivocada.

Cuando se encontraba a solo cinco metros de distancia, el gigantesco portón se elevó. Pudo distinguir a Gort y a Nion aferrados a los extremos de las cuerdas para utilizar sus cuerpos como contrapeso. William y Eric se colocaron a ambos lados de Blancanieves mientras traspasaban a galope la entrada en dirección al patio del castillo, seguidos por el ejército.

Los arqueros de la zona alta de la muralla cambiaron de posición para apuntar a los soldados que habían accedido al patio. Una vez gran parte del ejército hubo traspasado el rastrillo, su superioridad frente a los guardias de Ravenna pasó a ser de tres a uno.

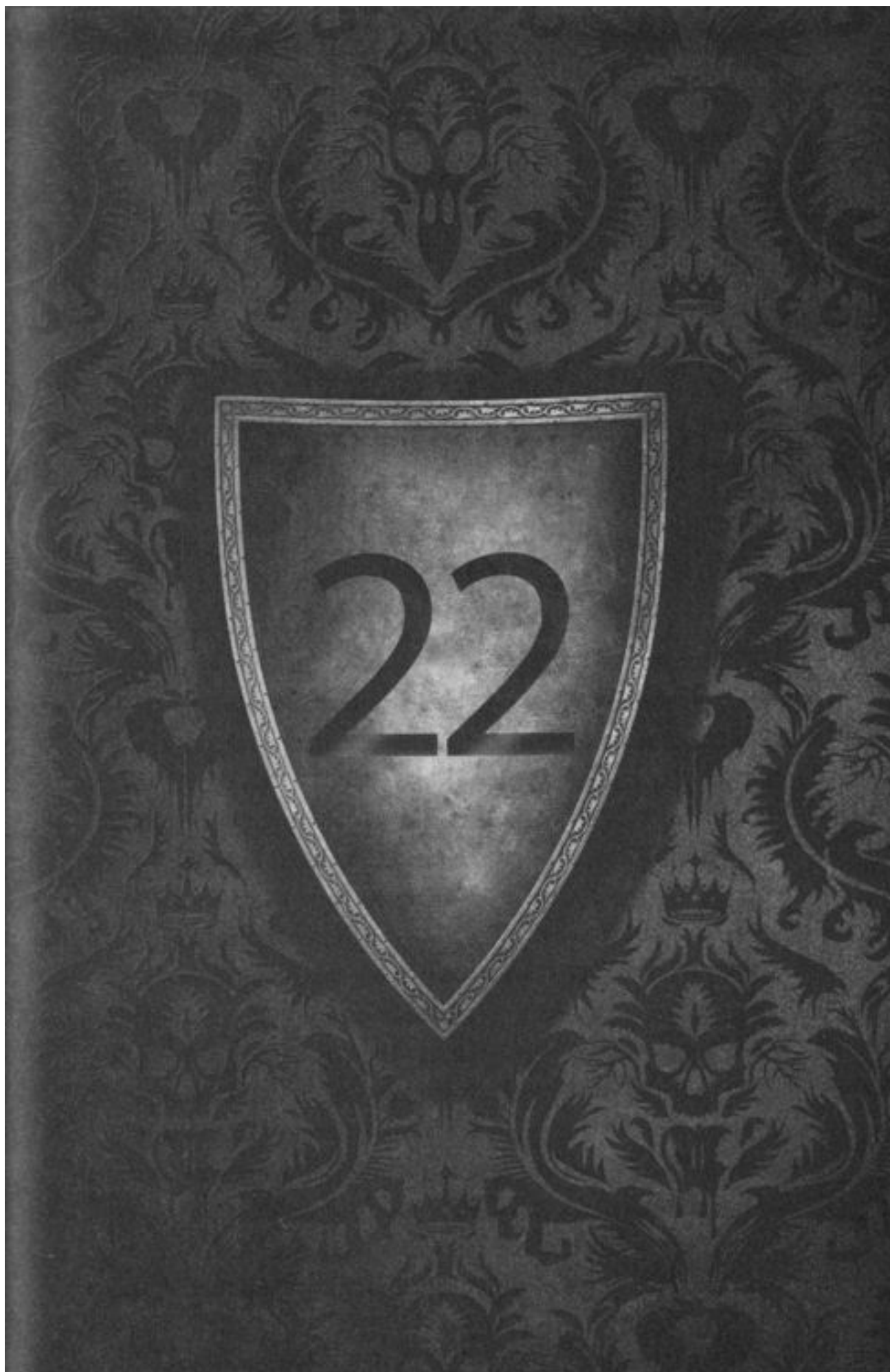
—¡Alineaos! —gritó Blancanieves a Eric y William. Si se distribuían en forma de cuña y avanzaban por el patio en diagonal, podrían arrinconar a los guardias de la reina. La batalla acabaría en unos minutos.

Se adelantaron varios generales para formar la primera línea y, tras ellos, Blancanieves, William y Eric mantenían los escudos levantados en ángulo. Las flechas en llamas seguían golpeando sus protecciones. Eric se abalanzó hacia delante, derribando a dos guardias con las hachas. William clavó su espada en el costado de otro guardia. Blancanieves embistió a un hombre con el escudo, lanzándole contra el muro del patio. Su cabeza golpeó la piedra y el soldado se desplomó inconsciente.

Solo quedaba un puñado de guardias. Algunos hombres del ejército de Blancanieves lanzaron vítores, al sentir que la batalla ya había finalizado. Cuatro de los guardias de Ravenna se volvieron y corrieron hacia los pasillos de la fortaleza en busca de refugio. Los que quedaban tiraron sus armas al suelo en señal de rendición.

Blancanieves se giró, buscando entre los hombres al duque. Estaba algo detrás de ella, entre la densa formación. Sus ojos se encontraron y él sonrió, con un gesto de alivio en el rostro. Todo había acabado —ambos lo sabían— y solo les faltaba dar con Ravenna. La joven la vencería, sin importar la magia que poseyera. La reina se lo había confesado.

De repente, algo cambió en la expresión del duque. Frunció el ceño y miró hacia las vigas del patio, por detrás de Blancanieves. Ella siguió sus ojos y observó las extrañas sombras negras que se arremolinaban bajo los aleros. Los soldados permanecieron inmóviles. Eric señaló hacia una puerta en arco: había una sombra suspendida en el aire. Todos la miraron. Poco a poco, aquellas sombras se condensaron formando figuras y surgieron guerreros negros de cada arco y cada pasillo. Blancanieves miró a su alrededor y sintió que el escudo resbalaba entre sus dedos al darse cuenta de la situación: estaban completamente rodeados.





Los soldados de sombras se agruparon. Uno de ellos cargo contra Eric y el cazador le golpeó el pecho con el hacha. El hombre se hizo añicos como el cristal y los diminutos fragmentos volaron en todas direcciones. Pero en unos segundos, los pedazos se recompusieron. El hombre recuperó su forma y se lanzó de nuevo contra Eric, balanceando su espada brillante.

Blancanieves jamás había visto nada igual. A su alrededor, los guerreros de sombras atacaban a su ejército. Los hombres caían, incapaces de soportar las feroces e incesantes embestidas que recibían. Las sombras no mostraban signos de fatiga. Sus rostros eran extraños, no tenían rasgos, y cada herida que sufrían sanaba con rapidez. Mientras avanzaban apuntando las espadas hacia los hombres de Blancanieves, esta sintió unos ojos clavados en ella. Alzó la vista hacia el balcón del tercer piso. Allí estaba Ravenna, envuelta en su capa de plumas negras. Sonrió al mirar a su ejército mágico, a aquellos guerreros de sombras que estaban a punto de finalizar el ataque.

Blancanieves no dudó. En un rincón, junto al hueco de la escalera, había cuerpos apilados. Los guerreros de sombras, inmunes al dolor, mataban con rapidez: atravesaban con la espada a un soldado y al instante se volvían hacia otro. Se abalanzó sobre uno de ellos, bloqueando su avance con el escudo. El guerrero oscuro se tambaleó, dejándole tiempo suficiente para correr. Luego golpeó a otro con la espada y lo hizo añicos. Continuó zigzagueando por el patio, mientras la batalla se recrudecía a su alrededor, hasta que por fin alcanzó la escalera. Corrió por los silenciosos pasillos y se sobresaltó al percibir su agitada respiración.

Desenvainó la espada mientras ascendía al segundo piso. Era la misma ala del castillo en la que su padre había vivido tantos años atrás, aunque tenía un aspecto diferente. Las cortinas estaban hechas jirones; el largo vestíbulo permanecía oscuro, sin antorchas que iluminaran el camino, y había un aparador volcado sobre un costado, con la madera combada por el moho.

Junto a ella, vio una puerta entreabierta y un inquietante resplandor que salía de la estancia. Blancanieves se volvió y accedió al salón del trono de la reina. Contra la pared había un sillón con piedras incrustadas, sobre él colgaban espadas pulidas y en un baúl de madera descansaban coronas ornamentales y enormes rubíes. Blancanieves mantenía la espada en alto, mientras lo observaba todo. Tras otra

puerta, frente a un inmenso espejo de bronce, se encontraba Ravenna. Blancanieves se topó con sus ojos en el reflejo deformado.

—Esto es el fin —dijo la muchacha, acercándose a ella—. He venido en tu busca. La reina se volvió, con una ligera mueca de satisfacción en los labios.

—Así que mi rosa ha regresado —dijo riendo. Luego miró la espada de Blancanieves—. Y con una espina. Vamos, venga al padre que fue demasiado débil para alzar su espada —sacó de la túnica su daga cubierta de piedras preciosas y la volteó entre los dedos.

Blancanieves ascendió unos pequeños escalones y se colocó frente a Ravenna sin dejar de mirar sus penetrantes ojos azules. La ira le invadió el pecho. ¿Cómo se atrevía a hablar de su padre, el hombre al que había asesinado?

—Por mi padre —dijo, alzando la espada—, por el reino y por mí —y arremetió contra Ravenna, pero la reina esquivó el golpe y se escabulló, colocándose a la espalda de la muchacha. Blancanieves se volvió y lanzó un nuevo ataque, sin embargo la reina se movía demasiado deprisa y escapó al extremo opuesto de la estancia.

Se oyeron pisadas en el pasillo de piedra. Blancanieves se volvió y vio a Eric y a William en la puerta del salón del trono. Ravenna levantó el brazo y, con solo un rápido movimiento de su dedo, el techo se hizo añicos sobre ellos. Cayeron fragmentos de cristal y los trozos se convirtieron en hadas oscuras que se arremolinaron en torno a los dos hombres y los alejaron de Blancanieves.

Cuando Ravenna estuvo segura de que nadie las molestaría, se volvió hacia la muchacha y la contempló con sus ojos azules. Aquella niña —a la que había salvado tantos años atrás— había regresado para matarla. La ironía era casi increíble. Ravenna no había querido que ella muriese, pero no existía otra opción. Así se lo había confirmado el espejo: era su vida o la de Blancanieves. Y ya había dilatado aquella contienda demasiado tiempo.

Blancanieves cargó contra ella, con la espada en alto, y cuando estaba a un paso de distancia, Ravenna se volvió y le puso la zancadilla. La muchacha cayó boca abajo y su espada se deslizó por el suelo hasta el extremo más alejado de la habitación del espejo. Ravenna se cernió sobre ella, con los ojos fijos en el esternón de Blancanieves. Su corazón estaba tan próximo: en unos minutos lo tendría en su mano. Esta vez, nadie la detendría.

—Esto es todo lo que la vida ofrece —susurró. Miró los inmensos ojos marrones de Blancanieves y casi sintió algo de pena por ella—. El tiempo pasa. La esperanza muere. Pero no todo está perdido. Ahora, al menos, una de las dos vivirá para siempre... —alzó la daga igual que había hecho diez años atrás, la noche de su boda. Sería tan sencillo como entonces. Dejó escapar un suspiro y descargó el cuchillo contra el pecho de Blancanieves, pero la muchacha bloqueó el ataque con el

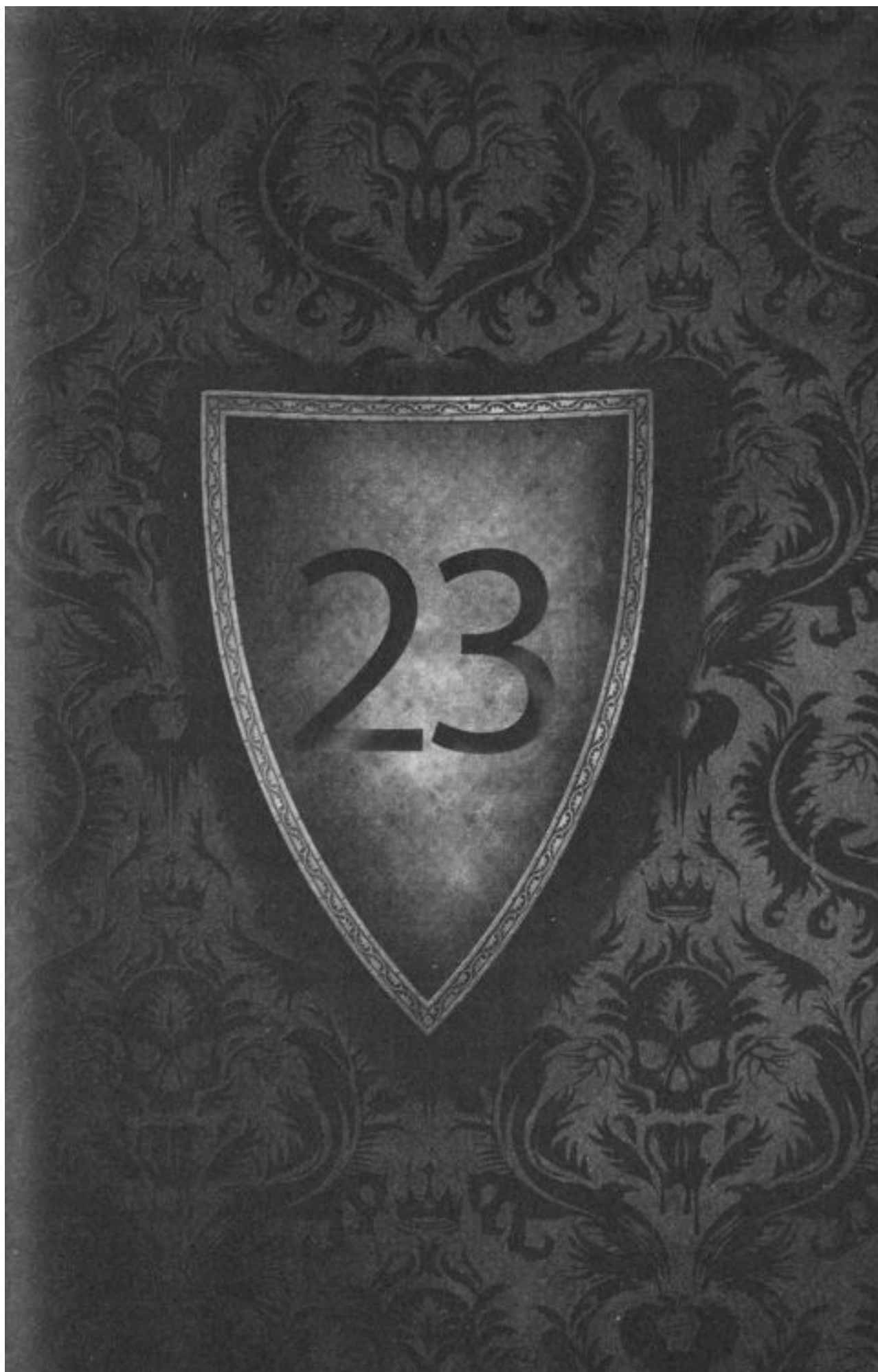
antebrazo y giró la muñeca. Ravenna sintió un dolor que le invadía el pecho y dejó escapar un grito, temblando por el impacto.

Bajó los ojos hacia el espacio donde sus costillas se unían entre sí. La muchacha le había clavado un cuchillo; uno pequeño, corto y poco afilado. Ravenna jadeaba, pero notaba cómo la sangre le inundaba los pulmones. Tenía la sensación de estar ahogándose. Le resultaba imposible tomar aire.

La reina se desplomó en el suelo, con el frío suelo de piedra contra la espalda.

—La esperanza nunca muere —susurró Blancanieves, se arrodilló junto a la reina y sostuvo su cabeza entre las manos, mientras Ravenna trataba desesperadamente de respirar. Era imposible. La sangre fluía de su pecho y se encharcaba sobre el suelo. Se le nubló la vista. Aquello no era lo que se suponía que debía suceder, aunque una pequeña parte de su ser sabía que era simplemente justo; Blancanieves estaba haciendo lo mismo que ella años atrás: vengar a su familia.

Desde el lugar donde yacía, vio cómo desaparecían las hadas oscuras del salón del trono. Cuando se convirtieron en diminutas nubes de humo, supo que todo había terminado. Se estaba muriendo y sus últimos poderes mágicos se acababan de desvanecer.





Cuando Ravenna expiró, Blancanieves retiró las manos de su cuerpo aún caliente. Pasó junto a William y el cazador, descendió por el pasillo y salió al balcón. Los guerreros de sombras se habían disipado. Había cadáveres esparcidos por todo el patio y se veían espadas y escudos desperdigados, salpicados de sangre. Los soldados yacían amontonados. Algunos heridos se tambaleaban hacia el rastrillo para pedir ayuda. La destrucción era enorme, pero Blancanieves miró a lo lejos y distinguió una mancha de luz en el jardín.

Aunque era primavera, las ramas estaban marchitas y no tenían ni una sola flor. Durante la batalla, una negra sombra había oscurecido todo alrededor del castillo, pero en aquel momento se iba levantando, muy lentamente. Los colores del reino aparecieron más vividos de lo que Blancanieves los había visto en años. De las ramas de los árboles brotaron hojas. Una bandada de urracas pasó volando y sus alas azuladas atraparon la luz del sol. A su alrededor se percibían signos de nueva vida. El duque apareció por un pasillo inferior, seguido de una hermosa muchacha.

La chica alzó los ojos y cruzó la mirada con Blancanieves. Estaba más radiante que antes y su rostro pálido y redondeado aparecía de nuevo joven. Rosa la saludó con la mano y su sonrisa tranquilizó el inquieto corazón de Blancanieves, que le devolvió el saludo y se limpió las lágrimas de los ojos.

Al día siguiente, se presentó ante su pueblo en la misma catedral a la que había acudido diez años atrás. Miró hacia los bancos repletos y vio a los enanos, apretujados unos junto a otros en una misma fila. Estaban recién afeitados y tenían el pelo peinado hacia atrás y con raya al lado. El duque Hammond había ordenado que les confeccionaran unos trajes adecuados para la ocasión. Blancanieves sintió ganas de reír al verlos agitarse en sus asientos, obviamente incómodos con aquel atuendo tan formal.

—¿Estáis lista, mi reina? —preguntó William. Se hallaban de pie el uno junto al otro, con los hombros casi rozándose. Él agarró su mano y la apretó con suavidad.

Ella le miró de reojo y sonrió, sabiendo que resultaría más sencillo si sintiera por él lo que todo el reino esperaba. Adoraban a aquel joven, el líder rebelde, el hijo del duque Hammond. Pero en su mente seguía siendo el muchacho con el que había crecido, el que se había burlado de ella en el manzano. Era William, para siempre su

buen amigo.

El duque Hammond colocó la corona sobre la cabeza de Blancanieves. Los rubíes y zafiros la hacían más pesada de lo que ella había imaginado. Anna y Lily estaban en la segunda fila, aplaudiendo con las manos en alto. La estancia se llenó con una ovación.

Sin embargo, de todos los rostros, ahora familiares, del gran salón, Blancanieves seguía regresando a uno. El cazador se hallaba de pie junto a la entrada trasera. Vestía un atuendo similar al que llevaba el día que se conocieron, pero con la camisa de hilo perfectamente planchada y los pantalones sin manchas de grog, y tenía la enmarañada cabellera sujeta detrás de las orejas. Si no le conociera bien, habría asegurado que era atractivo.

El cazador le había dicho que se marchaba, que no había lugar para él en el castillo, entre la realeza. La *realeza* —siempre pronunciaba aquella palabra con desdén—. No se podía discutir con él cuando se ponía de aquel modo, ni tampoco decirle lo que debía hacer y por qué. Tal vez fuera su reina, pero Eric seguía viviendo según sus propias reglas. Y cuanto más le conocía, más se preguntaba si alguna vez olvidaría su principal norma. *¿Estaría siempre solo?*

El cazador se llevó la mano a la frente, inclinó la cabeza y se marchó. Ella le contempló mientras se alejaba. Había visto caer un reino y morir a demasiados hombres. Las explosiones y el fuego la habían rodeado. Se había enfrentado a la muerte y había regresado. ¿Por qué, entonces, sentía aquella pena, aquella enorme tristeza que le llenaba los ojos de lágrimas? Era solo un hombre.

Blancanieves se sintió aliviada cuando, rompiendo el silencio de la catedral, Beith gritó:

—¡Larga vida a la reina!

Los demás se unieron al grito y sus voces se alzaron alrededor de ella.

Ya no estaba sola. Blancanieves se volvió y se encontró en la primera fila con el cabello castaño y los ojos luminosos de William. El sonrió e inclinó la cabeza.

—¡Larga vida a la reina!

Fin